

Arwen McLane

*Quererte
a ti*

Título: Quererte a ti

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Arwen McLane

Primera edición mayo 2019

Diseño de cubierta: Arwen McLane

©De la imagen de la cubierta: Adobe Stock

Maquetación: Arwen McLane

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia

SINOPSIS:

Dicen que el primer amor nunca se olvida.

Dicen que pasen los años que pasen, siempre permanecerá en tu corazón.

¿Es cierto o es solo un mito?

Lannie Colton sabe la respuesta.

Porque ella, que ha estado enamorada desde la pre adolescencia del mejor amigo de su primo, sabe de lo que habla.

Ha tenido que ver cómo los años pasaban y ese amor se iba de su lado para vivir su vida.

Ha tenido que seguir adelante, pero su corazón no ha podido olvidar al que fue su primer amor.

Y ahora, casi una década después, ha tenido nuevamente que cruzarse en su camino.

Él necesitará la ayuda de Lannie para no perder su empresa y Lannie necesitará el trabajo que él le ofrece para poder seguir adelante. Pero sabe que aceptar eso será un enorme riesgo, ya que lo que menos desea, es perder de nuevo su corazón por él.

Amor, odio, celos, pasión, un pasado turbulento por descubrir y una coraza autoimpuesta que destruir.

¿Podrá finalmente Lannie derrumbar los muros que ha erigido y experimentar de nuevo el amor?

¿Conseguirá él dándole lo que nunca le ha dado, que Lannie se libere de

esos miedos?

Prólogo

¡Hoy es el gran día! Por fin empiezo la universidad y tengo que admitir que estoy muy nerviosa. Y no porque sea el primer día, no, o por el miedo que suelen sentir muchas al saber que no van a conocer a nadie, o estar solas. No, no es eso. Mis nervios son porque sé que después de todo el verano sin verlo, al fin hoy volveré a ver a Henry.

¿Y quién es Henry? Os preguntaréis. Pues es el mejor amigo de mi primo hermano Michael.

Bueno, pero antes de nada creo que tendría que ponerlos en antecedentes para que sepáis de que va un poco la cosa.

Veréis, mi familia siempre ha estado muy unida. Mi padre y su hermano Philip, sus mujeres y nosotros, sus hijos, vivimos en la misma zona residencial. Su casa está justo enfrente de la nuestra y por ese motivo siempre estábamos los tres metidos en casa del otro.

Desde bien pequeños, mi hermano Cole el cual es dos años mayor que yo, nuestro primo Michael y yo, hemos sido uña y carne. Nuestra relación ha sido más de hermandad entre los tres que de primos hermanos.

Cuando Michael empezó el instituto, a los pocos días trajo a nuestra casa a un nuevo amigo, un chico que conoció en su primer día de clase y nos comentó a Cole y a mí, que desde el principio hicieron muy buenas migas. Así que, con el paso del tiempo y de los años, ese chico, Henry, se convirtió en uno más de la familia y como no, poco a poco y a medida que fui creciendo, en mi «amor platónico».

Sí, digo platónico porque sé que en mí ve a una simple chica, a otra «hermana pequeña», como soy para mi hermano Cole y para Michael. Y me da mucha rabia, la verdad, porque para mi desgracia, en Henry no veo a un hermano, sino a un chico que me tiene enamorada completamente desde que lo

conocí cuando tenía doce años.

La verdad es que a su lado sé que soy un cero a la izquierda y no soy gran cosa. Mido un metro sesenta, morena, de ojos azules; soy muy simple, se podría decir que del montón. Lo único que resalta en mí son mis pechos, los cuales se desarrollaron enseguida desde que entré en la pre adolescencia y llamaron demasiado la atención. En cuanto a cuerpo soy delgada, cincuenta kilos, mi silueta está bien proporcionada, pero no tengo culo. Se podría decir que soy lo que usualmente llaman, una «culo plano».

Sin embargo, él, Henry, es todo lo opuesto a mí. Alto, casi metro noventa, moreno, ojos azules, tiene un torso musculado —el gimnasio al que lleva yendo desde hace años le ha dado resultado— y tiene un cuerpazo de escándalo que hace que cada vez que lo veo en bañador se me caiga la baba. Disimuladamente, claro. La verdad es que lo último que querría es que él se percatara de que me gusta. ¡Menuda vergüenza pasaría!

Y aquí estoy, esperando que venga a buscarnos para ir los tres a la universidad. Ellos empezarán su tercer año y yo el primero. Nuestro primo Michael, por el contrario, decidió pasar de la universidad y se puso a trabajar en el negocio familiar y la verdad, es que sus padres se alegraron mucho, ya que vieron que con su hijo al final no se perdería lo que tanto les costó mantener a flote.

¡Ah! Por cierto, que no me he presentado. Me llamo Lannie Colton, tengo veinte años y estoy deseando empezar mi nueva aventura universitaria.

Capítulo 1

—¡Lannie, baja ya «bicho bola» que Henry está al llegar y aún tienes que desayunar!

—¡Voy, pesado!

Cojo la mochila con todo lo que creo que necesitaré y bajo las escaleras corriendo. Me dirijo a la cocina, le doy un beso a mi madre y salgo por la puerta con la misma velocidad que he entrado.

En la mesa del salón está mi padre desayunando, así que como no quiero recibir una bronca por parte de Cole, corro hacia él, bajo su periódico, beso su mejilla, cojo una manzana del frutero y me despido con un «¡adiós, chicos!» y salgo por la puerta.

En el porche me encuentro a Cole apoyado en la barandilla, con los brazos cruzados y al verme salir, niega y resopla.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan lenta, Lannie? Si no estuvieras en las nubes o te despertaras más temprano no estarías con esas prisas que siempre llevas. ¿No crees que ya va siendo hora de que espabiles y seas más responsable, enana? No podemos esperar por ti, siempre.

Frunzo el ceño al escuchar eso y muerdo la manzana. Abro la boca para mandarlo a la mierda, pero justo cuando voy a hacerlo, el pitido de un claxon hace que mire en esa dirección.

¡Y ahí está él! Saliendo de su cochazo regalo de su padre cuando se sacó el carné de conducir. Un precioso Porsche Carrera 911 color rojo que le va como anillo al dedo a su dueño.

Cierra la puerta y camina hacia nosotros. Mira a Cole, el cual al verlo llegar baja los escalones del porche y lo abraza efusivamente. Se palmean

ambos la espalda y se sonríen.

—Joder, qué bueno está —susurro sin quitarle la vista de encima.

Se ve que el verano le ha sentado de fábula, porque el moreno de su piel lo hace aún más atractivo de lo que es.

Lleva unos vaqueros desgastados, ambos rotos por las rodillas y una camiseta negra la cual se ciñe como una segunda piel a su torso y le marca todos sus músculos.

Se ve que me he quedado alelada mirándolo, porque un fuerte carraspeo hace que salga de mi estado medio ido y mire a mi hermano.

—¿Se puede saber qué te pasa, «bicho bola»? ¡Mueve el culo, que vamos a llegar tarde!

Reacciono y bajo corriendo las escaleras. Paso por al lado de mi hermano, al cual oigo susurrar un «olvídate de él», haciendo que trastabilie.

Llego hasta Henry, le doy un abrazo —el cual me ha sentado de maravilla ya que necesitaba hacerlo— y después de un bajo y susurrado «hola», me meto en la parte de atrás del coche.

Poco después entran Henry y mi hermano y ponemos camino a la universidad.

—Bueno, Lannie, ¿qué tal el verano?

Lo miro por el espejo retrovisor y le sonrío.

—Bien. Aburrido pero bien —me encojo de hombros y suspiro.

Se ríe y me guiña un ojo.

—¿Y el tuyo? —Le pregunto ya que me encantaría saber qué tal le ha ido en Los Ángeles.

—¡Eso tío, cuenta! Que aparte de mandarme Whatsapps para contarme la

cantidad de tías que te tirabas, no me contabas nada más, pedazo de capullo.

Escucho a Henry reírse a carcajadas y, en ese momento, siento una punzada de dolor en el centro de mi pecho. Joder, eso sí que no lo esperaba escuchar. Yo en casa echándolo de menos y él divirtiéndose con todas las que se le ponían a tiro.

Lo miro por el retrovisor y al hacerlo, lo veo mirarme y fruncir el ceño. Giro la cabeza y miro por la ventana. Paso de que se dé cuenta de que lo que le he escuchado decirle a mi hermano me ha dolido, así que decido disimular.

—¡Eys, tío! ¡Cuenta, venga!

Escucho a Henry suspirar y carraspear.

—Pues la verdad es que no hay mucho que contar. Los días los pasaba en la playa, por la noche salía con las amistades que hice allí y cuando no tenía nada que hacer me machacaba en el gimnasio. Ya me conoces —explica y se encoge de hombros.

—Sí, sí, ya... ¿Y eso es todo? ¿Solo te has dedicado a follar, salir y machacarte en el gimnasio estos casi tres meses?

—Sí.

—Oye, ¿te pasa algo? Estás muy raro.

—¿Qué? No, no, que va, hombre. Es solo que hay temas que creo que es mejor no hablar por ahora.

Veo como señala con la cabeza en mi dirección y a mi hermano mirarme.

—¿Ella? ¿Te callas por ella? —le pregunta señalándome con el pulgar.

Cole se pone a reír a carcajadas y niega.

—Joder, tío, ¡que es Lannie! No le pasara nada ni se asustará por escucharte. Será que no ha escuchado ya bastantes veces todas nuestras locuras desde la adolescencia. Te aseguro que mi hermana ya está curada de

espantos.

—Ya... —lo escucho decir—. Pero igualmente, paso. Ya hablaremos a lo largo de la mañana.

En ese momento, un silencio incómodo se instala en el coche y quince minutos después llegamos a la universidad.

Así como Henry aparca el coche, salgo rápidamente, cierro la puerta con un portazo y me alejo de ellos sin decirles nada.

—¡Oye, bicho! A la salida aquí, ¿vale?

Me giro y le hago una peineta a mi hermano, el cual se queda a cuadros y con cara de sorpresa al ver mi gesto. Pero es que ya me tiene harta con su comportamiento hacia mí. ¡Odio que me trate como a uno más, como si fuera un tío, cuando realmente soy una chica. Una chica que se ha puesto guapa y sensual —o por lo menos eso he intentado— y él no ha tenido ni un pequeño gesto hacia mí. Bueno, ni él ni Henry. ¿Será verdad que realmente no me ve como a una mujer y que realmente, al igual que mi hermano, ve en mí a un colega más?

Miro a Henry después de bajar mi mano y después de dirigirle una ligera negación, con la cual intento demostrarle lo mucho que me ha decepcionado, aunque no tenga ningún derecho a hacerlo les doy la espalda y me dirijo a la entrada del edificio en busca de Esther y Sonia, mis dos mejores amigas. La verdad es que necesito hablar con ellas y desahogarme. ¡Menudo primer día de mierda voy a tener como la cosa no cambie!

Capítulo 2

Así como me acerco a la puerta las veo hablando. La verdad es que me alegré muchísimo cuando me dijeron que vendrían a la misma universidad conmigo, que éramos las tres mosqueteras y que nada nos iba a separar. Ojalá sea cierto y podamos estar juntas durante muchos, muchos años.

—¡Eys, locas! —les grito para que vean que estoy llegando—. ¿Hace mucho que estáis aquí?

Las miro mientras me acerco a ellas y me fijo en que no miran en mi dirección, sino detrás de mí. Me doy la vuelta para ver qué están mirando y veo a Henry rodeado de varias chicas. Maldita sea, siempre igual. Bufo sonoramente y carraspeo.

—¡Tías! ¡Qué solo es Henry!

Es decir esas cuatro palabras y me miran.

—¿Cómo que solo es Henry? —me recrimina Sonia haciendo comillas con los dedos—. ¡Pero chica! ¿Es que no tienes ojos o qué? Maldita sea, ¡cómo se ha puesto el chico este verano! La verdad es que está para que le hagan un favor, ¿no crees Esther? —le pregunta dándole un codazo a lo que ella reacciona quejándose.

—¡Ays! ¡Serás burra! ¡Me has hecho daño! —le recrimina masajeándose las costillas.

—Pues no haberte quedado alelada mirando al quesito, nena, que se te ha notado mucho.

—¿Y? Que tengo ojos, Sonia. ¿Acaso no te has quedado tú también igual? Vamos, mujer no lo niegues y admite que has hecho lo mismo que yo. Mirarlo con hambre.

No me creo lo que estoy oyendo, por Dios. ¿Pero qué hacen esas locas hablando así de él? ¡Pero si saben que llevo loca por ese hombre toda la vida!

Me cruzo de brazos y me apoyo en la pared de la escalera. Miro de nuevo hacia él y la situación no ha cambiado. Sigue rodeado de mujeres y a él se le ve feliz. Y como no, mi hermano a su lado animando el cotarro. Porque hay que decir que, aunque sea mi hermano, Cole no tiene nada que envidiarle a Henry. Los dos son los más guapos de la universidad según me han hecho saber en más de una ocasión y los que todas las mujeres quieren cazar. Pero al contrario que Henry, el cual no es el típico líder, Cole sí que lo es. Es el capitán del equipo de fútbol y Henry es el que mejores notas saca del campus. El alumno perfecto, según muchos profesores y el más aplicado. Y juntos, como no, hacen el tándem perfecto.

Me pongo derecha y entro en el edificio. Miro el papel con la asignatura que me toca y me dirijo al aula sin esperar a esas dos locas. La verdad es que me ha sentado fatal que hicieran esos comentarios. Eran ciertos, sí, pero igualmente los he encontrado de mal gusto. ¿Y Sonia? La verdad es que podría haber disimulado sus ganas de hincarle el diente, la verdad.

Entro en clase y me siento en primera fila. La verdad es que no tengo ganas de irme hacia la parte de atrás con esas dos. Las conozco y estarían hablándome de él todo el rato y la verdad es que paso.

Entra el profesor pocos segundos después de mis amigas y cuando me hacen señales para que vaya con ellas niego.

Sonia frunce el ceño y se encoge de hombros, pero por el contrario, Esther se acerca a mí y yo me tenso.

—Oye, ¿estás bien?

—Claro —le sonrío para que me crea aunque por dentro esté cabreada—. Lo que pasa es que es el primer año y prefiero sentarme aquí sino os importa, por lo menos hasta que le coja el ritmo a la clase. Venga, ve con Sonia que te está guardando el sitio.

Esther me sonrío, aprieta mi hombro y se va con Sonia.

—Pero qué bruja soy —susurro.

La verdad es que acabo de ser una auténtica hipócrita con Esther, pero la verdad es que no he podido hacer otra cosa. No iba a decirle que se habían pasado con su reacción ni nada por el estilo, ya que, son libres de mirar y opinar de lo que quieran y de quien quieran. Pero eso no quita que realmente me haya fastidiado su reacción.

El profesor carraspea y todo el mundo se calla. Decido centrarme en la clase de francés y dejar de lado a Henry y a esas dos y me preparo para escuchar la clase.

Cuatro horas después me encuentro en el comedor de la universidad sentada y concentrada en enrollar unos espaguetis, cuando un fuerte golpe en la espalda hace que mi cara acabe en la bandeja y con la mitad de ella encima de mi regazo.

Me levanto de golpe de la silla tirándola y me giro.

—¡Pero que co...!

Abro los ojos como platos y me quedo con la palabra en la boca porque justo detrás de mí se está desarrollando una escena que nunca olvidaré lo que me queda de vida.

Joder... ¡Sonia está sentada encima de Henry y le está comiendo la boca!

Miro a mi alrededor para ver si alguien se ha percatado de algo de lo que me ha pasado y veo a un chico que no conozco de nada acercarse a mí rápidamente.

—Maldita sea, perdona. Lo siento, lo siento de verdad, pero es que mi compañero es imbécil —me dice señalando a otro que se está riendo a carcajadas—. Quería quitarme la pelota y ha lanzado sin mirar a donde iba. ¿Estás bien? —me pregunta.

—Si... sí, claro. No ha sido nada. Esto se va metiéndolo en la lavadora

—me señalo la ropa y me quito los restos de espaguetis que llevo encima.

—¿Me permites que te invite a comer?

Lo miro con sorpresa y al ver mi reacción él se pasa la mano por la nuca y baja la cabeza. Vaya... ¿acaso es tímido?

—Verás, es que me sienta fatal que te quedes sin comer. Así que si me permitieras...

Levanto la mano y lo detengo. La verdad es que se lo agradezco pero se me ha ido el hambre.

—Te lo agradezco...

—Frank.

Sonrío y asiento.

—Pues... Frank. La verdad es que te lo agradezco, pero no hace falta que te molestes. Además, la culpa no ha sido tuya, sino de ese cabeza hueca de ahí. Pero gracias igualmente.

Le doy la mano y él me la acepta con una sonrisa. La verdad es que es un chico muy mono y parece simpático, pero para mi desgracia, no es Henry.

—Por cierto... soy Lannie. Le suelto la mano, le digo adiós sonriéndole y me dirijo de nuevo a mi mesa a recoger lo poco que queda de mi comida.

Una vez retirada la bandeja, voy a la salida de la cafetería y en la puerta me encuentro con una Esther estática y con la cara desencajada por la sorpresa.

Me mira, mira hacia la mesa donde están esos dos dándose el lote, me vuelve a mirar y cuando veo como frunce el ceño, aprieta los puños y pone su mirada de «aquí se va a armar la marimorena», la sujeto del brazo y tiro de ella en dirección contraria en cuanto he visto que resoplaba y daba un paso hacia en esa dirección.

La arrastro detrás de mí y cuando nos hemos alejado lo suficiente del comedor ella da un tirón seco y se detiene.

—¿Pero has visto a esa... esa... zorra?! —grita como una energúmena en medio del pasillo, haciendo que todas las cabezas se volteen a mirarnos.

—Shhh, te quieres callar, joder ¡Estás llamando la atención!

Resopla y se cruza de brazos. Me mira de arriba abajo y frunce el ceño.

—¿Y a ti que te ha pasado para ir manchada de... de...?

—Espaguetis —le respondo y ella me mira con sorpresa.

—A ver, nena, sabía que eras un pelín torpona, pero creo que hoy se te ha ido la mano, ¿no crees?

Ahí es cuando me cruzo yo de brazos y la miro mal.

—No ha sido culpa mía, guapa. Un imbécil me ha pegado con una pelota de fútbol en la espalda y ha originado... esto —le respondo haciendo aspavientos con las manos.

—Lo dicho, primer día y ya te ha tocado. O sea, la guarra de Sonia, la cual, por cierto ya no quiero ni ver, se está pegando el lote con el chico de tus sueños prácticamente delante de ti, luego recibes un pelotazo en la espalda y finalmente, acabas con tu comida encima y totalmente *enguarrada*. ¿Me he dejado algo?

Niego y me encojo de hombros. Miro al suelo y la escucho suspirar.

—Venga, vámonos a casa. No creo que pase nada porque te pierdas las últimas clases.

Me rodea los hombros con su brazo y me lleva a la salida, pero así como salimos me detengo.

—No me puedo irme, Esther. He quedado con mi hermano en la puerta a última hora para irnos a casa los tres.

—¿Qué tres?

—Pues, ¿quiénes van a ser? Henry, él y yo. Henry nos ha traído esta mañana y me tengo que ir con ellos a casa.

—Mira. Tú no te vas con esos dos ¿me oyes? Tú te vienes conmigo a mi casa, te duchas, te presto ropa y te quedas a dormir conmigo, ¿sí? Además, me da que hoy necesitas compañía, hablar y no estar sola. ¿Me equivoco?

La miro y le doy un fuerte abrazo. La verdad es que esta chica es un amor y por algo es mi mejor amiga. ¡Cómo me conoce! Ha sabido exactamente lo que me hacía falta y me lo ha ofrecido sin dudarlo.

—¡Eys! ¡Aparta que me manchas, zopenca! —Me increpa dándome un ligero empujón— que este modelito tan *chic* es mi favorito y paso de que no se vayan las manchas de tomate.

Me río y la rodeo por la cintura.

—¡Pero qué haría yo sin ti, puñetera!

Se ríe y saca las llaves del coche.

—Muy fácil, cariño. Aburrirte... y mucho. Ya sabes que como yo no hay dos y que soy irremplazable —afirma y me guiña.

Chocamos las manos y con una sonrisa entramos en el coche. Enciende el motor y me mira.

—¿Me aceptarías un consejo?

—Claro, dime.

—Olvídate de él, Lannie. Será lo mejor para ti, cielo y lo sabes.

Miro al frente y pienso en lo que me acaba de decir. Olvidarme de Henry, del hombre que amo desde hace ocho años. Olvidar y quitarme de la cabeza al hombre que ansío tener algún día a mi lado y con el que he soñado tener un futuro. Del hombre que nunca he conseguido nada, excepto su amistad.

La verdad es que sé que mi hermano se opondría totalmente a que hubiera algo entre nosotros, lo sé con certeza... pero si tengo que ser sincera conmigo misma, sé que me va a ser prácticamente imposible olvidarlo. No sin por lo menos haber gastado hasta mi último cartucho. ¿Cómo olvidar o dejar pasar algo con él, si nunca he tenido la oportunidad de saber cómo nos podría haber ido?

Pero lo que no me hubiera imaginado nunca, es el gran giro que daría mi vida en estos años universitarios.

Capítulo 3

Dos años después

No es posible, ¿esto tiene que ser una maldita pesadilla! ¡¿Nueva York?!

—¿Estás de broma, verdad? —le pregunto sintiendo como se me estruja el corazón por dentro. ¡No se puede ir tan lejos!

—Pero bueno, Lannie ¿Y a ti qué más te da? —Me pregunta mi hermano dando un golpe con los puños en la mesa—. ¡Es su vida y puede hacer con ella lo que le dé la real gana, enana!

—No, si yo solo... yo...

Niego, me levanto dejando a mi familia en la mesa y salgo corriendo por la puerta principal.

¡No se puede ir, no puede! ¡Aún no he tenido tiempo ni la oportunidad de intentarlo! No es justo, maldita sea ¡no es justo!

Sigo corriendo y cuando llego al parque que hay a pocos minutos de mi casa me siento en un banco. Miro a la arena que hay a mis pies y pego una patada al suelo, haciendo que se eleve y manche mis zapatos.

Sorbo por la nariz y me doy cuenta de que estoy llorando cuando una lágrima acaba manchando la arena.

Se va... se va y no lo volveré a ver más. No puede ser verdad, joder.

—¿Lannie?

Me pongo rígida al escuchar su voz a mi espalda pero no me giro. La verdad es que no quiero que vea el estado en el que me encuentro.

—¿Estás bien?

Me encojo de hombros y sigo mirando el suelo. Veo por el rabillo del ojo que se sienta a mi lado en el banco y que suspira.

—¿Sabes? Puede que no te guste lo que vas a escuchar, pero... bueno... quiero decirte que hace mucho tiempo que sé que sientes algo por mí, Lannie. Pero he preferido callarme y no decirte nada a verte sufrir con mi respuesta.

Al escuchar esas palabras lo miro y me limpio las lágrimas con las mangas del jersey.

—¿Qué...? —carraspeo— ¿Qué quieres decir con que sabes qué siento algo por ti?

—Lannie —me coge las manos y me mira intensamente—. Hace dos años que me enteré que llevas enamorada de mí desde que eras prácticamente una niña y... bueno... la verdad es que me sorprendió al enterarme, pero sinceramente, no me lo creí.

—¿No? —le pregunto totalmente esperanzada.

—Pues no. Pero igualmente... decidí fijarme en ti, en tu reacción, en cómo te comportabas cuando estaba contigo y... verás... al final me di cuenta de que había estado completamente ciego durante todos estos años y de que la persona que me confesó eso, en realidad no me mintió en ningún momento.

—¿Qué? —susurro e intento quitar mis manos de las suyas, pero él no me lo permite y me las sujeta más fuerte.

—Escucha, ¡Lannie, escúchame! —Me increpa levantando la voz, lo que hace que pare mi intento de querer soltarme de su agarre y desaparecer de ahí por la vergüenza que estoy sintiendo en este momento.

—Mira, Lannie. Te quiero ¿me oyes? Te quiero mucho.

Sonríó al escuchar esas palabras pero al ver como niega, pierdo la sonrisa.

—No de esa manera, cielo, no de esa. Te quiero, sí, pero como a una hermana, como a mi mejor amiga y no como a alguien con quien tener una relación. Lannie, entiende que para mí eres muy importante, y la verdad es que tengo que admitir que eres una mujer preciosa; pero quiero que te quede bien clara una cosa y es que nunca, nunca tendremos nada.

Suspira y se pasa las manos por su precioso pelo azabache. Me mira y sonrío ligeramente, haciendo que se le marquen unas pequeñas arruguitas en los extremos de los ojos y que sus preciosos hoyuelos aparezcan.

—Tengo novia desde hace más de un año, Lannie —me suelta de golpe sorprendiéndome—. Quiero que sepas que estoy enamorado de ella y que nos vamos los dos a Nueva York a trabajar y, posiblemente y si las cosas salen como tenemos planeadas, en un año como mucho nos casaremos.

Derrumbada, me acaba de derrumbar y de dejar destrozada con esas palabras. Novia... tiene novia desde hace más de un año y yo no sabía nada. ¿Cómo es que no sabía que salía con alguien? No puede ser, me tiene que estar mintiendo, ¡esto no puede ser verdad! ¡No puede estar diciéndome en serio que se va a Nueva York con ella para casarse en un futuro cercano!

—¿Estás bromeando verdad? —le digo sin apartar la mirada de sus preciosos ojos azules—. Cole nunca me ha comentado nada de que tuvieras novia y menos que tuvieras pensado casarte. ¡Es una broma de muy mal gusto, Henry! ¡Y no tiene ninguna gracia!

—No es broma, bicho.

Me giro al escuchar la voz de mi hermano y lo miro. Está de pie detrás de mí con las manos metidas en los bolsillos y mirando a Henry.

—No te ha mentado, Lannie. Lo que te ha contado es totalmente cierto.

—¿Y por qué no he sabido nunca que tenía una relación, Cole? Y lo más importante... ¿Quién puñetas le fue con el cuento de que yo sentía algo por él? —le pregunto sintiendo unas inmensas ganas de nuevo de echarme a llorar.

—Sonia —me dice Henry y entonces lo entiendo todo. Sonia, la zorra de

Sonia precisamente se tuvo que ir de la lengua.

—Ya... —susurro y me levanto.

—Lannie...

Henry se pone de pie y se acerca a mí, pero yo detengo su avance levantando la mano.

—¿Sabes? Ya no tiene remedio que siga con esto guardado aquí dentro —le digo colocando mi mano sobre mi corazón—. Es cierto —rio por lo bajo y lo miro dejando salir las lágrimas que ya no puedo seguir reteniendo—. Te amo con todo mi corazón y lo he hecho desde que tenía doce años—. Suelto un suspiro tembloroso y me encojo de hombros—. Siempre he tenido la esperanza durante todos estos años de que me vieras, de que abrieras los ojos y te dieras cuenta de que, delante de ti, había una niña, luego una adolescente y finalmente, una mujer que te ha amado más que a su propia vida. Pero en el fondo... en el fondo creo que siempre he sabido que lo nuestro nunca podría llegar a hacerse realidad ¿verdad? Pero aún así... aún así mantuve la esperanza dentro de mí porque sabía que si perdía eso, que si perdía la esperanza... mi mundo se derrumbaría totalmente. Y finalmente lo ha hecho —me encojo de hombros y lo miro—. Con tus palabras has destruido las pocas esperanzas que me quedaban, Henry y finalmente has hecho que abra los ojos a la realidad; una realidad que no quería ver y que se ha abierto ante mí. Un futuro sin ti, un futuro sin haber llegado a conocer lo que sería poder amarte como me hubiera gustado que pasara y un futuro que tendré que afrontar sin volver a verte, por mucho que me duela.

—Lannie, por favor, yo no quería hacerte daño, no quería...

—Ya da igual, Henry. Da igual —aseguro encogiéndome de hombros y le doy la espalda.

—Henry —recuerda que en tres horas sale tu avión y que Sharon te está esperando.

Sharon. Así que así se llama ella.

—Lannie... ¿me harías un favor? Solo necesito una cosa más de ti antes de irme.

Me doy la vuelta, me rodeo la cintura con los brazos y miro la arena porque no me siento capaz ahora mismo de enfrentar su mirada.

—Claro —le contesto totalmente indiferente, ya que solo tengo ganas de salir corriendo y de esconderme de todo el mundo.

Sujeta mi barbilla y levanta mi cara haciendo que finalmente lo mire.

—Perdóname por no haber visto antes todo esto. Por haber estado tan ciego. Por no haber sido quién tú querías que fuera y sobretodo... por haberte hecho tanto daño. Sabes que eso es lo último que hubiera querido, ¿verdad?

Asiento e inspiro fuertemente.

—Sé feliz, cariño. Inténtalo, por favor y sobretodo quiero que te cuides mucho.

Mi hermano coloca su mano sobre mi hombro y me da un ligero apretón.

—Lo intentaré —respondo mirando nuevamente mis zapatos. No quiero mirarlo a la cara de nuevo o me derrumbaré.

—Bien —suspira.

Da un paso hacia mí, sube sus manos y finalmente las siento en mis mejillas. Eleva mi cara de nuevo haciendo que al final tenga que mirarlo y me fijo en sus preciosos ojos, unos ojos que me miran de una manera muy dulce, de una manera que no le había visto hasta ahora y finalmente, acerca su rostro muy despacio.

Finalmente, el roce de sus labios sobre los míos hace que se me acelere el corazón y que se me ponga la piel de gallina. Un pequeño gemido sale de mi garganta y suspiro entrecortadamente. Me besa de una manera muy tierna y dentro de mí, siento que este precioso y dulce beso es un beso de despedida; un beso que no olvidaré jamás, porque estoy completamente segura de que, ha sido el primero y el último que recibiré de él.

Sus calientes y suaves labios se separan de los míos, y abro los ojos lentamente.

Sus manos siguen sujetando mis mejillas y él sigue sin apartar su mirada de la mía.

—Adiós, Lannie.

Besa mi frente, mira a mi hermano, asiente, se da la vuelta y veo como poco a poco se va alejando por el camino, hasta desaparecer de mi lado y de mi vida... tal vez para siempre.

Rompo a llorar desconsoladamente y Cole me abraza con todas sus fuerzas.

—Tranquila, cariño, tranquila.

—Duele, Cole, duele mucho —gimo sin poder detener el llanto que me posee.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero has de ser fuerte ahora mismo, Lannie. Has de ser fuerte por todos y sobre todo por ti.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me ocultaste que se iba a casar en poco tiempo? ¿Que tenía novia? —le pregunto con la cara enterrada en su pecho.

—Porque sabía lo que sentías por él, Lannie. Siempre lo he sabido, cariño y no quería que sufrieras.

—Pero ahora sufro —suelto un gemido de dolor, subo mis manos hasta sus hombros y lo miro—. Sufro intensamente, maldita sea. Se acaba de ir no hace ni cinco minutos y ya lo echo terriblemente de menos.

—Se te pasará, hermanita, confía en mí ¿vale? No estás sola, cariño. Nos tienes a nosotros, a tu familia, a Esther... nos tienes a todos para apoyarte y cuidar de ti. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento y me vuelve a abrazar.

—Venga, volvamos a casa. Aún te queda mucho por hacer y por vivir, Lannie, mucho y quiero que te quede claro que quiero ser testigo de ello. Quiero ver como superas esto, como empiezas de nuevo, como empiezas a perseguir nuevos sueños y logras que se hagan realidad. Quiero verte feliz y pletórica, hermanita. Prométeme que algún día lo veré. Prométemelo, por favor.

Me detengo y le cojo la mano.

—Te lo prometo, Cole. No sé cuánto tiempo pasara hasta que puedas verlo, la verdad, pero te lo prometo. Saldré adelante por mí y por vosotros.

Asiente dirigiéndome una gran sonrisa e iniciamos el regreso a casa.

Ojalá pueda cumplirse pronto lo que te he prometido, Cole, ojalá. Porque realmente sé que voy a tardar mucho en recuperarme de la pena que me recorre ahora mismo. Pero te prometo que lo intentaré con todas mis fuerzas hermanito, eso te lo juro.

Capítulo 4

Nueva York. Ocho años después.

Henry

—¿Estás seguro de que no te equivocas, Henry?

Miro a mi socio y niego.

—¿Acaso crees que no he cotejado estos datos? Joder, Kurt, ¡llevo tres malditos días metido en el sistema buscando fallos y no encuentro ninguno!
—Pego un golpe en la mesa con el puño y me levanto. La rabia y frustración que llevo dentro se están apoderando de mí, porque sé que en este momento estoy metido en un problema y de los gordos.

Me dirijo a la otra punta de mi despacho y me pongo a mirar las vistas de esta maravillosa ciudad, una ciudad que en estos años me ha dado muchas penas, pero también muchas alegrías.

Tanto esfuerzo, horas de trabajo y todo mi capital invertido para perderlo en poco tiempo si no descubro una manera de volver a alzar el negocio.

—Henry, ¡Oh Là Là! Está en serios problemas y lo sabemos los dos. Necesitamos encontrar algo que haga que las ventas vuelvan a subir, algo novedoso. Nuestros modelos se están quedando anticuados y lo sabes, tenemos que encontrar algo y pronto.

—Pues como no contratemos a una nueva diseñadora ya me dirás qué hacer, Kurt. Porque ahora mismo estoy falto de ideas.

Joder, maldita sea la hora en que hice caso a Sharon.

«Monta el negocio, cariño, te ira bien y triunfarás. Las mujeres adoran sentirse sexys y sensuales por dentro al igual que por fuera. Hazlo y no te arrepentirás».

Y vaya si me arrepiento, joder.

—¿Y por qué no?

—¿Por qué no a qué?

—¿Pues a qué va a ser? A contratar una nueva diseñadora. La señora Harris ha trabajado muy bien estos años, pero sinceramente se ha estancado en lo mismo y ya no saca nada nuevo. Necesitamos sangre joven y picante. Tenemos que buscar a alguien que le dé un nuevo look a nuestras prendas. ¡Necesitamos innovar ya! O en menos de seis meses esta cadena cerrará definitivamente.

—Ya...

—¿Henry?

—Sí, sí. Le daré una vuelta al tema, Kurt. Me plantearé lo que me has dicho y te diré cosas lo antes posible.

—Está bien. Pero no tardes mucho, amigo. No tenemos demasiado tiempo.

Sale de mi despacho y me dejo caer en el sofá. Una nueva diseñadora, aire fresco, innovar. Como si fuera tan fácil encontrar a alguien con talento para esto.

Me recuesto contra el respaldo y cierro los ojos. Estoy agotado, estresado y con ganas de mandarlo todo a la mierda, todo. Pero no me quiero rendir y echar por la borda lo que tanto me ha costado construir.

—¿Qué hago, joder? ¿Qué?

Miro hacia mi mesa y me levanto. Me siento en mi sillón y saco la carpeta con los informes de los últimos seis meses del cajón. Reviso nuevamente los datos, estadísticas, y los balances y me fijo que en mayo fue cuando la cosa

empezó a bajar drásticamente.

—Mayo, mayo —susurro y sigo comparando—. ¿Por qué en mayo? Algo que ignoro debió pasar para que las ventas bajaran de esta manera tan drástica porque no es normal que se desplomaran más de un cincuenta por ciento de un mes a otro.

Enciendo el ordenador y empiezo a buscar en mi agenda personal algo que me dé una ligera idea de lo que puede haber pasado. Una mala cita con algún inversor, un cliente potencial perdido, algo... Pero lamentablemente, no veo nada.

Paso a mis e-mails y vuelvo a revisar, pero todo acaba resultando inútil. No tengo nada que justifique las grandes pérdidas que estoy sufriendo.

Decido dimitir por hoy e irme a casa a descansar. La cabeza me está estallando. Tanto pensar constantemente en el problemón en el que estoy metido, ha originado que mis dolores de cabeza sean diarios y más constantes a estas horas. Es como si mi cuerpo me dijera «apágame que no puedo más», pero mi cabeza se negara a escucharlo.

Recojo mis pertenencias, salgo de mi despacho y al llegar al parking de la empresa voy hacia mi coche.

—¡Henry! ¡Señor Davis, espere! —grita alguien a mi espalda.

Me giro y veo a Alexandra, la secretaria de Brandon el jefe contabilidad de la empresa acercándose a mí a paso acelerado.

—¿Estás bien, Alex?

Su cara de preocupación me pone alerta, ya que es una chica que nunca se mete en problemas. Es una buena trabajadora, talentosa, inteligente, siempre tiene el trabajo listo y a tiempo y... la verdad es que verla en ese estado de intranquilidad no me gusta un pelo.

—Necesito hablar urgentemente con usted, señor Davis, por favor.

—Claro.

Acepto inmediatamente al ver como se retuerce las manos a causa del nerviosismo que lleva.

—Ven, vayamos a mi coche.

Apoyo mi mano en su baja espalda y nos dirigimos hacia él. Una vez dentro, la miro y espero a que empiece.

—Bien, pues tú dirás —la insto a que empiece, ya que parece que le da apuro.

—Verá, señor... quería hablar con usted desde hace varios días porque... —carraspea de nuevo— porque hay algunas irregularidades que no entiendo.

Frunzo el ceño al escuchar eso y me ladeo para ponerme de frente a ella.

—Explícate, por favor.

—Sí, sí...claro... Es que... verá... resulta que hay algunas facturas que no tienen sentido. Quiero decir que no entiendo por qué se facturan cerca de cien mil dólares al mes en concepto de corchetes traseros de metal para los modelos de ropa interior la empresa, cuando todos sabemos que los utiliza de silicona, y tela beige de algodón, sabiendo perfectamente que la empresa no trabaja con ese material.

—¿Cómo?

—Verá, jefe. La empresa lleva más de seis meses facturando esa cantidad mensual y, si hace cuentas, son seiscientos mil dólares que no sé a dónde han ido a parar, ya que ese producto no está en nuestro almacén. Y créame porque yo misma he ido a comprobarlo personalmente, señor Davis.

Al escuchar eso me quedo totalmente paralizado. ¿Será posible que me estén estafando en mi propia casa?

—¿Estás completamente segura, Alex?

—Completamente —asiente, saca una carpeta de su bolso y me la entrega—.

Tenga, esto son unas copias que he sacado de los originales por si quería confirmarlo por usted mismo.

Recojo la carpeta, enciendo la luz interior del coche y la abro. Miro por encima los números y veo que, efectivamente no ha mentido en nada. Hay seiscientos mil dólares que no se sabe dónde han ido a parar y no solo eso, sino que hay seis pedidos de gasa en color morado de cincuenta mil dólares más que no tendría que existir, ya que no trabajamos con ese material.

Se lo enseñó a Alex y ella se encoge de hombros.

—Pues no sabría decirle, señor Davis. A ese pedido no le he dado importancia ya que no es una cantidad excesiva.

—Nosotros no trabajamos con ese material, Alex. Nuestra ropa interior no lleva nada fabricado en gasa y menos morada.

Alex me mira y asiente.

—Necesito que me mantengas informado, por favor. Cada vez que se haga un pedido y Brandon te pase las facturas para que las introduzcas en el ordenador tienes que mandármelas inmediatamente. Sea de la forma que sea, ¿entendido?

—Por supuesto, señor Davis. Descuide que así lo haré.

—Tengo que descubrir dónde va a parar ese dinero, Alex. Esto es una estafa a la empresa bastante importante y nos puede perjudicar a todos como no se detenga cuanto antes.

Alex afirma, endereza los hombros y me ofrece su mano. Sonrío y se la estrecho.

—Lo mantendré informado de todo, señor Davis, se lo prometo.

—Perfecto. Pues esperaré noticias tuyas.

Asiente y así como va a salir del coche, la detengo agarrando su brazo.

—¿Necesita que la acompañe?

Me mira con sorpresa y niega.

—¡Oh no!, descuide señor Davis. Tengo la parada del bus a cinco minutos de aquí. Pero muchas gracias.

—¿Estás segura? Sabes que no me importa.

Me sonrío y asiente.

—Segura. Pero muchas gracias, señor.

Suelto su brazo, sale del coche, cierra la puerta y me dice adiós con la mano. Enciendo el coche, arranco y al pasar por su lado le devuelvo el saludo.

Gracias, Alex. Si no hubiera sido por ti, aun estaría machacándome la cabeza y no hubiera averiguado nada. Suelto un fuerte suspiro y pongo dirección a casa.

Capítulo 5

Cierro la puerta con una sonrisa y apoyo la espalda en ella.

¡Tengo trabajo! ¡Al fin tengo trabajo! Me quito los zapatos de tacón y empieza a pegar saltitos en el salón. ¡Al fin una buena empresa me ha contratado y ha se ha tenido en cuenta mi experiencia!

Me dirijo al equipo de música, meto un cd y subo el volumen. La canción *We are the champions* de Queen suena a todo volumen y yo feliz como soy imito al grupo y la canto a gritos con los brazos en el aire y meneando la cabeza de adelante a atrás.

—*¡We are the champions, my friend! ¡And we'll keep on fighteen 'till the end! ¡We are the champions, weee are the...*

De repente, una mano muy fría se posa en mi hombro y pego un grito. Me giro de golpe y veo a mi compañera de piso con los brazos en jarras, el ceño fruncido y una cara de mosqueo brutal. Apago el aparato y la miro.

Me da que acabo de despertarla ya que la cara de sueño que tiene es increíble y empiezo a sentirme culpable.

—¡Me acosté a las cinco de la mañana, Lannie! ¡A las cinco! ¿En serio tenías que poner la música a todo volumen un sábado por la mañana?

Sonrío y asiento.

—¡Vaya! —me dice y bufa— ¿Podría saber pues, el motivo de tanta algarabía y fiesta por tu parte a las nueve de la mañana?

—¡Tengo trabajo! ¡Tengo trabajo! —grito y aplaudo dando saltitos.

—¿Sí?

Veo como se pone seria de golpe y se sienta en el sofá dejándose caer de mala manera. Me acerco a ella y me siento a su lado.

—Me da la impresión de que no te alegras precisamente.

Me mira y sonrío de lado.

—No es eso, Lannie. Es que tenía pensado hablar contigo para pedirte ayuda sobre un tema laboral, ya que tú eres muy buena en contabilidad y yo tengo unos límites, ya lo sabes. Mi contabilidad es básica, pero tú tienes una carrera universitaria, sabes mucho y te necesitaba. Pero ya va a ser imposible.

La veo encogerse de hombros y bajar la cabeza. Cojo sus manos y me mira.

—Sabes que te puedo ayudar igualmente, ¿verdad? No creo que sea un tema demasiado complicado. Podría dedicarle un poco de mi tiempo libre cada día a la salida de mi trabajo.

Ella niega y se levanta.

—¿Te parece que el desfalco es un tema para dedicarle solo «un poco» de tu tiempo libre, Lannie? La empresa en la que trabajo está en graves problemas y como no se solucione el tema me veo en el paro en poco tiempo. Bueno, yo y todo el mundo ya que nos están robando y no sabemos quién es exactamente. Por eso necesitaba de tu asesoramiento, Lannie, porque sé que con todo lo que sabes podrías ayudar.

—Maldita sea, Alex, no sabía nada. Claro que te ayudaré, lo sabes. Puedo hacerlo, cielo.

—No, Lannie, no puedes. Un caso así necesitaría de muchas horas de tu tiempo y mucha investigación. Es más, tenía pensado incluso hablar con mi jefe y pedirle que te contratara, pero al ver que ya tienes nuevo trabajo va a ser del todo imposible.

Frunzo el ceño al escuchar eso y me vuelvo a sentar a su lado.

—¿De qué tipo de trabajo estamos hablando, Alex? ¿Qué tendría que hacer

exactamente?

—Pues llevar la contabilidad de la empresa, de toda la empresa y tendrías que comprobar que todo estuviera en orden. Mi jefe las está pasando canutas, Lannie, le están robando delante de sus narices y no sabe quién lo está haciendo. Solo ve pérdidas, pedidos fantasma —esos los descubrí yo por casualidad— dinero que sale de la empresa, y más cosas que seguro descubriré si me pongo a ello en serio. Pero podría hasta cierto punto, Lannie. Mis estudios tienen una limitación, pero los tuyos... los tuyos son muy superiores y sé que, si te implicaras completamente, podrías salvar a la empresa de irse literalmente a la mierda. Necesito tu ayuda, por favor, no quiero quedarme sin trabajo y que mi jefe pierda su empresa. Es un buen hombre que no se merece lo que le está pasando.

—Uys, nena... hablas como si sintieras algo por tu jefe —le digo sonriendo pícaramente.

—¿Pero tú estás majara?! ¡Que está casado, tía! Sabes perfectamente que nunca me liaría con un tío casado ni con novia, me conoces desde hace cuatro años, Lannie. No sé por qué dices eso.

—¡Era broma, mujer! Pero es que hablas de él de una manera...

—Pues porque es buena persona, Lannie, muy buena. Es un hombre serio, responsable, íntegro. Trata a sus subordinados con respeto, cuenta con nosotros para todo, ¡somos como una gran familia! Y me jode el saber que, por culpa de algún cabrón, la empresa que tanto ama se pueda ir al garete.

Pues sí que le tiene en un pedestal. La verdad es que siendo como es Alex, que piense eso de su jefe ya le da puntos para mí.

—Por cierto, que no te lo he preguntado. ¿Dónde has encontrado trabajo?

Me encojo de hombros porque no es que sea gran cosa, pero es trabajo.

—Pues... —carraspeo y me remuevo en mi asiento— de operadora en una compañía de taxis.

Veo como abre los ojos como platos y seguidamente empieza a partirse de risa. Vale, entiendo su reacción, pero, ¡es trabajo al fin y al cabo!

Me pongo seria y me cruzo de brazos. Veo como se fija en mi pose y como poco a poco va perdiendo la sonrisa y se limpia las lágrimas que le han caído por las mejillas con la manga del pijama. Un pijama de Winnie de Pooh, por cierto que hace que se me salgan los ojos de las órbitas ya que es de color fucsia con los ositos en color verde. No sé cómo pudo comprarse esa horrerada, pero ella lo adora, es más lo tiene tan celoso que lo lava a mano para que no se le estropee.

—Vale, vale, ya paro Lannie. Pero sinceramente... ¿Me estás diciendo que con los estudios que tienes, solo has conseguido encontrar trabajo de eso?

—Ya sabes cómo está el tema, Alex. Es lo único que he encontrado.

—Bien. Pues no se hable más. El lunes hablaré con mi jefe y se lo comentaré. Es más, viendo cómo está el tema actualmente en la empresa, podría incluso asegurarte que el trabajo sería tuyo. Necesitamos mucha ayuda, Lannie, mucha.

Me fijo en cómo se queda pensativa y segundos después se levanta del sofá y va corriendo hacia la mesa. Coge el portátil, lo enciende y sonrío.

—¿Qué haces? —le pregunto al ver que la sonrisa no abandona su cara.

—Mandarle un e-mail a mi jefe. Estoy segura de que en algún momento de este fin de semana lo leerá y me contestará. A ver si hay suerte y puedo conseguir una entrevista para ti para el lunes a primera hora. La verdad es que me encantaría que te aceptara.

La veo teclear a una velocidad vertiginosa y después de un golpe seco en el teclado con su dedo índice, baja la tapa y me sonrío ampliamente.

—¡Listo! Crucemos los dedos y esperemos que entre hoy y mañana me dé el ok.

—¿Estás segura, Alex? —le pregunto no muy convencida de lo que acaba de

hacer, ya que como su jefe dé una negativa se me irá la ilusión que ha ido creciendo poco poco por el retrete. La verdad es que me encantaría trabajar en esa empresa, adoro los números, los amo y trabajar en eso sería un sueño hecho realidad ya que lamentablemente, todos los trabajos que he tenido anteriormente, nada han tenido que ver con ellos.

—¡Pues claro! Lo conozco y sé que no podrá resistirse a la ayuda de alguien con tus conocimientos. Venga, ¿Qué te parece si nos vestimos y vamos a desayunar a Harriet's? Me apetece un Capucchino de los suyos y unas tostadas con tomate.

Asiento y nos dirigimos a nuestra habitación. «Ojala Alex tenga razón y tenga el ok pronto» —pienso mientras preparo la ropa que me voy a poner— Me dirijo a la ducha y cuando el agua está a la temperatura ideal entro en ella.

Media hora después, salimos las dos del apartamento y nos dirigimos al ascensor. Pulsamos el botón y mientras lo esperamos vemos salir al Frank del apartamento de al lado, el cual al vernos nos sonríe.

Frank... Quien me hubiera dicho que tantos años después me lo encontraría una mañana mudándose a dos puertas de la mía. Frank Hughes, el chico que conocí el primer día de universidad y que me invitó a comer después de disculparse al recibir por parte de un amigo suyo un pelotazo en mi espalda.

—¡Eys, chicas! ¡Pero qué guapas vais! —Nos saluda a ambas con efusividad—. ¿Vais a alguna parte en especial?

—A desayunar —le contesta enseguida Alex y me fijo en cómo se pone colorada al mirarlo.

—Pues buen provecho.

Nos guiña un ojo y entra con nosotras al ascensor. Nos quedamos callados los tres pero Alex de repente me sorprende.

—¿Nos quieres acompañar? —le pregunta tímidamente.

Él me mira y me sonríe al mismo tiempo que niega. Finalmente la mira a ella carraspea.

—Lo siento, Alex, pero he quedado con unos amigos de trabajo para ir a tomar algo. Tal vez otro día,  te parece?

Ella asiente perdiendo un poco la espléndida sonrisa que tenía.

—Claro, por mí perfecto. En otra ocasión.

Llegamos a la planta baja y Frank nos cede el paso.

—Señoritas...

Salimos dándole las gracias y una vez afuera, Frank me sorprende. Me da un beso en la mejilla, me dice un suave adiós en el oído y seguidamente se da la vuelta y se va.

Miro a Alex y veo como lo mira con un brillo especial en los ojos. Un brillo de lágrimas contenidas.

Me mira, se encoge de hombros y empieza a alejarse de mí en dirección contraria a la de Frank sin esperarme.

— Alex, espera por favor!

Se detiene pero no me mira. Me pongo a su lado y la agarro suavemente del brazo.

—No tengo nada que hacer,  verdad? Le gustas t , Lannie. S  que le gustas.

—Eso no es cierto, Alex. No puedo gustarle. Sabes que lo conozco desde hace un montón de años y nunca me ha dado pie a pensar algo de ese estilo.

—Ya... pero siempre hay una primera vez para todo y tengo la certeza de que, si no te ha dicho nada desde que es nuestro vecino, es porque no ha tenido valor. Pero sí que le gustas, me lo dice el corazón. La manera en que te mira, como te sonríe de esa manera tan tierna. Tengo ojos y se ve a la legua.

—Pues yo no veo nada de eso. Te estás equivocando, Alex.

—Ya dicen que no hay más ciego que el que no quiere ver. Pero bueno, vamos a desayunar que ya me rugen las tripas.

Empieza de nuevo a caminar alejándose de mí y solo puedo pensar en una cosa... ¿Será verdad que le gusto a Frank? Porque si fuera cierto me llevaría una sorpresa, ya que es cierto que nunca he visto nada especial en su actitud hacia mí.

Capítulo 6

Henry

—¿Me lo estás diciendo en serio, Sharon? —le pregunto con escepticismo ya que no me puedo creer que se ofrezca a eso.

—Pues claro, cariño, y más después de haberme explicado la situación. ¿Acaso crees que quiero que la empresa que tanto esfuerzo nos ha costado levantar acabe desapareciendo?

«¿Nos?» —Me pregunto me pregunto interiormente y enarco una ceja.

Tiene gracia que diga eso mi mujercita, ya que ella se ha dedicado solamente a gastar dinero. Sí, fue la empresa empezar a ser muy rentable y la tarjeta de crédito un no parar en sus manos. Se pasaba más tiempo fuera de compras y metida en salones de belleza que ayudándome. Es cierto que al principio me echaba una mano con las prendas. Se sentaba horas a mi lado y me enseñaba preciosos diseños. El haber estudiado esa carrera y el tener mucha imaginación, admito que ayudó mucho para el lanzamiento de ¡Oh, Là Là! Lingerie. Pero dos años después y cuando la empresa empezó a dar mucho dinero, se desentendió del tema y simplemente me dijo que no la necesitaba más y que con los diseños que me había regalado tenía para varios años de éxito asegurado. Y así fue, lo tuvo. Pero actualmente esos diseños se han quedado en nada. La competencia está innovando con nuevos y maravillosos modelos que actualmente la nuestra no posee y nos están dando por todos lados.

Una caricia en mi mejilla me saca de mis pensamientos y la miro.

—Vamos, cariño, no me mires así. Sabes bien que puedo ayudarte. Ya lo hice al principio y puedo hacerlo ahora también. Venga, dame una oportunidad para demostrarte las nuevas ideas que tengo en la cabeza y verás como no te decepciono.

¿Meterla en la empresa para diseñar? Maldita sea, una cosa fue hacerlo desde casa al principio, pero tener que verla cada día en horario laboral...

—¿Es que acaso no quieres, *amore*?

Me rodea el cuello con sus brazos y me pone morritos.

La miro detenidamente y me doy cuenta de que ya no siento por ella lo que sentía hace ocho años. ¿Qué ha pasado conmigo? ¿O con ella? ¿Dónde ha quedado la inmensa atracción que sentía por mi preciosa esposa? ¿Las ganas de llegar a casa al acabar con mi jornada laboral para llevármela a la cama y tener una noche de sexo salvaje? ¿Dónde? Porque ahora mismo únicamente tengo ganas de que me suelte y me deje tranquilo. Esta Sharon no es la misma con la que me casé. Su cambio fue espectacular. En el período de dos años, pasó de ser una mujer dulce, complaciente, tierna... a una mujer fuerte, déspota, snob, prepotente y prejuiciosa.

Claro está que conmigo se comportaba de la misma manera que años atrás, pero con los demás no. Con los que no eran de su misma clase social era una auténtica arpía. Les miraba como si ella fuera una «diva» y ellos unos simples mosquitos que había que aplastar sino se hacían las cosas a su manera y como se les ordenaba, y eso siempre me ha sacado de mis casillas. Cuando le llamaba la atención se ponía triste y empezaba a llorar. Lágrimas de cocodrilo pensaba yo, pero como no, para no escuchar más sus quejas, simplemente respiraba hondo y la dejaba estar. Y así ha sido año, tras año, tras año. La miro y no veo belleza en ella, sino a una mujer que tapa sus defectos con exceso de maquillaje, y ropa muy cara.

—¿Me estás escuchando, Henry? ¿Quieres o no quieres que te ayude?

Se separa de mí y se cruza de brazos. Da toquecitos con la punta del pie en el suelo en señal de que ya está empezando a perder la paciencia y, para deshacerme de ella, simplemente afirmo y me doy la vuelta en dirección a mi despacho.

—El lunes a las diez en la empresa, Sharon. Y no llegues tarde.

La escucho resoplar de camino, y así como llego, cierro la puerta a mis

espaldas y me aprieto el puente de la nariz. Me apoyo en la puerta, miro al techo y suspiro.

—Dios mío, podrías echarme un cable, ¿no te parece? —susurro mirando al techo—. Se me está acumulando todo y siento que estoy a punto de reventar.

Estoy al límite, lo siento dentro de mí. Es como si algo me dijera... «para ya, Henry o acabarás haciendo algo de lo que te arrepentirás». Sinceramente, mandarí a la mierda si pudiera. Pero siendo realista, eso es lo último que realmente tendría que hacer, ya que, si lo hiciera, acabaría echando a perder siete años de duro trabajo y mucha gente que no tiene culpa de nada perdería su puesto de trabajo.

Me siento en mi sillón, abro el portátil y veo una notificación de un nuevo e-mail recibido. ¿En sábado y tan temprano? Miro mi reloj, son las cinco de la tarde y el e-mail se ha enviado a las nueve de la mañana. Suspiro, lo abro y cuando leo el mensaje me quedo a cuadros a la vez que desconcertado.

¿Alex quiere que entreviste a una amiga para que la ayude con la contabilidad? ¿Es que está loca?

Sigo leyendo y cuando veo los estudios que me indica que tiene, ya me lo empiezo a replantear.

Licenciada en económicas y empresariales y posee un doble master en auditorías y contabilidad superior. Y no solo eso, sino que lo obtuvo en la Escuela de Negocios Leonard N. Stern, una de las más prestigiosas del país.

Si tengo que ser sincero y consecuente conmigo mismo, la verdad es que después de ver esas referencias, podría ser incluso beneficioso para la empresa que la contratara. Le da mil vueltas a Alex en cuanto a estudios y conocimientos y podría de paso echarme un cable a mí.

Así que, una vez tomada la decisión, le contesto el e-mail aceptando su solicitud y le comunico que quiero una entrevista personal con su amiga a las ocho y media de la mañana en la empresa.

—¡Oye, cariño! —exclama Sharon entrando a mi despacho sin llamar a la

puerta— ¿Qué despacho de todos los que hay en la empresa será el mío? Necesito que tenga buenas vistas, Henry, así me inspiraré mejor a la hora de realizar los preciosos modelos de ropa interior que tengo pensados.

Pero... ¿De qué va esta mujer? ¿Ha dicho oficina? ¿Y con vistas? Aprieto los puños y escucho como crujen mis nudillos. Se ve que Sharon también se ha percatado de ello, porque después de carraspear, da un par de pasos atrás y abre la puerta sin quitarme la vista de encima en ningún momento.

—Vale, cariñito, te dejo tranquilo con tus cosas, disculpa. Había olvidado completamente que odias que te molesten cuando estás en tu despacho y más aun que entren sin llamar. Ya me voy —susurra estas tres últimas palabras y cierra la puerta.

Suspiro, me apoyo en el respaldo, cierro los ojos y escucho como se abre la puerta de nuevo. Los abro y veo aparecer la cabeza de Sharon tras una pequeña rendija.

—Pero piénsate lo que te he dicho del despacho, ¿eh?

—¡Maldita sea, Sharon! —golpeo la mesa con el puño levantándome como un resorte y cierra la puerta de golpe.

Joder, lo que voy a tener que aguantar. Un despacho con vistas, dice. ¿Acaso no sabe que Kurt y yo somos los únicos en todo el edificio que las tienen? ¡Ni los jefes de los muchos departamentos de los que consta el negocio tienen despacho con vistas!

Pues va lista si piensa que le voy a dar el mío o el de mi socio. Va lista.

—Tengo que salir de aquí.

Me levanto como un resorte de la silla, cojo las llaves de mi coche y mi cartera y después de salir de mi despacho me dirijo a la salida.

—¡Henry, amore! ¿Te vas? —escucho a Sharon a mi espalda.

Me giro y la veo recostada en el sofá con un camisón casi transparente de seda y gasa en postura insinuante. Su mirada me dice que quiere guerra, o sea,

sexo. Pero mi cuerpo no reacciona a esa visión, lo siento frío... como si viera a una mujer cualquiera que no me atrajera en vez de a mi propia esposa.

Asiento sin mirarla a los ojos y salgo por la puerta.

—¡Henry! —escucho como grita a todo pulmón y sigo caminando. Necesito alejarme de esa casa y de mi mujer pero ya.

Una vez dentro del coche llamo a Kurt. Espero que no tenga planes y pueda salir conmigo a tomar algo.

—¡Hombre! ¿Qué haces llamándome un sábado a estas horas, tío?

—¿Estás ocupado? ¿Tienes planes?

—Pues por ahora no, pero esta noche he quedado con una mujer que conocí hace una semana en Billy's. ¡Una vaquera tío! ¡De Texas nada más y nada menos! ¿Crees que será una buena amazona y me querrá cabalgar hasta dejarme sin aliento?

Escucho como se ríe y sonrío levemente. Este hombre nunca cambiará. Es ver una falda y un bonito cuerpo y pierde el norte.

—¿Henry? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, Kurt, pero da igual. Pásatelo bien tú que puedes, tío y ya me contarás.

—Eso ni lo dudes. El lunes en la oficina te lo contaré todo con pelos y señales.

—Kurt, los detalles escabrosos te los puedes guardar para ti. Con saber que te ha ido bien la cita ya me basta. No necesitaré saber la cantidad de veces que te la has tirado, de eso puedes estar seguro.

Se ríe a carcajadas y me despido. Cuelgo el teléfono y enciendo el motor. Salgo de mi propiedad y decido dar una vuelta sin una dirección fija. ¿A dónde podría ir? La verdad es que en momentos como este me vendría de perlas tener a mi lado a Michael. ¿Qué será de su vida? —Me pregunto ya que,

desde que me fui de Chicago ocho años atrás no he vuelto a saber nada más de él.

Capítulo 7

—¡Es tuya! ¡Es tuya!

Pego un bote del sofá y me incorporo. Miro a Alex la cual está mirando el portátil con una sonrisa increíble y aplaudiendo. Menudo susto me ha metido. Con lo concentrada que estaba en la película de terror que me tiene con los nervios de punta y va la loca esta y grita.

—¡Mi jefe ha aceptado entrevistarte, Lannie! Me ha dicho que estés a las ocho y media de la mañana el lunes en la empresa. ¡¿Qué te dije?! ¡Te aseguré que diría que sí! Habría que ser muy tonto para rechazar una entrevista con una persona con la cantidad de estudios que tienes tú, cielo. Pero muy tonto.

Se levanta de la silla y viene corriendo a abrazarme.

—Pero a ver, so loca. ¿Acaso le has puesto en ese e-mail los estudios que tengo? ¿Todos?

—¡Pues claro! ¡Tenía que conseguir que te diera la oportunidad! ¿Y qué mejor para lograrlo que echándole un buen anzuelo? ¡Necesitaba que picara y lo he logrado! ¿A que soy la mejor? —Pregunta dándose besos a sí misma con las palmas de las manos—. Menuda payasa está hecha.

Una entrevista. Al fin una entrevista y para un trabajo que sé que me encantaría si me admitieran finalmente. Por Dios ¡Estoy de los nervios! Solo faltan diez horas.

—Ayúdame, Alex. ¡Necesito que me eches un cable con la ropa! ¡No sé qué tipo de conjunto llevar!

Me hace un gesto en plan, «no te preocupes» con la mano y me guiña el ojo.

—Mañana ponte ese modelito tan elegante que tienes. El blanco de falda tubo con corte en el lateral y americana del mismo color. Pero eso sí, en vez de la blusa negra de siempre, ponte la color salmón. Irás divina si le añades los zapatos fucsia de salón que tienes y si lo complementas todo con ese bolsito tan cuco del mismo color, ya... Nena, hazme caso. Seguro que en cuanto mi jefe te vea se le caerá la baba.

Le sonrío y levanto el dedo pulgar. Esta mujer para combinar ropa es una pasada. Tengo que admitir que si no fuera por ella, más de una vez hubiera vuelto a casa con las manos vacías. Ir de compras sola no me aporta nada, pero con Alex... con ella es toda una aventura.

Madre mía las ocho y cuarto y estoy histérica. ¿Cómo puede ser que me suden las manos estando solo a veinte grados? Es cierto que la temperatura es ideal, pero siento el cuerpo frío y las manos chorreando. Madre mía, ya me imagino la situación. ¿Cómo puedo darle la mano al jefe de Alex estando cómo está? ¡Qué vergüenza, joder!

—¿Segura que vamos bien de tiempo? Sabes que no me fío de los buses. Podríamos haber cogido mi coche, Alex.

—Y tú sabes que a estas horas y a no ser que tengas plaza de aparcamiento en la empresa va a ser completamente imposible aparcar, Lannie. Por eso voy siempre en bus. Así me da tiempo de desayunar tranquilamente y no tengo necesidad de salir media hora antes de casa para, con suerte, encontrar aparcamiento lo más cerca del trabajo. Y sería a dos manzanas, te lo digo por experiencia.

—¿Voy bien? —le pregunto insegura.

—¡Estás preciosa, cariño! Y sino mira esos chicos. Serán unos *yogurines*, pero te miran como si quisieran comerte.

Miro de refilón en la dirección que me ha dicho y efectivamente, enfrente de mí y a tres filas, hay dos chicos que por la pinta y la edad que tienen deben ser universitarios. Y sí, efectivamente me miran como si me quisieran comer

enterita.

Al ver como los miro, uno de ellos me guiña un ojo de forma descarada y el otro me tira un beso. Noto como me suben los colores y aparto la mirada de golpe. ¡Joder, que bochorno! —pienso al ver su reacción—. ¡Si les debo llevar más de ocho años!

Una vez en la parada, nos bajamos. Caminamos unos cinco minutos y cuando Alex me señala el edificio me quedo *ojiplática*. ¿Allí trabaja ella? ¡Joder, menudo rascacielos! Ojalá no tengamos que ir a la última planta. La verdad es que no soy de las que disfrutan con las vistas en miniatura de una ciudad desde lo alto. Más bien soy todo lo contrario. Donde esté un primer piso, que se quite todo lo demás.

Entramos por las puertas giratorias y una vez dentro echo un rápido vistazo a lo que me rodea. Y digo rápido porque Alex me tiene agarrada de la mano y tira de mí con fuerza. Se ve que lleva prisa.

Me mete en el ascensor y veo como pulsa el piso cuarenta.

Lo dicho, justamente tenía que ser el último piso... no, si ya lo sabía yo. ¿Cómo iba a tener el jefazo el despacho en el primero?

Una vez en el planta cuarenta, salimos y ella me sigue arrastrando.

—Joder, Lannie, venga, que vamos muy justas de tiempo. ¡Acelera, mujer!

Y lo dice precisamente la que no lleva unos zapatos con tacones de casi un palmo. ¿Acaso cree que es fácil correr con estos zancos?

Llegamos a la mesa que se supone es de su secretaria y una chica muy guapa, al ver a Alex la sonrío. A mí sin embargo me mira de arriba abajo con curiosidad.

—Hola, Brigitte. ¿Está el jefe en su despacho?

La tal Brigitte afirma sin quitarme la vista de encima.

—Por favor, ¿podrías decirle que la chica de la entrevista ya está aquí? Seguro que debe estar esperándola. Llegamos cinco minutos tarde.

—Claro... —le contesta y finalmente deja de mirarme.

Miro a Alex en plan... «¿Y a esta que puñetas le pasa?» Pero ella se encoge de hombros.

—Señor. Su cita de las ocho y media está aquí. Sí, señor, desde luego.

Cuelga y mira a Alex.

—Puede pasar. —Me dice totalmente seria—. La puerta del final y entre sin llamar.

Alex me da un abrazo y me susurra «suerte» al oído. Me guiña un ojo y me anima con la cabeza a que vaya ya.

Así que, inspiro hondo, me doy la vuelta y me dirijo hacia las dobles puertas de color marrón oscuro que hay al final del pasillo. Un pasillo que se me va haciendo más largo a cada paso que doy.

—¿Y esa de dónde ha salido? —escucho que le pregunta la tal Brigitte a Alex. Pero no logro escuchar más ya que decido centrarme en lo importante.

—Tranquila, Lannie, tranquila. Tú puedes, mujer, tú puedes.

Llego al final y cuando levanto el puño para llamar, recuerdo que su secretaria me ha dicho que entrara sin llamar, así que carraspeo, cojo aire y abro la puerta.

Miro enfrente y me encuentro con un escritorio vacío.

¿Dónde estará? —me pregunto dando un paso al interior y cerrando la puerta.

Al ver el despacho vacío, pienso sino me habré equivocado. Así que, me giro para salir y en ese momento, el sonido de una puerta a mis espaldas abriéndose, hace que me gire en esa dirección y me quede totalmente

paralizada, con los ojos abiertos como platos y con la mano agarrando el pomo.

—¿Henry? —susurro casi sin voz, ya que parece que me acabo de quedar sin ella a causa de la impresión.

—Lannie —le escucho decir con voz ronca y por su cara, me parece que su sorpresa ha sido igual que la mía.

Capítulo 8

No me lo puedo creer ¡es imposible! ¿Henry es el jefe de Alex? ¿Y se puede saber por qué no lo sabía?

—¿Lannie?

Reacciono al escucharlo y lo miro.

—¿Eres tú la mujer que viene a hacer la entrevista? ¿La amiga de Alex?

Simplemente asiento y espero. Me fijo bien en él y si hace ocho años era un hombre muy guapo y atractivo, ahora con treinta, sino me fallan los cálculos, tengo que admitir que se ha convertido en un Adonis.

Joder, ¿se puede saber por qué puñetas me late el corazón como si hubiera corrido una maratón? ¿Es que acaso tiene que reaccionar de nuevo como hacía antaño cuando lo veía? ¡No, no, Lannie! ¡Espabila! Este hombre te hizo mucho daño y tienes que ser fuerte, ¡joder! ¡Reponte, maldita sea! Como se te ocurra siquiera pensar en él como algo más que tal vez tu futuro jefe es que me voy a cabrear contigo, ¡y mucho! Niego con la cabeza un par de veces para mentalizarme a mí misma de que no puede y nunca podrá ser y carraspeo.

—¿No? ¿No eres tú la de la entrevista entonces?

—¿Cómo? —le pregunto al escucharlo.

—Que estás negando y te acabo de preguntar si al final no eres tú la de la entrevista.

Lo miro y asiento.

—¿Sí?

—¿Sí, que?

—¡Joder, Lannie! ¿Eres o no eres la de la entrevista de las ocho y media?

Me yergo al escuchar su tono de voz y adelanto un paso.

—¡Un momento, Henry! ¡A mí no me levantes la voz que por ahí no paso!

—¡Pues deja de afirmar y negar y aclárate de una vez, porque me estás liando, joder!

—¡Hala, toma finura! —me cruzo de brazos y frunzo el ceño—. ¿Desde cuándo pierdes la paciencia con tanta rapidez? Antes no eras así.

—Antes era muchas cosas que ahora no soy, Lannie. Así que, si no te importa, y resulta que eres tú la de la entrevista, haz el favor de sentarte.

—Por favor.

—¿Cómo? —Me pregunta deteniéndose en seco y me mira como si hubiera cometido un sacrilegio.

—Nada, nada. No he dicho nada, jefe.

—Lo de jefe ya lo veremos. En principio y para que no haya confusiones, y en caso de que decidiera aceptarte, sería el señor Davis para ti.

Me quedo a cuadros al escucharlo. ¿Pero se puede saber qué le ha pasado a este hombre? ¿De dónde ha salido este déspota? Porque esta persona que tengo delante no tiene nada que ver con el hombre del que me despedí hace ocho años.

Me siento muy recta y espero a que él haga lo mismo. Cuando lo hace alarga la mano esperando algo.

Levanto la ceja esperando a que me aclare que quiere y al ver que no muevo mi postura y solo lo miro, resopla.

—¿Me das tu currículum?

Ahora la que resopla soy yo y cogiendo la carpeta que guardo en mi maletín, se lo doy.

Me lo quita de malos modos de la mano, pego un respingo por su acto y lo abre. ¿Pero qué le pasa? La verdad es que nunca me hubiera imaginado que si alguna vez me volviera a encontrar con él actuaría de esta forma tan seca y borde conmigo. Me pregunto que puede haberle pasado para haberse convertido en estos años en el hombre agrio y seco que tengo delante.

—Bien. Perfecto currículum. Veo que no has perdido el tiempo.

Me lo devuelve y lo vuelvo a guardar en el maletín.

—¿Te sigue interesando el puesto?

—Depende de las condiciones, claro. He renunciado a un buen trabajo por venir aquí y todo por hacerle un favor a Alex. Porque por lo poco que me explicó, tu empresa no está pasando por un buen momento, ¿me equivoco?

Me cruzo de brazos y paso mi pierna derecha por encima de la izquierda, haciendo que el corte lateral que lleva la falda deje una buena parte de mi muslo al descubierto. Muslo que mira Henry antes de retirar la mirada y mirarme de nuevo, lo que hace que sonría interiormente.

—No, no te equivocas. Y si te soy sincero, creo que la empresa necesitaría una auditoría del último año.

—¿Cuántos años lleva abierta la empresa?

—Siete años.

Vaya, así que aparte de casarse, también le dio tiempo a montar una empresa.

—Si me contratas, en principio empezaría por los tres últimos años. Lo miraría todo con pelos y señales, Henry, todo. Porque aunque suene prepotente decirlo, los números son mi vida y en esto, sé que soy la mejor. Un solo céntimo desviado y te aseguro que lo encontraría y averiguaría donde ha ido a parar. ¿Te interesa?

Se levanta y lo veo dirigirse al gran ventanal que hay a sus espaldas. Me fijo en como mira el paisaje totalmente concentrado y en como cierra los ojos. ¿Realmente se lo está pensando?

—De acuerdo —dice finalmente—. Estás contratada. Te explicaré todos los pormenores y el funcionamiento de la empresa y luego ya todo dependerá de ti.

Asiento y se dirige hacia mí. Me levanto y lo miro a los ojos, unos ojos tristes y vacíos que me enseñan más de lo que él cree.

—¿Henry?

Parpadea al escucharme y me fijo en como de repente su mirada se endurece.

—Le enseñaré su despacho y me ocuparé de que mi secretaria le lleve toda la documentación que necesite, señorita Colton. El departamento de recursos humanos redactará su contrato y le llegará hoy mismo vía e-mail. Simplemente tendrá que firmarlo y reenviarlo. ¿Le ha quedado claro?

—Por supuesto, señor Davis. Perfectamente claro.

Por lo visto quiere mantener las distancias entre nosotros y quiere que nos tratemos como jefe y empleada, no como dos amigos que hace casi una década que no se ven.

Pues bien, si es lo que quiere, eso tendrá.

Salimos de su despacho y al llegar a la mesa de su secretaria, esta levanta la mirada de unos papeles en los que estaba concentrada y mira a Henry como si se lo quisiera comer. «Menuda zo...». Me muerdo la lengua porque las ganas de decirle cuatro frescas las llevo encima y acompaño a Henry cuando ha terminado de hablar con... esa.

Llegamos a una puerta que hay en el otro extremo del pasillo, la cual queda enfrente de la suya pero a una buena distancia y una vez la abre, me cede el paso.

Entro y como no, me toca el típico despacho, muy luminoso por cierto, lleno de cristales desde el suelo hasta el techo y con unas maravillosas vistas. Menos mal que el sillón queda a mi espalda y no las veré, porque desde aquí, la sensación que siento de vértigo es increíble.

—Bien. Acomódese y cuando tenga algo hágamelo saber. Su horario termina a las seis de la tarde. Mi secretaria pasará en breve para dejarle todos los documentos, contraseñas y datos que necesite de la empresa para que pueda trabajar tranquila y pueda investigar a su gusto.

—Gracias.

No le digo nada más. Además, ¿qué le puedo decir? Viendo su frío comportamiento hacia mí, la verdad es que se me han quitado las ganas de preguntarle nada. Si acaso, ya lo haré cuando sea necesario, pero por el momento...

—La dejo para que se instale. Buenos días, señorita Colton. ¡Ah! Una cosa más... La próxima vez que quiera hablar conmigo, llame a la puerta, ¿de acuerdo? Nunca se sabe qué puedo estar haciendo.

Sale del despacho después de esa frase, asiente con la cabeza y cierra la puerta al salir.

—Maldita secretaria de las narices. Me la ha jugado bien la muy...

Me dirijo al sillón, me siento y enciendo el ordenador. Suspiro y escucho de pronto un gemido lastimero. ¿Eso ha salido de mí? Maldita sea, Lannie, concéntrate en lo importante, céntrate en tu nuevo trabajo y olvídate de él. De todas maneras, ya lo hiciste hace ocho años, ¿no? Piensa que está casado y que te dejó tirada aún después de haberle abierto tu corazón y de haberle contado todo lo que sentías por él. No vale la pena, Lannie... no la vale —me digo para auto convencerme ya que necesito sacarme a ese hombre de la cabeza de una maldita vez.

Capítulo 9

Henry

Todavía no puedo sacarme de la cabeza la impresión que me ha causado ver a Lannie dentro de mi despacho después de tantos años. Cuando Brigitte me ha dicho que mi cita de las ocho y media estaba aquí, he ido al servicio para cambiarme la camisa, ya que ayer noche me quedé a dormir en la oficina. Una nueva bronca con Sharon hizo que saliera de casa con un cabreo monumental y que me hinchara a alcohol hasta caer prácticamente desmayado.

Cuando he abierto los ojos y he visto que eran las ocho de la mañana me he levantado como un resorte del sofá. Lo primero que he hecho ha sido tomarme un café doble para espabilarme, adecentarme un poco en el cuarto de baño y ha sido pocos minutos después, cuando Brigitte me ha dicho que mi entrevista de las ocho y media ya estaba aquí. Momento que he aprovechado para cambiarme la camisa por una limpia y sin estrenar.

Pero lo que nunca me hubiera esperado bajo ninguna circunstancia era que me encontraría a Lannie en mi despacho.

Lannie —pienso sonriendo interiormente—. La dulce chica que dejé en Chicago años atrás se ha convertido en una preciosa mujer. Una mujer que me ha dejado impresionado por el increíble cambio que ha hecho. Dejé a una jovencita de veinte años y me he encontrado a una mujer hecha y derecha llena de unas hermosas y perfectas curvas que casi han hecho que babeara como un bebé.

Lo que lamento realmente es haberme comportado con ella de una manera tan fría. Pero es que no quería que se diera cuenta del enorme efecto que ha causado en mí. Y sinceramente, es que hasta yo estoy sorprendido por eso. Cuando he sentido que mi corazón se saltaba un latido al verla después de

tantos años me he asustado. Sí, admito que por primera vez en mi vida he sentido miedo al notar que su sola presencia ha removido todo mi interior. ¿Pero, por qué? Eso es lo que no me puedo explicar, ya que en ella solo he visto a una buena amiga desde siempre, nada más. Entonces... ¿Por qué todo mi cuerpo ha reaccionado de la manera en que lo ha hecho en cuanto he posado mis ojos sobre ella? Si no me conociera como me conozco, podría decirse que lo que he sentido ha sido un deseo intenso y visceral, y de ahí la posterior reacción que he tenido, miedo. Porque sentir eso por la hermana pequeña del que era mi mejor amigo... No, no Henry, olvídale. No puedes tener nada con Lannie, así que sácate esas tonterías de la cabeza y olvídate de ella. Ayúdala en lo que necesite y nada más.

Decido centrarme en todo el trabajo que tengo atrasado y en recopilar toda la información que Lannie pueda necesitar, y así, logro evadirme de todo por unas cuantas horas.

—¡Hola tío!

Kurt entra como un vendaval por la puerta y se sienta enfrente de mí.

—¿Cómo lo llevas? ¿Algún avance?

Sonrío al ver lo feliz que está y asiento.

—La verdad es que sí. He contratado a una mujer para que nos ayude con el tema. Va a hacer una auditoría de los últimos tres años y así me sacará de dudas. La conozco, y sé que si hay algo malo en las cuentas ella lo descubrirá enseguida. Es una máquina para los números, amigo.

—¿Por casualidad no estarás hablando de ese bombón que he visto en la máquina de café hace un rato? ¿Va vestida con una falda blanca ceñida que le marca ese escultural culito que tiene y una blusa color salmón? Porque si es esa desde ya te digo que en cuanto tenga oportunidad me la tiro. ¡Menudo polvazo tiene!

Es escuchar esas palabras, y de repente siento como algo se apodera de

mí. Algo que no creía que tuviera dentro pero que Kurt ha conseguido que saque al exterior. ¡Ha despertado a la bestia!

Me levanto como un resorte de la silla, lo cojo de las solapas de la americana levantándolo de golpe de la suya y lo estampo de un golpe seco contra la pared. Aprieto la mandíbula y lo miro como si fuera un simple mosquito al que aplastar.

—Escúchame bien, Kurt, —le amenazo entre dientes y con la mandíbula apretada— porque solo te lo diré una vez. Acércate a ella, sonríele, háblale, respira a menos de diez metros su mismo aire, y te juro por lo más sagrado que de la paliza que te meteré, cuando acabe contigo no te reconocerá ni tu madre. ¡¿Te ha quedado claro, capullo?! ¡¿Te ha quedado claro?! —Le grito con toda la rabia que llevo en mi interior.

Al ver como asiente, lo suelto dándole un leve empujón y vuelvo a mi asiento.

—Descuida, Henry, que no me acercaré a ella bajo ningún concepto. Pero creo que con habérmelo dicho normalmente te hubiera entendido igual, amigo.

Lo veo salir por la puerta y cerrarla suavemente.

—¡Joder, joder, joder! —Pego un puñetazo a la mesa y arraso con todo lo que hay en ella de un solo manotazo—. ¡Te has pasado, hombre, te has pasado!

Me siento en el suelo en una esquina y coloco los codos sobre mis rodillas. Maldita sea, ¿por qué he reaccionado así? Ni que fuera la primera vez que Kurt me hace un comentario de ese estilo sobre las mujeres, pero sé que lo que me ha sacado realmente de mis casillas ha sido que lo hiciera sobre mi Lannie.

«¿Mi Lannie? ¿Pero en qué coño estás pensando, hombre? ¿Es que te has vuelto completamente majara? ¿Tu Lannie? Desde luego estás empezando a perder la cabeza si piensas en ella de esa manera, Henry. Hablas como si fuera tuya, de tu propiedad, cosa que sabes que no es y nunca será. ¡Espabila, tío! ¡Espabila de una maldita vez!

—He... ¿Señor Davis?

Levanto la cabeza como un resorte al escuchar esa voz y miro en esa dirección. Joder, está preciosa...

—Lannie...

Al escucharme llamarla de esa manera la veo fruncir el ceño. Mierda, Henry, cuidado con lo que dices.

—¿Se encuentra bien, señor?

Asiento y me levanto.

—¿Sabe? Me acaba de pasar una cosa muy rara. Me acabo de cruzar por el pasillo con un hombre que no conozco de nada y así como le he dicho hola, ha girado en redondo y podría decirse que le ha faltado poco para salir corriendo. ¿Es muy normal ese comportamiento en esta empresa? Más que nada lo digo para ir acostumbrándome. Porque lo he encontrado de una mala educación increíble aparte de extraño.

Ese seguro que ha sido Kurt. Pobre, tendré que disculparme con él en cuanto tenga ocasión. La verdad es que me he pasado de la raya y no se merecía esa reacción por mi parte. Seguro que las aceptará pero me pedirá explicaciones. La pregunta es... ¿Estás preparado para dárselas?

—Señor Davis, ¿tiene un momento por favor? Tengo una duda que me gustaría que me aclarara si es posible.

—¡Claro! Ven, vayamos mejor a la mesa que hay ahí, esta, como verás está un poco... un poco...

—¿Vacía? —me dice ella con una sonrisa pícaro, cosa que hace que mi corazón se vuelva a acelerar.

Asiento ya que no sé qué decirle y le señalo el sofá.

Nos sentamos y coloca unas carpetas en la mesa baja de cristal que tenemos delante.

—Verá, señor Davis. Me he fijado en que hay unas cosas que no cuadran. Fíjese. Según tengo entendido, esta empresa se dedica al diseño de todo tipo de lencería, ¿no? Pero lencería íntima. Nada de camisones, ni batas, ni nada por el estilo.

—Exacto. ¿Por qué lo preguntas?

—Verá, resulta, que he visto unos pedidos que no cuadran. ¿Desde cuándo las mujeres utilizamos cinturones de cuero, laca de uñas y cepillos con nuestra ropa interior? Que yo sepa, estos elementos no son necesarios para fabricar sujetadores, *culottes*, corsés y todo eso, ¿no?

Niego porque tiene toda la razón. ¿Quién puñetas ha hecho esos pedidos? Porque lo que tengo seguro es que cuando lo pille, aparte de despedirlo, le voy a meter una demanda de tal magnitud que no le va a quedar un mísero centavo. No tendrá ni para comprarse un puto calzoncillo, vamos.

—¿Cuántos pedidos de esas características hay, Lannie?

La veo mirar los papeles seleccionando unos y descartando otros. Finalmente me entrega uno solo, uno que marca una cifra que hace que me quede blanco como la pared.

—¿Esa cantidad es lo que me imagino?

—Sí, señor Davis. Ese millón y medio de dólares es uno de los desfalcos.

—¿Cómo que uno solo?! —grito poniéndome en pie—. ¿Me estás diciendo que me han robado más de un millón y medio de dólares, Lannie?! ¿Eso dices?!

—Pues... sí, señor. Verá, estas cifras que le he enseñado es de los dos últimos años. Bueno, del dos mil quince y dos mil dieciséis. He preferido parar antes de meterme en el dos mil diecisiete o de retroceder incluso más, porque me temo que lo que me voy a encontrar será similar o incluso peor. Realmente, creo que hasta que no haga una auditoría completa, remontándome al primer año de la empresa, no podré saber exactamente el monto justo, jefe. Y claro está, antes de meterme en ese berenjenal quería preguntarle si le

parecía bien.

—Lannie, por favor... dejemos por ahora el tema del usted, ¿de acuerdo?

Me mira de forma interrogante, como sino entendiera a qué me refiero y suspiro.

—¿Te puedo ser sincero?

Asiente y deja los papeles en la mesa.

Verás... La verdad es que ahora mismo no puedo explicártelo todo, Lannie, pero mi vida actualmente no está siendo un camino de rosas que digamos. Al contrario, siento cada día y desde hace mucho tiempo, que estoy caminando por un camino lleno de espinas. Espinas que pinchan mi cuerpo y poco a poco lo están envenenando. Siento... tengo la impresión de que como no me pase algo bueno pronto reventaré. Y eso lo último que quiero en este momento. No quiero reventar, quiero..., necesito calma, paz interior. Necesito... necesito a un amigo.

Me coge la mano y me sonrío. Sus ojos demuestran tanto en este momento que hace que me quede hipnotizado mirándola. ¿Cómo es posible que no me haya percatado hasta ahora de la preciosa mirada que tiene esta mujer? Esos ojos azules hablan solos de lo expresivos que son.

—¿Me estás pidiendo que sea tu amiga, Henry?

Asiento sin apartar la mirada de ella en ningún momento y la veo sonreír plenamente.

—¿Sabes? No tienes porqué pedirme eso, Henry. Porque a pesar de que hayan pasado ocho años y de que cada uno tenga su vida, quiero que sepas que en mí siempre tendrás a una amiga. Siempre.

Me coge la otra mano y aprieta ambas, dándome a entender que ahí estará ella cuando la necesite. No sé qué estúpido impulso se apodera de mí en ese momento, pero cuando quiero darme cuenta estoy abrazándola fuertemente.

—Gracias, Lannie, muchas gracias. No te puedes imaginar la falta que me

hacía ese abrazo. La verdad es que hacía mucho que...

Me callo de golpe antes de soltar algo que no tengo que soltar y acaricio su mejilla.

—Bueno —dice carraspeando—. ¿Estás de acuerdo con que me meta de lleno en el asunto? Porque la verdad es que la cantidad podría superar los cinco millones, Henry. ¿Estás seguro de querer seguir?

—Desde luego que quiero, Lannie. Quiero descubrir a cuánto asciende el desfaldo exactamente y denunciarlo a las autoridades. Y para eso te necesitaré a ti. Así que, por favor, empieza cuando quieras y pídemme cualquier cosa que necesites, ¿vale? Mi empresa a partir de este momento es tuya, Lannie. Busca donde sea necesario buscar. Pero por favor, procura que sea en secreto. No quiero que nadie sepa lo que estás haciendo. No sea que se entere el o la culpable y deje de hacer lo que está haciendo.

—¿No lo sabe nadie más?

—Bueno, solo lo sabe Kurt, mi socio. Pero aparte de él y de Alex, tu amiga, no lo sabe nadie más. Así que convendría que también se lo dijeras a ella.

—¿Y si alguien pregunta que hago aquí?

—Fácil. Solo di que te he contratado como nueva diseñadora y que estás en período de prueba, ¿de acuerdo?

—Hecho —afirma y me ofrece su mano. La tomo y en ese mismo momento, siento como un escalofrío me recorre de arriba abajo poniendo todo el vello de mi cuerpo de punta. La retiro de golpe y carraspeo.

—Bien. Pues eso es todo, ¿no?

—Sí —afirma levantándose como un resorte del sofá y empieza a recoger toda la documentación.

La veo dirigirse a la puerta pero antes de salir se detiene y mira a su alrededor.

—¿Necesitas que te eche una mano y que te ayude a recoger todo este jaleo que has montado? Será un momento, ya lo sabes. Cuatro manos van más rápidas que dos.

—No hace falta, pero gracias —le digo sonriéndola.

Me devuelve la sonrisa y se va.

Joder, Henry. Ya la has liado, tío. Has propiciado un acercamiento que no tenías que permitirte. Te estás cavando tu propia tumba y no te estás dando cuenta.

Me pongo a recoger todo lo que hay por el suelo, y diez minutos después salgo por la puerta del despacho en dirección al de Kurt. Necesito disculparme con él antes de nada. No se merecía que lo tratara de la manera que lo he hecho y mucho menos que estuviera a punto de pegarle un guantazo. Solo espero que me perdone y que podamos volver a como estábamos antes de lo ocurrido.

Capítulo 10

Bueno, ya falta menos para tener la auditoría terminada. Tengo que admitir que, a pesar de haber sido un trabajo muy arduo me siento fenomenal conmigo misma, porque a pesar de que hemos descubierto de que más de tres millones y medio de dólares han sido desfalcados a saber dónde, Henry se lo ha tomado mejor de lo que pensado y se ha puesto en contacto con las autoridades pertinentes, las cuales ya están investigando el tema. Mi relación con él va viento en popa y eso me hace feliz. A ver, no es que la cosa haya ido a más, pero se podría decir que estamos en la misma situación en la que estuvimos ocho años atrás. Somos amigos, muy buenos amigos y, a pesar de que mis sentimientos hacia él están de nuevo emergiendo —cosa que no quiero— y estoy luchando contra ellos con todas mis fuerzas, su comportamiento conmigo es perfecto. Se acabaron desde el segundo día el señor y señorita y nos ayudamos en lo que necesitamos, ¡todo por la empresa, claro! ¡Ah! Y Alex nos ayuda mucho también en lo que puede.

Si no tenemos tiempo de terminar el trabajo aquí, nos lo llevamos a casa y ahí lo finiquitamos entre las dos. Frank también nos ha ayudado bastante. No con la auditoría, claro, pero cuando nos explicó una mañana que era agente de policía y que nos podía echar un cable no rechazamos su ayuda. Llamé a Henry para explicarle la situación y enseguida aceptó. Sabía que cualquier tipo de ayuda sería bienvenida y los tres se lo agradecemos.

Cuando Henry se enteró de que Frank había estudiado en la misma universidad que nosotros, una mañana quedamos los cuatro y hablamos de esa época. Una época que nunca olvidaremos.

Desde ese día, se podría decir que los cuatro somos un equipo y siempre que hay novedades, nos ponemos al corriente y quedamos en mi casa para contárnoslas.

En cuanto a Alex, a la pobre se le nota a la legua que está loca por Frank. La verdad es que me encantaría hacer algo por ella, pero lamentablemente, no

veo el mismo interés por parte de Frank y eso me duele, ya que Alex lo pasa mal.

Hoy hemos quedado todos para cenar en mi casa para hablar del próximo paso a dar, ya que tengo que revisar solo cuatro meses más y habré finiquitado mi trabajo.

Estoy a punto de coger el próximo documento, cuando la puerta se abre violentamente y se estrella contra la pared. Salto en mi silla por el susto y veo en la entrada a una mujer muy elegante, alta, rubia, muy guapa; se podría decir que escultural.

Se acerca a mi mesa y me mira como si quisiera machacarme.

—¡Largo! —me grita señalando la puerta con su dedo índice.

—¿Perdone? —le pregunto porque me ha pillado por sorpresa su orden.

—¿Se puede saber qué haces en mi despacho?

Me pregunta usando un tono bastante despectivo y poniendo una voz de pito que reventaría el tímpano a cualquiera.

Elevo ambas cejas, apoyo la espalda en el respaldo de mi silla y cruzo los brazos.

—¿Su despacho? Disculpe, pero llevo mucho tiempo ocupándolo y nunca he visto a nadie en él. Es más, cuando entré estaba vacío, así que permita que ponga en duda que este sea «su» despacho. —Le contesto haciendo el signo de las comillas con los dedos.

—Escucha... pobretona muerta de hambre. Si yo digo que este es mi despacho, es que es mi despacho.

¿Pobretona? ¿Muerta de hambre? ¡Ays, madre! que la vamos a liar. ¿Y esta quién puñetas se cree que es para llamarme así? Decido hacer como que me resbalan sus palabras, aunque por dentro me muera de ganas de destrozarle esa cara de Barbie que tiene.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es usted si se puede saber para decir que este es su despacho?

—¿La esposa del dueño te basta?

Sonríe al ver mi cara de pasmo y coloca las manos en su cintura. ¿Así que esta es Sharon? ¡Pues menuda arpía! La verdad es que ahora entiendo muchas cosas.

—Vaya, vaya... ¿así que tú eres Sharon?

—¿Sharon? ¡Pero quién te has creído que eres para tutearme, imbécil! ¡Para ti y para toda la empresa soy la señor Davis! ¿Te ha quedado claro?

—Claro que sí, me ha quedado súper claro, cristalino. Pero como yo no trabajo para usted, sino para el señor Davis, tendrá que ser él el que me diga que abandone este despacho. En caso contrario, olvídense por muy esposa suya que sea.

—¡He dicho que te largues! ¡Fuera! ¡La mitad de esta empresa es mía y he dicho que te largues!

Al escuchar eso me tenso. ¿La mitad de la empresa es de esta loca? ¿Por qué Henry no me dijo nada? ¡Ese era un factor muy importante a tener en cuenta, joder!

—¿Se puede saber qué son esos gritos?!

Miro hacia la puerta y ahí está Henry.

—¡Ays, cariño! ¡Ayúdame!

Veo como le ruega poniendo morritos y apoya las manos en su pecho.

Será... guerra —Pienso ardiendo de rabia por dentro.

—Esta mujer no quiere irse del despacho. Y mira que se lo he ordenado, Henry, ¡soy tu esposa! Pero me ha tratado fatal y me ha dicho que no se irá a no ser que se lo digas tú. Así que, cielito, por favor, ¡échala! ¡Necesito este

lugar para poder trabajar a gusto!

—¿Qué yo la he tratado fatal? ¡Será mentirosa! ¡Si ha sido usted la que me ha faltado al respeto llamándome muerta de hambre!

—¡A callar, zorra! ¿No ves que estoy hablando con mi marido? ¡No te metas en cosas que no te incumben!

—¿Zorra? ¿Me acabas de llamar zorra? ¡Zorra tú, loca siliconada!

Rodeo la mesa para lanzarme a por ella, cuando Henry se adelanta y me detiene. Me abraza por la espalda reteniendo con sus brazos lo míos y empiezo a patalear como una loca ya que no puedo meterle un par de hostias. Por lo menos una buena patada en su cara llena de *botox* sí que quiero que se lleve, pero Henry no afloja su agarre y me está resultando muy difícil el poder lanzarme a por ella.

—¡Basta, Lannie! ¡Basta! ¡Estate quieta!

Al sentir como me zarandea entre sus brazos y me ordena que me detenga, paro de golpe.

¿Será posible que se ponga de su parte? Pues claro, Lannie, ¿qué esperabas, tonta? Es su mujer.

Relajo mi cuerpo para que sepa que ya no voy a hacer ningún movimiento y le susurro un débil «suéltame».

Lo hace, y en cuanto me veo libre de sus brazos, me dirijo a mi mesa y empiezo a recoger mis pertenencias. Si no quiere que esté aquí no hay problema. Buscaré otra cosa y que se ocupe otro de terminar lo que me queda pendiente. Pero lo que no voy a tolerar bajo ningún concepto, es que permita que se me falte al respeto y no haga nada por muy esposa suya que sea.

—¿Qué haces, Lannie?

—¿Qué qué hago? Pues marcharme, ¿no lo ves? Que siga otro con mi trabajo. Yo me largo.

—¿Te vas? ¿Y puedo saber por qué?

Lo miro como si hubiera soltado una tontería y él a mí como si realmente no entendiera nada. ¿Será posible...? ¡¿Es que este hombre es tonto!?

—¡Eso, lárgate *empleaducha* de tres al cuarto! Que tengo mucho trabajo que hacer y ya me has retrasado demasiado.

La miro como si quisiera cargármela y me pongo el bolso al hombro.

—¡Sharon, cállate maldita sea!

Me paro de golpe al escuchar el tono con el que le ha hablado a su mujer y pongo toda mi atención.

—¡Henry! ¡A mí no me hables...!

—¡Te hablo como me sale de los cojones, joder! ¡Y ahora dime que puñetas estás haciendo aquí!

—¿Qué qué hago aquí? Pues venía a diseñar, *amore*. Hablamos de eso hace tiempo y te dije que volvería a diseñar para la empresa, a innovar. Quedamos en eso, ¿recuerdas?

—No, Sharon. No quedamos en nada. Tú fuiste la que se montó la película en la cabeza. Fuiste tú la que me dijo que vendría a diseñar. ¡Pero yo! ¿Me escuchas? ¡Yo! En ningún momento te dije que lo hicieras. Pero como siempre y sin consultar conmigo, has acabado haciendo lo que te ha dado la real gana. Puede que la mitad de la empresa sea tuya, Sharon. Pero el CEO, el Presidente, el que la maneja, soy yo. Y en ningún momento he dado luz verde a lo de tus nuevos diseños. Así que ya sabes que hacer. Date la vuelta, sal por esa puerta y vuelve a casa. Porque no va a haber nuevos diseños en mucho tiempo. ¿Te ha quedado claro?

Me siento de golpe en el sillón dejándome caer en él y me quedo, se podría decir, literalmente en shock.

¡Menuda bronca le acaba de meter a la pija! ¡Olé Henry, bien dicho!
—Pienso por dentro mientras le hago la ola.

—¿Me estás echando de la empresa, Henry? ¡Dímelo!, ¿me estás echando?

—Piensa lo que quieras, Sharon. A mí ya me da igual.

—¡Me las vas a pagar! ¿Me escuchas? ¡Me las pagarás! ¡Esto no te lo voy a perdonar en la vida, maldito! ¡El ridículo en el que me has dejado me lo voy a cobrar con creces!

— ¿Más, Sharon? ¿Aún más?

Se queda parada mirándolo y frunce el ceño.

—Sigue por ese camino y pronto no habrá nada con lo que te tenga que pagar, querida. Así que será mejor que dejes de sablear tus tarjetas, porque si sigues así...

—¿Qué estás insinuando?

—Nada. Yo nada. No insinúo. Solo te informo. Y ahora, vete y deja trabajar a Lannie tranquila y de paso a los demás. Que creo que con el espectáculo que has montado se ha enterado todo el edificio de que has venido.

—Lannie... ¡Sí, ya está! ¡Al fin he caído! ¡Ya sé quién eres! ¡Tú eras la mocosa que estaba enamoradita de mi marido cuando era una *renacuaja* no?

Se ríe en plan hiena y me sorprende por lo que me acaba de decir. No sabía que me conocía.

—Pobrecita. Trabajar para el hombre que te rechazó debe ser horrible, verdad? Qué lástima me das... ¿Has venido a rogarle por casualidad? ¿Necesitas tenerlo delante, ya que, si no es mirándolo sabes que no podrás tener nunca nada con él porque es mío?

Así como suelta esas palabras, con la burla implícita en ellas, siento como si me dieran un puñetazo en el estómago, porque de repente, noto como si me faltara el aire y un dolor fuerte, agudo y seco en el pecho. Coloco mi mano ahí y estrujo mi camisa en un fuerte agarre.

—¡Fuera de aquí! ¡Ya! —grita Henry.

Se ve que ha perdido la poca paciencia que le quedaba, porque da un paso hacia ella, pero Sharon se adelanta y sale por la puerta totalmente erguida y diciendo adiós con la mano como si no hubiera pasado nada.

—¡Nos vemos en casa, amoreee!. ¡Y despide a esa muerta de hambre!

Henry cierra dando un portazo y me mira.

—¿Estás bien?

Asiento y bajo la mirada a mi regazo.

—No me mientas, Lannie, a mí no.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Qué me he sentido como una mierda al lado de tu mujer y que ahora entiendo muchas cosas?

—¿Cómo? ¿Qué es lo que entiendes, Lannie?

—¡Todo! ¡Todo, Henry! Pero, ¿sabes qué? Que ya da igual. —Le digo encogiéndome de hombros—. Acabará lo que me queda y me iré. En cuanto la auditoría esté terminada, dejaré la empresa y buscaré otra cosa.

—Pero... ¿qué dices? ¡No te puedes ir dejando la investigación abierta!

—¿Ah, no? Perdona, pero tú me contrataste para hacer un trabajo y lo haré. Y de la investigación se ocupa la policía, Henry, no yo.

—Lannie, ¿Y si siguen haciendo desfalcos? ¡La investigación puede tardar mucho!

—Para eso tienes a Alex. Le dejaré indicado todo lo que tiene que hacer diariamente y no habrá ningún problema, te lo garantizo. Y ahora... ¿puedes marcharte, por favor?

—¿Me estás echando?

—No. Solo te estoy pidiendo, por favor, que salgas y que me dejes seguir con mi trabajo. Nada más.

Afirma y, viendo por la forma en que me mira, me percato de que le he hecho daño, pero, finalmente, sale por la puerta. La cierra lentamente y en cuanto me aseguro de que no volverá a entrar, dejo salir todo lo que llevo dentro y rompo a llorar.

Capítulo 11

Henry

Maldita sea su estampa. ¿Pero cómo ha sido capaz de actuar de esa manera? Sabía que tenía su genio, que estos años la habían cambiado, pero la verdad es que nunca hubiera imaginado que tratara a Lannie de esa manera tan despreciable. ¿Pero quién se cree que es para menospreciar a la gente de esa manera?

Pero lo que más me preocupa ahora mismo no es eso, sino lo que ha dicho antes de salir por la puerta. Que conociera lo que Lannie siempre ha sentido por mí, es una cosa que no entiendo. Creía que ella ni siquiera la conocía y ha resultado que no solo la conocía sino que...

Resoplo y hago crujir mis nudillos. Es una manía que tengo desde hace años y necesito hacerlo siempre que estoy nervioso o en tensión.

—*¡Amore*, tenemos que hablar!

Me giro y veo a Sharon entrar por la puerta como un toro.

—¿Se puede saber porque no me has defendido allí dentro?! Me has dejado a la altura del betún a ojos de esa... esa...

—Cuidado con lo que vas a decir, Sharon —le advierto en tono amenazador—. ¿Por cierto, tú no te habías ido?

Me mira y entrecierra los ojos.

—No, Henry, no me había ido. Es más, estaba dando una vuelta por la empresa. Pero he venido porque quiero advertirte algo, querido.

—Tú dirás —le digo apoyándome en la mesa. A ver qué me suelta ahora.

—Será mejor que tengas cuidado a partir de ahora y pienses muy bien de qué lado te pones. Sabes que si quiero puedo destruirte, *amore*. Y no te conviene que te pongas en mi contra.

—¿Destruirme? ¿Tú? Por favor, Sharon, no me hagas reír —le digo carcajeándome—. No tienes el poder suficiente para eso y lo sabes. Además, el consejo de administración estaría de mi lado. Ellos saben quién es la persona que dirige realmente la empresa, saben quién es el que se deja la piel en ella cada día desde hace siete años y saben también, que tú, solo te dedicas a salir con las pijas estiradas de tus amigas, a tus salones de belleza, a tus spas y tonterías varias. Solo sirves para gastar dinero, nena. Y lo saben bien. Así que... ¿Realmente crees que me puedes destruir? No me amenes, cariño, porque te puede salir muy caro. Antes te destruyo yo.

Me mira con una sonrisa sarcástica y me sorprende. Demasiado tranquila la veo para lo que le he dicho.

—¿Quieres guerra, Henry? Porque si es así, sabes que estoy dispuesta. Me conoces, sabes como soy, sabes que siempre consigo lo que quiero, y te garantizo, cariño... que si me lanzas un reto, aparte de aceptarlo lo pienso ganar y que si tengo que destruirte lo haré, aunque tenga que llevarme por delante a quien sea.

Me quedo a cuadros al escucharla y siento como un escalofrío me recorre de arriba abajo, porque la mirada que me ha dedicado mientras me soltaba esa parrafada, y unida a la convicción de sus palabras, han hecho que la crea por completo. Esta mujer desde luego no es la Sharon con la que me casé. ¡Esta mujer está loca!

—Y para empezar... —me aclara siguiendo con su perorata— quiero que despidas a la mujer que está ocupando «mi» despacho, pero ya. Y te aviso, que, a partir de mañana ocuparé yo ese lugar y lo utilizaré para crear nuevos diseños, maravillosos diseños que harán que la compañía acabe despuntando sobre todas las demás diseñadoras del país. ¡Soy la mejor y lo voy a demostrar! ¡Nadie podrá competir con los modelos de Sharon Smith!

—¿Smith? Creo que te has olvidado que estás casada y que tu apellido es Davis, Sharon.

Me hace un gesto retándole importancia y saca su móvil del bolso. Marca y se lo pone en la oreja.

—A partir de ahora, *amore*, los modelos que fabrique llevarán mi nombre y apellido de soltera. Nunca se sabe lo que pueda pasar, cielo y quiero que se reconozca mi mérito el día de mañana.

—Pero...

Levanta su dedo haciéndome callar y me deja con la palabra en la boca.

—¿Pierre? ¡Soy Sharon! Si, *mon chérie*, mucho tiempo. Verás, te llamaba por si estarías dispuesto a echarme un cable con un tema que será muy lucrativo para ambos. ¿Qué cómo sé que dará beneficios? ¿Acaso dudas de mí, *chérie*? Ya decía yo... ¡Por supuesto que sí! En breve me pondré de nuevo en contacto contigo y te pondré al día ¿de acuerdo? Muy bien. *Au revoir*.

Se despide con una inmensa sonrisa en la boca, guarda el teléfono en el bolso y enarca la ceja derecha.

—¿Se puede saber qué coño has hecho, Sharon?

—*Amore*... te vas a quedar con las ganas de saberlo. Pero solo te voy a decir una cosa porque no quiero que luego me digas que no te he avisado. Así que escúchame bien.

Se cruza de brazos adoptando una postura chulesca y sonrío.

—Prepárate, Henry... porque acabo de declararte la guerra.

Se da la vuelta para salir, cuando la puerta se abre de golpe y entra Alex hecha una furia por ella.

—¡Tú, zorra! —Grita señalando a Sharon con el dedo. —¡Esto es solo una advertencia, pedazo de puta!

Se acerca a ella, levanta la mano derecha y antes de poder reaccionar, le estampa un puñetazo en la nariz con tal fuerza, que hace que Sharon caiga de espaldas en el suelo totalmente espatarrada y en una postura nada femenina.

La escucho gritar después de recibir el golpe y luego gemir; pero no me muevo de mi posición. La escena me ha dejado tan impactado que tengo que admitir que no he podido reaccionar para acudir en su ayuda. Es más, de lo que realmente tengo ganas es de echarme a reír. ¡Al fin alguien ha puesto a esa... bruja en su sitio!

—¡Vuelve a acercarte a menos de cien metros de Lannie, vuelve a dirigirle la palabra y te juro por lo más sagrado que esto que te he hecho será solo un aperitivo! ¡Y me da igual que seas la mujer de mi jefe porque pienso acabar contigo, pedazo de cabrona! ¡¿Te ha quedado claro!? Vuelve a hacer llorar a mi amiga y te arrepentirás, te lo juro!

¿Llorar? ¿Pero de qué está hablando Alex?

—¿Qué le ha pasado a Lannie? —Le pregunto totalmente preocupado.

—¿Qué que le ha pasado? ¡Pues que he entrado en su despacho para hacerle una pregunta de trabajo y me la he encontrado llorando, Henry! Y cuando le he pedido que me contara que había pasado para encontrármela en ese estado, cosa que me ha costado sonsacarle por cierto, lo primero que he hecho ha sido venir a hablar contigo y a pedirte explicaciones. Pero no ha hecho falta, porque al final he conseguido lo que quería y era meterle un guantazo a esta arpía.

—Pero Alex...

—¡Ni peros, ni hostias, Henry! No consentiré que nadie haga daño a una amiga, y menos una rubia siliconada con ínfulas de diva por muy esposa del jefe que sea. Y ahora... me largo a seguir trabajando.

Sale por la puerta totalmente erguida y cuando pienso en lo que me ha contado sobre Lannie salgo corriendo detrás de ella.

—¡Alex espera!

—¡Henry!, ¿no me vas a ayudar? ¡No puedo levantarme!

—Qué te ayude tu *mon cherie*, yo tengo cosas más importantes que hacer,

amore.

Capítulo 12

—¿En serio? No te estás quedando conmigo, ¿verdad? ¡Dime que es verdad lo que me estás contando!

—Te lo juro. Y sino me crees puedes preguntárselo a Henry. ¡Estaba ahí y lo ha visto todo en primera fila! Así como la vi fui directa hacia ella, cerré mi puño, levanté el brazo y se lo estampé con todas mis fuerzas en esa nariz picuda que tiene. Y lo mejor de todo, a parte de quedarme como nueva, fue el ver como caía espatarrada al suelo y la cara de sorpresa de Henry.

Se pone a reír a carcajadas y la verdad es que tengo que admitir que disfruto viéndola. Me lo ha explicado todo con tal efusividad y alegría que ha hecho que me sorprenda, ya que no conocía esa faceta suya. Siempre he creído que era una chica dulce, tímida, responsable y seria, muy seria. Pero después de contarme lo sucedido tras mi marcha, tengo que admitir que me ha sorprendido y mucho, ya me ha demostrado que es una persona fiel y protectora con los que quiere y que si tiene que sacar las uñas para defendernos lo hará, y eso me ha encantado.

—Pero bueno —me dice poniéndose seria de golpe—. ¿Es cierto que no vas a volver, Lannie? Sabes que Henry se va a cabrear. Según tengo entendido, le dijiste que estarías en la empresa hasta acabar la auditoría.

Afirmo y me encojo de hombros ya que me da igual lo que él piense. Una tiene sus límites y por mucho que Alex haya salido en mi defensa, la verdad es que paso de volver a ese edificio y ver a esa arpía feliz y ocupando mi despacho.

—Ya sabes lo que opino al respecto, Alex y no voy a cambiar de opinión. Paso de volver a verle la cara a esa bruja.

—Pero Henry la dejó tirada en su despacho y vino corriendo detrás de mí para saber si estabas bien. ¡Te antepuso a su mujer, Lannie!

—¿Y? Una cosa no quita a la otra.

—No te entiendo.

—¡Pues eso! Que aunque haya ido a ver como estaba, el final es el mismo. ¡Es a su mujer a la que al acabar el día! ¡Es con ella con la que se acuesta cada noche! ¡Con quién lo comparte todo, joder! ¡Si hasta la mitad de la empresa que él tanto adora es de ella, Alex!

—Uy, uy, uyyy. Que me da que acabas de tener un ataque de cuernos, cariño. ¿Acaso estás celosa?

Que me haga esa pregunta con una sonrisa pícaro, hace que finalmente me saque de mis casillas.

—¡No estoy celosa, Alex! ¡No lo estoy! Por mí como si se quiere tirar a toda la ciudad de Nueva York!

—Sí, claro.

La escucho susurrar creyendo que no la he escuchado pero no ha sido así. ¿Pero cómo puede pensar que estoy celosa de esa mujer? ¡Si es una víbora sin corazón!

—Bueno, da igual. Mejor dejemos el tema o acabaré poniéndome de mala leche y es lo último que quiero ahora mismo. Así que... ¿qué te parece si llamo a Frank y lo invito a cenar pizza? La verdad es que me apetece mucho una de *pepperoni* ahora mismo. Es más, me vendría genial.

La veo sonrojarse y sonrío interiormente. «Te he pillado, nena». A ti Frank te hace tilín, tolón y todo lo que le sigue.

Me da el *ok* con una gran sonrisa y la veo salir corriendo en dirección a su habitación. Hala, ya se va a poner guapa para Frank, al contrario que yo que voy con un simple pantalón corto de chándal de color negro y una camiseta blanca de tirantes que tiene más años que yo.

Hago el pedido a la pizzería, llamo a Frank para contarle los planes para cenar, los cuales acepta inmediatamente y diez minutos después llaman a la

puerta.

La abro con una gran sonrisa, pero la pierdo al ver quién está detrás de ella.

—Tenemos que hablar. Ya.

Me dice en un tonito que no me gusta nada y entra en mi casa sin pedir permiso.

—Adelante— le digo en tono sarcástico y lo veo sentarse en el mismo lugar donde estaba yo sentada.

—Lannie...

—No lo digas, Henry. Ni me lo preguntes, ¿vale? Porque no pienso volver.

Se queda a cuadros al escucharme y se levanta como un resorte.

—¿Cómo que no piensas volver? ¿Cuándo has tomado esa decisión?

—Bueno, pues ya que me lo preguntas, la he tomado poco después de que tu mujercita saliera de mi oficina. Paso de volver a verle la cara a esa mujer, Henry. No quiero. Y dado que la mitad del negocio es suyo y que tú eres su marido, entenderás que haya tomado esa decisión.

—Pero Lannie, la auditoría...

Hago un gesto retándole importancia al tema y me siento.

—Lo poco que queda lo hará Alex. Ya le he dejado las instrucciones necesarias y lo hará bien, en serio. Puedes confiar plenamente en ella.

—Si lo hago, claro que lo hago, pero...

—Que no, Henry, ni peros ni nada. No voy a volver.

—¿Te quieres callar y dejarme terminar, joder!? Si he venido aquí no era por eso, ¡maldita sea! ¡Ni siquiera sabía que habías dejado el trabajo, Lannie!

—Bueno, pues ya lo sabes.

-Si es por Sharon no te preocupes. Mañana hablaré con un abogado para que me redacte los documentos del divorcio. Después de lo de hoy no voy a tolerar el compartir mi vida con esa mujer.

Me quedo impactada tras sus palabras y me siento a su lado en el sofá.

—Ya no aguanto esta situación, Lannie. Ya no puedo más.

—¿Qué quieres decir exactamente? ¿Qué es lo que no puedes?

Me mira y lo que reflejan sus ojos hace que mi corazón empiece a bombear con fuerza en mi interior. El dolor y anhelo que veo en su mirada. Pero... ¿anhelo de qué?

—¿Henry?

Escucho a mi espalda.

Henry se levanta de golpe del sofá y cambia totalmente la expresión seria de su cara por una sonrisa.

—Hola, Alex. ¿Vais a salir? —Le pregunta mirándonos a ambas.

—¿Lo dices por este modelito que me he puesto?

¿Modelito? ¡Querrá decir indecencia! Por Dios, ¡si ese pedazo de tela tapa lo justo!

—Alex, sabes que solo vamos a tomar unas pizzas, ¿verdad?

—¡Pues claro, tontaina! Por cierto... —mira a Henry, luego a mí y carraspea—. ¿Quieres quedarte a cenar, jefe? Frank está a punto de llegar. —Se sonroja ligeramente al decir su nombre y sonrío—. Pensamos en hablar un poco del tema de la auditoría, ya que, estaremos los tres reunidos y de paso, ver si hay algún avance en su investigación.

Ha sido escuchar la palabra auditoría y darme cuenta enseguida de la

táctica de Alex. ¡Ja! Si pretende que vuelva a la empresa va lista.

—Pues gracias, Alex. Acepto encantado la invitación.

Joder, Lannie, cálmate porque sabes que no van a lograr nada. Ya has tomado una decisión y digan lo que digan nada va a hacer que cambies de parecer.

Dos horas después, nos encontramos mirándonos los cuatro a la cara con el ceño fruncido. Frank porque no sabía nada de mi decisión, Alex porque ha visto que me he cerrado en banda, Henry porque le ha echado una bronca monumental a Alex por lo que pasó en su oficina con su mujer y yo, porque se han confabulado los cuatro contra mí y pretenden que no abandone el barco. ¡¿Es que no entienden que no quiero volver!?

—Ya te he dicho que mi mujer no va a volver a la empresa, Lannie.

Suspira como si estuviera a punto de perder la paciencia y se aprieta el puente de la nariz con los dedos.

—Eso no lo sabes —resoplo con frustración porque no hay manera de hacerle entender que no quiero volver a verle el pelo a esa mujer.

—Lannie, Sharon me dijo que me iba a destruir, que iba a acabar conmigo. ¿Acaso crees que después de eso la voy a dejar campar libremente por la empresa? Una cosa es que la mitad sea suya por ley, pero lo que no voy a tolerar bajo ningún concepto, es que haga conmigo y con mi empresa lo que le venga en gana. Me ha declarado la guerra y, por lo tanto, tiene totalmente prohibido el acceso. No la van a dejar traspasar las puertas se ponga como se ponga, eso te lo garantizo.

Niego y suspiro. ¿Qué hago? La antigua Lannie no hubiera dudado en ningún momento qué hacer, pero esta, esta Lannie tiene la cabeza hecha un mar de dudas. Siento algo que no sé cómo describir. Hay una parte dentro de mí que me dice que no acepte. Sin embargo, hay otra que me insta a que continúe, a que deje mis temores atrás y ayude a Henry. Pero... ¿A cuál tengo que hacer

caso? Es como si fuera una batalla entre mi cabeza y mi corazón. Mi cabeza dice no, pero mi corazón dice sí. Mi cabeza es una cobarde y mi corazón me empuja a que sea valiente. Un corazón que ha sido terriblemente machacado por el hombre que tengo sentado a mi derecha y, aún así, me hace saber que tengo que luchar por él y ayudarlo con la terrible injusticia que está viviendo.

Pero..., sinceramente Lannie, ¿vas a poder? Sé sincera contigo misma y admite que tienes miedo. Admite que tu mayor temor es empezar a sentir algo de nuevo por él. Sé clara y ten el valor suficiente por lo menos de aceptar que, si dejas lo que estabas haciendo, será para protegerte a ti misma de algo que está empezando a formarse de nuevo, que te has dado cuenta de ello y que no quieres de nuevo sufrir y que te aterra volver a pasar por lo mismo.

—Lannie, te necesito...

Coge mis manos, las encierra dentro de las tuyas y un ligero temblor recorre mi cuerpo al sentirlas.

Jodeer. ¿Por qué me lo tiene que pedir de esa manera? ¿Con ese ruego en su mirada?

Siento como mi corazón se acelera y no sé si es por la manera tan intensa que tiene de mirarme o por sentir sus manos sobre las mías.

—Yo...

Una caricia de su dedo pulgar sobre mis nudillos hace que la frase que tenía pensada decir muera, y que finalmente no salga de mis labios, ya que ha hecho que un fuerte escalofrío me recorra de arriba abajo. Suelto un tembloroso suspiro y bajo la mirada a nuestras manos unidas.

—De acuerdo —suelto sin querer realmente hacerlo, cosa que me demuestra que ha sido mi corazón el que ha hablado y no mi cabeza como tendría que haber hecho.

—Gracias, Lannie, gracias.

Se acerca a mí y me abraza fuertemente.

¡Ays, Dios! Sé fuerte, sé fuerte. No sientes nada, no sientes nada. —Me digo a mí misma intentando auto convencerme de que sentir el cuerpo de ese maravilloso hombre rodeando el mío no tiene la menor importancia. Ese abrazo no significa nada para ti, nada. Piensa que es como si te abrazara tu hermano.

Mi corazón empieza a tranquilizarse, cuando Henry de repente besa mi frente lo que origina que mi corazón se acelere de nuevo. Suspira y un magnífico olor a menta impregna mis fosas nasales. ¿Pero cómo puede oler a menta si ha comido pizza?

Se separa lentamente de mí y me sonrío de tal manera, de una forma tan tierna, que ha originado que todas las dudas que tenía en mi interior desaparezcan de golpe. Deja una ligera caricia en mi brazo antes de volver a su sitio, acto que me deja totalmente anonadada e instintivamente, coloco mi mano en ese mismo lugar.

Admítelo, Lannie. Él ha ganado. Y tú... tú estás perdida.

Capítulo 13

No he podido pegar ojo en toda la noche después de haber estado dándole vueltas al tema. Sé que si hago lo que tengo pensado hacer, mi amistad con Alex se puede ir al garete, cosa que no quiero por nada del mundo, pero necesito hacerlo, necesito protegerme de nuevo y volver a instaurar ese muro, el muro que se ha empezado a resquebrajar poco a poco y que no voy a consentir que caiga bajo ningún concepto. Antes de volver a pasar por eso, prefiero dejar Nueva York y volver a casa.

Me levanto soltando un suspiro de resignación de la cama y miro el despertador.

—Las seis y media —susurro sintiéndome agotada.

Me paso las manos por la cara y resoplo. Salgo de mi habitación, entro en el baño para darme una buena ducha, a ver si me espabila y de paso alivia el dolor de cabeza que empiezo a sentir por la falta de sueño. Siempre me ha pasado lo mismo, es no dormir y la cabeza darme la paliza durante todo el día.

Una vez duchada, me preparo mi café solo y unas tostadas con tomate; me tomo dos ibuprofenos, le escribo una nota a Alex haciéndole saber que he ido hacia el trabajo antes de tiempo y una vez vestida y arreglada, cojo el bolso, las llaves de casa, el teléfono y salgo por la puerta.

Se abren las puertas del ascensor en mi planta media hora después y veo a la secretaria de Henry ya en su sitio, sentada y tecleando. Me mira de arriba abajo y vuelve a lo suyo ignorándome por completo. A saber qué le habré hecho yo a esta mujer para que se comporte así conmigo. Desde luego, hay cosas que no entiendo y nunca lo haré.

Entro a mi despacho, enciendo las luces, ya que aún no hay luz exterior suficiente y me siento. Saco el teléfono del bolso sabiendo y autoconvenciéndome a mí misma que no hay otro remedio y después de marcar,

espero a que me coja la llamada.

—Buenos días, preciosa.

Sonrío, porque siempre ha respondido así cada vez que lo llamaba. Era verme cada mañana antes de entrar en clases y después de darme un abrazo y un beso en la mejilla, me decía «buenos días, preciosa» y por lo que veo no ha perdido la costumbre después de tantos años.

—¿Te molesto? ¿Estás ocupado? Lo digo porque sé que aún es muy temprano y...

—No molestas, Lannie, tú nunca lo haces ya lo sabes.

Sonrío interiormente y suspiro. Lánzate, venga, dilo ya.

—Verás, Frank, te llamaba para saber si en algún momento del día podrías pasarte por aquí, por mi trabajo. Necesito hablar contigo sobre algo bastante importante.

—Claro, no hay problema. ¿Has descubierto algo?

—No, no se trata de eso. Es... es otra cosa.

—Uys, que intrigado me tienes.

Lo escucho reírse y sonrío imperceptiblemente. Menos mal que no puede verme la cara, porque conociéndolo y si me viera así, seguro que ya lo tendría aquí.

—¿Lannie?

—Sí, —carraspeo y salgo de mis pensamientos—. Sigo aquí, Frank.

—Mira, estaba de camino a la comisaría. ¿Te vendría bien que me pasara ahora mismo?

—Cl... claro. Perfecto, me parece perfecto.

—Lannie, ¿seguro que estás bien? Te noto rara, preciosa.

Suspiro y cierro fuertemente los ojos.

—Si... si, estoy bien. Por favor, ven cuanto antes, ¿vale? Te estaré esperando en mi despacho. Entra sin llamar.

Cuelgo sin despedirme y me levanto. Me acerco a la enorme ventana que tengo detrás y aún sabiendo que el vértigo será bestial apoyo la cabeza en el cristal y miro hacia abajo. La sensación que me recorre al ver las cosas en tamaño «mini» no me gusta nada y siento como se me eriza el vello de todo el cuerpo. Respiro hondo, cierro los ojos con fuerza y apoyo las manos en el cristal, como si necesitara ese apoyo para sostenerme. Las piernas empiezan a temblarme y el pánico a apoderarse de mí. El mismo que siento cuando estoy a gran altura.

Empujo mis manos en el cristal con la fuerza suficiente para retirarme sin abrir los ojos, y trastabillo hacia atrás. Acabo apoyada encima de la mesa, con la respiración acelerada y el corazón palpitando dolorosamente en mi pecho. Inspiro hondo y me incorporo lentamente sin abrir los ojos en ningún momento, me doy la vuelta y cuando sé que el cristal queda a mi espalda, los abro. Pego un grito al ver a Henry de pie en la puerta, ya que no me lo esperaba y él se adelanta entrando y la cierra a su espalda sin quitarme la vista de encima en ningún momento.

—Veo que el vértigo sigue formando parte de ti, Lannie.

Me encojo de hombros y me siento en el sillón aún sintiendo como me tiemblan las piernas. Enciendo el ordenador y cojo la última carpeta con la que estuve trabajando sin dirigirle la mirada en ningún momento.

—Lannie.

—Dime.

Sigo buscando dentro de la carpeta el documento que necesito, pero al no verlo en su interior, frunzo el ceño.

—Lannie, escúchame.

Levanto la mano para que no diga nada más, porque me estoy poniendo nerviosa. Joder, ese documento no está y era la suma del desfaldo de los últimos dos meses.

Aparto la carpeta de mala manera y cojo otra. Empiezo a revisar de nuevo la fecha del encabezado de cada una de ellas y nada, no aparece.

—No puede ser —susurro perdiendo ya el control y pego un golpe fuerte en la mesa con las dos manos.

—¡Lannie! —me grita Henry y lo miro con los ojos como platos.

—¡Ahora no! ¡Joder, Henry! ¡Ahora no!

—¡Pero se puede saber qué te pasa! ¡No me has mirado desde que he entrado! ¡Me has ignorado! ¡¿Y ahora te pones histérica?!

—¡Han desaparecido las cifras, maldita sea! ¿Las has cogido tú? ¡¿Has cogido el primer documento que había en esta carpeta?! —Le pregunto poniéndosela delante de la cara.

La coge de malos modos y después de ver el interior, niega.

—No sé ni que es esto, Lannie.

Resoplo y me paso las manos por la cara. Joder, ¿me acaban de robar?

—En ese papel estaban las cifras del monto desfaldado de los últimos dos meses, Henry. Lo dejé ahí ayer por la mañana antes de irme y ahora no está.

—Pues yo no he sido, Lannie. No he tocado nada de tu despacho, nada.

—Entonces hay que averiguar quién ha sido. Tal vez Alex lo cogió y se ha olvidado de decírtelo.

—Voy a llamarla. Si ha sido ella puedo quedarme tranquila, pero sino...

—Querrá decir que alguien está al tanto del motivo por el que estás aquí y quiere entorpecer tu trabajo. El culpable se ha enterado y...

—Y tenemos que ir con cuidado. Si el culpable sabe que estamos enterados de todo tendremos que ir con mil ojos, Henry, porque una persona que se siente amenazada o acorralada puede ser capaz de todo.

Empiezo a notar un sudor frío recorriendo todo mi cuerpo y como el corazón se me acelera. Joder, la he cagado, la he cagado. Lo sabe, quién quiera que sea lo sabe.

—Voy a por Alex y la traeré. Enseguida vuelvo.

Lo veo salir como una exhalación por la puerta y yo me apoyo en el respaldo. «¡Lannie, eres tonta! ¡No tendrías que haber dejado esa documentación a la vista, tendrías que haberla guardado bajo llave, ¡imbécil!» Pero el estado nervioso en el que me encontraba ayer después de la visita de la mala pécora esa, hizo que saliera por patas de aquí después de hablar con Alex y me olvidara de todo.

—Hola, preciosa.

Abro los ojos y Frank está en la puerta sonriéndome. La verdad es que hay que decir que es un tío bastante atractivo. Moreno, ojos pardos, muy masculino, con su barbita bien cuidada de tres días. Y demás, tengo que admitir que con los años su cuerpo ha cambiado bastante. Ha pasado de ser un chico alto y desgarbado, a un hombre con un cuerpo fuerte y bien tonificado.

Le sonrío y le señalo la silla. Se sienta y cuando veo que me mira fijamente esperando a que empiece a hablar, finalmente decido no andarme por las ramas.

—Frank, necesito que te hagas pasar por mi novio.

Abre los ojos como platos y me mira como si no me conociera. La verdad es que tiene una cara de pasmo increíble.

—Sé que lo que te acabo de decir te ha pillado desprevenido, pero...

—carraspeo— verás... es que... —bufó sonoramente a causa de los nervios y desvió la mirada a mis manos, las cuales me estoy retorciendo.

Noto su mano encima de las mías y lo miro.

—Lannie, tranquilízate y cuéntame qué te pasa. Te conozco y sé que para que me hayas pedido algo así tiene que ocurrirte algo muy importante. Sé cómo eres, preciosa y algo te ocurre.

Lo miro y al ver la dulzura en sus ojos, una fuerte presión en mi pecho hace que se instale un nudo en mi garganta y una lágrima empieza a descender por mi mejilla. Levanto una mano para limpiármela, pero él lo hace antes que yo. Me la retira con el pulgar y me acaricia la mejilla. Madre mía, Lannie, Alex tenía razón, le gustas a Frank.

Voy a joderlo todo, lo sé, voy a hacerlo, pero no lo puedo remediar, no puedo. Tengo que protegerme, mi corazón no lo soportaría de nuevo.

—Te... te voy a contar una historia, Frank, y hasta que no termine de hacerlo, por favor, te pido que no me interrumpas. Es... es muy duro para mí volver a hablar de ello y... —carraspeo por los nervios que llevo encima.

—Tranquila, Lannie. Me has llamado, me necesitas y aquí estoy. Cuéntame lo que me tengas que contar que yo te escucharé, ¿ok? Sabes que estaré aquí para ti, cielo, y, si me has pedido lo que me has pedido, sé que tiene que ser por una razón bastante importante. Así que desembucha, venga.

Me suelta las manos para darme espacio y se apoya en el respaldo de la silla. Inspiro hondo y empiezo a contarle todo lo que sentí desde que conocí a Henry con doce años, lo mal que lo pasé cuando se despidió de mí en el parque, lo mucho que me costó recuperarme y lo que estoy sintiendo desde que trabajo para él. Mis miedos, los sentimientos que están volviendo a aparecer..., todo. También le explico lo que siente Alex por él y le comento que si accede, ella tendrá que estar al tanto de la farsa, ya que lo que menos quiero es hacerla daño. Sé que no tendría que haber abierto la boca sobre Alex, ya que eso no me concierne contarle a mí, pero al ver la cara de Frank, me doy cuenta de que él ya sabía lo de Alex, porque no ha reaccionado tras escucharme.

—Ven aquí, preciosa.

Me levanto de la silla al mismo tiempo que él y abre los brazos. Corro a abrazarme a él y rompo a llorar.

—Llevas muchos años sufriendo por él, ¿verdad? Tanto dolor no es bueno, cielo, no lo es. Pero entiendo tu postura, de verdad que sí.

Siento sus dulces caricias en mi cabeza y espalda y me empiezo a relajar. Lo miro y le sonrío. Vuelve a limpiar mis lágrimas con los pulgares y me mira sujetando mis mejillas con sus manos. Le devuelvo la mirada pero al fijarme bien en su manera de mirarme, me empiezo a inquietar.

—Necesito hacer una cosa, Lannie. Solo una vez, por favor, permíteme hacerlo solo una vez y te juro que no se volverá a repetir. Sé que amas a Henry. Lo se... pero yo también te amo, y sé que solo voy a tenerte así, entre mis brazos esta única vez y nunca más. También tengo muy claro y más después de lo que me has contado, que no me correspondes y que nunca lo harás, por eso Lannie, por esa razón... solo te pido... un beso.

Acerca poco a poco sus labios a los míos y cierro los ojos. No sé qué me pasa, pero no puedo evitar que lo haga, es más, necesito que lo haga.

En cuanto sus labios se posan en los míos, gimo. Nunca me hubiera imaginado que un beso pudiera resultar tan tierno y dulce a la vez. Coloco mis manos sobre sus hombros para apartarlo de mí ya que ese beso es más de lo que yo esperaba, cuando un grito hace que nos separemos de golpe.

Miramos hacia la puerta y allí están Henry y Alex. Ella mirándome con los ojos llenos de lágrimas, las manos en la boca y niega como si no pudiera creerse lo que acaba de ver. Henry al contrario, tiene el rictus serio, los ojos entrecerrados y los puños muy apretados a ambos lados de su cuerpo.

—A... Alex, yo... —tartamudeo y me acerco unos pasos.

—No te quiero volver a ver en mi vida, Lannie. Cuando vuelva esta tarde a mi casa no quiero verte ahí, te quiero fuera. Me has, me has decepcionado —niega y se encoje de hombros— nunca hubiera esperado tal baja de tu

parte, sabiendo que yo... que yo... ¡Te odio! ¡Te aborrezco y no quiero volver a verte nunca más! —Me grita mirándome con tal odio que hace que me dé cuenta de que acabo de perder a mi mejor amiga.

Sale corriendo por la puerta, pero cuando intento detenerla Henry pone su mano en el marco de la puerta deteniendo mi salida.

—Henry...

—¿Henry? Para usted soy el señor Davis, señorita Colton, no lo olvide. Y ahora, despídase de su... lo que sea, —me recrimina con cara de asco— y póngase a trabajar.

—Pero...

Se da la vuelta y sale dando un portazo que hace que me estremezca de arriba abajo.

—Qué he hecho... qué he hecho... —susurro.

Caigo de rodillas al suelo y rompo a llorar desconsoladamente.

Capítulo 14

Frank

No puedo soportar ver a Lannie en ese estado. Está destrozada por culpa mía, por haber actuado como un puto egoísta. Si no la hubiera besado, sino hubiera pensado en mí, ahora mismo no se encontraría en ese estado y hecha trizas.

Me arrodillo a su lado y la abrazo. Ella me lo devuelve, apoya su frente en mi pecho y rompe a llorar de nuevo.

—Soy una desalmada, Frank, no tengo perdón —me dice entre hipidos—. He perdido a mi mejor amiga por mi mala cabeza, por mi cobardía y... y Henry... su mirada... ¡Ay, Frank! —gime— me ha mirado como si fuera una mierda.

Le acaricio la espalda y pienso en la situación en la que estamos metidos ahora mismo, la cual no es nada alentadora para ninguno de los dos. Tengo que ir a hablar con Alex lo antes posible para arreglar esta situación, porque no hay derecho a que Lannie sufra su odio por mi culpa. He de hacerle entender que lo que ha pasado no ha sido culpa de ella. Soy yo el que la ha besado, y, aunque me haya devuelto el beso, un beso que me ha estremecido de arriba abajo, la conozco, y estoy completamente seguro de que si no hubiera pasado lo que ha pasado, se hubiera arrepentido en cuanto el beso hubiese terminado. Ella ama a Henry aunque no quiera reconocerlo, aunque se lo niegue día sí y día también. Un amor como el que ella me ha contado, no desaparece de golpe y porrazo por muchos años que hayan pasado.

Es cierto que, a ojos de cualquier otro lo que está haciendo no estaría bien visto. ¿Amar a un hombre que te ha dado la espalda? ¿Un hombre que se fue cuando le contaste todo lo que sentías por él? Entiendo perfectamente que lo haya llevado en su corazón durante todos estos años y que no se lo haya

contado a nadie, ya que, parece que no tiene orgullo, que no quiere abrir su corazón a nadie más y que sigue viviendo en el pasado, dando a entender que no tiene amor propio y que anda mendigando el amor de un hombre que no la corresponde y nunca lo hará.

Y la entiendo, vaya si la entiendo, ya que yo estoy en su misma situación. Llevo desde la universidad enamorado de ella, pero ella siempre me ha visto como un amigo y he preferido que siempre siguiera pensando eso. Admito que, con el paso de los años, todo el tiempo que estuvimos separados me acordé de ella. Siempre la tenía en mi cabeza y en mi corazón. Supongo que las pocas relaciones que tuve no terminaron de cuajar por ese motivo, porque para mí, Lannie era la mujer ideal, la única... Y sé que hice mal, pero ya dicen que sobre el corazón no se manda y en el mío, Lannie siempre estuvo presente.

Pero... lo que he visto en los ojos de Henry antes de salir por la puerta, ha sido dolor; solo ha sido un segundo y enseguida ha cambiado esa mirada por una de decepción y después de asco. ¿El por qué? No lo sé. Tal vez él también empiece a sentir algo por ella, pero hasta que no hable con él, cosa que pienso hacer en cuanto tenga la oportunidad, no lo sabré a ciencia cierta.

Me levanto del suelo llevando a Lannie conmigo y me siento en el sofá con ella. La sujeto de la barbilla para que me mire, pero, al ver el profundo dolor que me devuelve su mirada hace que se me rompa el corazón y que sufra por ella. La pobre la verdad es que está destrozada.

—No llores, Lannie, por favor. No me gusta que esos preciosos ojos azules estén tristes.

Acaricio su mejilla y le sonrío.

—¿Sabes? Sé muy bien por lo que estás pasando, lo sé muy bien. Pero ya no se puede hacer nada. Ha pasado y ahora solo queda arreglarlo, pero tranquila que de eso me ocuparé yo. Hablaré con Alex y se lo explicaré todo.

—No...

—Sí. Sí, Lannie. Te han juzgado y condenado por algo de lo que yo soy culpable, no tú. Tú solo me has hecho una petición, pero el que te ha besado he

sido yo, y ese beso ha sido el causante de que ahora estés como estás. Por lo tanto, así como yo la he liado, yo lo arreglaré.

Inspira hondo y se separa de mí. Se apoya en el respaldo del sofá y cierra los ojos. Maldita sea, es preciosa. Ojalá Henry supiera la suerte que tiene de que una mujer como ella lo ame tanto.

Abre los ojos, me mira y me sonrío ligeramente. Mi corazón empieza a cabalgar como un loco dentro de mi pecho e inconscientemente coloco mi mano ahí.

—Creo que será mejor que me vaya a casa y empiece a hacer las maletas. Si Alex vuelve y ve que aún sigo ahí a saber que puede pasar. No quiero tener bronca con ella después de todo lo que ha pasado.

Se levanta y se dirige cabizbaja a su mesa. La veo apagar el ordenador, meter todas las carpetas en un cajón y coger su bolso.

—Por cierto, Frank. Aunque ya no vuelva a trabajar aquí, hay una cosa que me gustaría que investigaras.

—Claro, dime. Sabes que te ayudaré en todo lo que pueda. Pero con lo de no volver a trabajar aquí, Lannie...

Levanta su mano y niega, haciéndome entender que no quiere que siga hablando.

—Hay una documentación que ha desaparecido de mi mesa esta mañana. Cuando he ido a cogerla para enseñársela a Henry no estaba en su carpeta, por lo que sospecho que la persona que está detrás del desfalco está al tanto de que estoy con la auditoría en marcha y no quiere que se den a conocer los datos. No sé cómo se ha enterado, ya que se supone que nadie tenía que saberlo, Frank, pero lo que me ha quedado claro, aparte de que hay que ir con cuidado, es de que tenemos que ir con mil ojos. Esa persona sabe que estoy investigando y es capaz de desaparecer con todo el dinero, cosa que habría que evitar. No podemos permitir que se salga con la suya, Frank.

—Entonces está claro, Lannie. ¿No te has dado cuenta? El culpable es una

persona más cercana a Henry de lo que creíamos ya que se ha enterado de la auditoría. Eso significa que ha tenido que escucharnos hablar a alguno de los cuatro en cualquier momento. Pero no te preocupes que lo investigaré. Ahora, vete a hacer el equipaje y espérame en mi casa.

Saco mis llaves del bolsillo y se las ofrezco.

—No. No, Frank, te lo agradezco de corazón, pero no puedo irme a vivir contigo. Sabes perfectamente que si hiciera eso se liaría más el tema y no quiero. Creo que lo mejor es que me vaya a un hotel hasta que consiga alojamiento. Pero a tu casa no puede ser, y lo sabes.

Asiento porque tiene toda la razón. Pero... ¿a un hotel? Eso es muy caro y no creo que se lo pueda permitir. Los alojamientos en esta ciudad están por las nubes, y más si se trata de un hotel mínimamente decente.

Me da un beso en la mejilla mientras estaba metido en mis pensamientos y la veo salir por la puerta. Salgo detrás de ella y al pasar por delante de la mesa de la secretaria de Henry, me fijo en que la mira como si quisiera que desapareciera... como si la odiara, y eso no me gusta un pelo. Me da que tengo otra persona a la que investigar, porque esa mujer sí que cumple con todos los requisitos para haberle robado a Lannie la documentación. Bueno, ella y dos o tres más que ya me ocuparé de desenmascarar.

Nos metemos los dos en el ascensor y al llegar a la planta baja salimos, pero un golpe en mi hombro hace que trastabillo hacia atrás y la puerta golpee mi brazo derecho al cerrarse causándome un dolor agudo. Maldigo en voz alta, miro al causante y veo a un hombre joven, un poco más mayor que yo, el cual va vestido con un traje oscuro y lleva unas gafas de sol negras de espejo. Me hace una peineta y así como doy un paso para entrar en el ascensor para ponerlo de vuelta y media, las puertas se cierran dejándome afuera ardiendo de rabia.

«Pero, ¿quién será ese imbécil?»

Me doy la vuelta y no veo a Lannie, lo que me indica que se ha ido a su casa a hacer el equipaje. Maldita sea, ¿dónde se instalará? El no saber me tiene de los nervios, ya que esta no es una ciudad que digamos brille por su

seguridad y menos de noche.

Salgo por las puertas giratorias y me dirijo a mi coche. Una vez allí, arranco y me viene una idea de golpe. Aunque pensándolo bien... tal vez no sea tan buena idea. Pero, ¿qué tengo que perder? Nada en absoluto, es más me quedaré más tranquilo.

Cojo el teléfono, marco y lo pongo en manos libres. Al tercer tono, una voz masculina contesta la llamada.

—¿Sí, diga?

—Hola, buenas tardes. Usted no me conoce. Me llamo Frank Hughes y tengo que comentarle un tema que le concierne.

—¿Es una broma?

—No, señor, no se trata de ninguna broma. Escuche con atención por favor porque es importante.

—De acuerdo, le escucho. La verdad es que me tiene intrigado.

—Soy agente de policía de Nueva York y estoy metido de lleno en una investigación. Digamos... que la cosa se ha salido un poco de madre y necesitaría que cogiera un avión lo antes posible.

—¿Está de guasa? ¿Y qué tengo yo que ver con una investigación en Nueva York si se puede saber?

—Tiene mucho que ver, ya que en esa investigación está metida su hermana, señor Colton. Y como tengo la impresión de que la cosa se va a poner fea, necesitaría que cogiera el primero vuelo y viniera a la ciudad. Además, su hermana se acaba de quedar sin vivienda por un problema que ya le contaré cuando le conozca y, sinceramente, necesitaría que se personara lo antes posible en la ciudad para ponerle en antecedentes.

—Un momento un momento. ¡¿Me está usted diciendo que mi hermana pequeña está viviendo en la calle y que está metida en un lio?! ¡¿Y, qué pasa con Alex!? ¿Acaso no está viviendo con ella? ¡Cuénteme ahora mismo qué

cojones está ocurriendo, señor Hughes!

Joder, ¡qué genio tiene este hombre! —Suspiro porque parece que me va a costar convencerlo para que venga.

—Mire, por teléfono no puedo contarle mucho, señor Colton. Por favor, coja el primer vuelo y llámeme cuando aterrice. Pasaré a buscarlo y le pondré al día, ¿de acuerdo? Y por su hermana no se preocupe que está bien cuidada. Yo me encargo.

—¿Cómo que usted se encarga? ¿Acaso es su novio?

—No, no soy su novio —le digo con convicción para que no queden dudas—. Qué más quisiera yo —susurro por lo bajo para que no me escuche.

—Bien, en cuanto esté en la ciudad le aviso. Buscaré un vuelo para hoy mismo. Guardaré en mis contactos este número de teléfono. ¿Es el suyo?

—Efectivamente.

—De acuerdo pues. Hasta luego, señor Hughes.

Cuelga y suspiro.

Espero haber hecho bien llamándole. La verdad es que, ya que Lannie tiene que vivir sola a saber dónde, prefiero que tenga a su hermano a su lado para que la cuide, porque ahora me tengo que meter de lleno a investigar gente de la empresa y prefiero tener a Lannie apartada por lo que pueda pasar.

Capítulo 15

Henry

Ya es la tercera taza de café que me tomo en tres horas. No he podido pegar ojo en toda la noche por culpa del puñetero colchón del hotel. Si llego a saber que Sharon me tendría las maletas en la puerta al llegar a casa hubiera tomado otra decisión, pero la verdad es que me llevé una sorpresa inesperada.

Desde que le dije que quería el divorcio solo se ha dedicado a amargarme la existencia en cuanto traspasaba la puerta principal. Mi rutina era llegar lo más tarde posible para evitarla, ducharme y meterme en la cama. Me levantaba antes que ella para evitar encontrármela, porque sabía que acabaríamos discutiendo y salía por la puerta sin desayunar.

Ayer por la noche fue llegar y encontrarme mis maletas en la calle delante de la puerta, junto a una nota que decía «largo», y, cuando quise hablar con ella para que me explicara qué significaba eso me fue imposible, ya que había cambiado la cerradura de la puerta principal. La llamé por teléfono pero claro está, lo tenía apagado.

Así que, no me quedó más remedio que irme a un hotel a pasar la noche y dormí fatal. Tengo que ponerme a buscar un apartamento cuanto antes porque no creo que sea capaz de pasar más noches como esta. Aparte, tengo que ponerme en contacto con mi abogado de nuevo para que revise el convenio regulador, ya que, no me da la gana que ella se quede con la casa. Casa que he pagado yo completamente y, como no tenemos hijos, dudo que me pueda echar y quedarse tan ancha. Me dijo que quería guerra y la va a tener.

Tres toques en la puerta de mi despacho me sacan de mis pensamientos y cuando doy permiso, Alex asoma su cabeza por la puerta.

—Hola, Henry. ¿Puedo hablar contigo un momento, por favor?

—Claro, pasa, Alex —le indico la silla y se sienta dejándose caer. La verdad es que tiene muy mala cara. Tengo la sensación de que no he sido yo el único que ha pasado mala noche.

—Verás, venía para decirte que hay cosas en la auditoría que estaba haciendo Lannie que no me cuadran.

—Explícate.

Me enderezco en la silla y apoyo los codos en la mesa.

—Pues... que falta documentación y no me lo explico, porque ella siempre ha sido muy ordenada, meticulosa y perfeccionista. A ver, no quiero pensar mal de ella, pero creo que después de lo que pasó ayer... bueno... pues que tengo miedo de que se la haya llevado para fastidiarnos.

«Alex, Alex... ¿tanto daño te ha hecho para pensar eso de ella? ¿Tan mal concepto tienes? Me estás demostrando que no la conoces realmente, porque, si lo hicieras, sabrías que ella sería incapaz de hacer eso. No tiene una gota de malicia en su corazón.»

—Sé que falta esa documentación. Ella misma me lo dijo ayer por la mañana a primera hora. Le desapareció de su carpeta y creemos que el culpable ya sabe lo de la auditoría y ha robado esos papeles. Lannie no ha tenido nada que ver con eso, Alex.

Se sonroja y baja la cabeza. Se ve que se ha avergonzado por pensar eso de Lannie y se ha dado cuenta de que se ha equivocado.

—Lo siento, pero es que yo... Henry, desde que vi lo que vi ya no puedo pensar con claridad. No sé por qué, pero ahora veo fantasmas donde no los hay y me siento fatal. Si ha sido capaz de hacerme eso, sabiendo lo que yo siento por Frank... Entiende que se me pasara por la cabeza el creerla capaz de hacer cualquier cosa. ¡Era mi amiga y lo besó, Henry! ¡Me traicionó!

—En eso te equivocas.

Miramos los dos hacia la puerta y vemos a Frank con mi secretaria detrás de él con cara de susto.

—Lo lamento, señor Davis, pero me ha sido imposible detenerlo.

—Tranquila, no pasa nada. Que entre.

Frank entra, se sienta al lado de Alex, la mira con el ceño fruncido, pero ella mira un punto fijo detrás de mí y lo ignora totalmente.

—He venido a hablar contigo, Henry, porque tenía que dejarte un par de cosas claras. Bueno... la verdad es que luego iba a hablar contigo, Alex, pero ya que estáis los dos aquí, aprovecharé que os tengo delante y os diré lo que os tengo que decir.

Lo miramos los dos, yo con escepticismo y Alex con el rictus tenso.

—Yo me voy. No quiero escuchar nada. Ayer ya me quedó claro todo y paso de escuchar nada sobre la relación que tenéis Lannie y tú.

—¿Relación? ¿De qué relación hablas, Alex?

—¡Oh, vamos! No, si ahora resultará que me imaginé todo lo que vi y que Lannie y tú no os estabais comiendo la boca mutuamente, ¿verdad? ¡Tengo ojos, Frank! ¡Os vi! Así que no me lo niegues. Además, tengo un testigo que también vio lo mismo que yo —le replica señalándome con el dedo.

—Ya... O sea, que el que haya besado a Lannie cogiéndola desprevenida, ¿para ti es ya tener una relación, Alex? Entonces, ¿me estás diciendo que has tenido una relación con todos los hombres que has besado? ¿Es eso? Porque permíteme que te aclare una cosa... no... mejor dicho... que os la aclare a los dos. ¡Lo que le habéis hecho a Lannie ha sido una auténtica cabronada, joder! ¡La habéis juzgado y sentenciado por algo que no fue culpa suya, sino mía! —Nos grita señalándose— ¡Fui yo quien la besó, fui yo quien le dijo que la amaba! Porque sí, la amo desde hace muchísimos años. Y el que tú, Alex, sientas algo por mí, no te daba ningún derecho a hacerle a Lannie lo que le hiciste.

Me fijo en como Alex agranda su mirada, se tensa y resopla. Se ve que no le ha sentado muy bien lo que le ha dicho Frank y ese, es un punto que tengo que aclarar con él.

—Has echado a Lannie de tu casa, la has dejado en la calle sin tener a dónde ir, la has juzgado y condenado cuando ella no hizo nada malo, solo me abrió su corazón y me contó una historia que la lleva carcomiendo por dentro desde hace ocho años. Una historia que no tenía nada que ver contigo, Alex, nada. Y la entendí perfectamente, porque todo lo que pasó ella; el dolor, el sentir como se rompía su corazón en mil pedazos, las lágrimas de impotencia, todo eso, el extrañar y ansiar algo que no puedes tener, lo he vivido en mis propias carnes con ella. Porque ella es la única mujer que he amado en toda mi vida y me dejó claro que, lo nuestro, por mucho que le doliera decírmelo, ya que se lo vi en la cara, era del todo imposible porque llevaba enamorada desde que tenía doce años de un hombre, de un amor imposible que la dejó llorando y rota de dolor una mañana y que no volvió a ver hasta hace unos meses.

«Joder... Lannie...»

Frank me mira de soslayo y niega imperceptiblemente.

—Lo que le hiciste fue una auténtica canallada, Alex y eso ella no se lo merecía. Ella está enamorada de otro, no de mí, pero, que tú sientas algo por mí y que ese sentimiento no sea correspondido por mi parte, no te daba ningún derecho a echarla como si fuera un perro.

—Pero... es que lo que vi...

—Lo que viste fue una simple despedida por mi parte, Alex. Mi manera de decirle adiós. La besé porque quería saber lo que se sentía al besar los labios de la persona a la que amas con toda tu alma, aunque sea por una sola y única vez. Lannie sabe lo que es ya que lo experimentó en sus propias carnes. Ella me contó esa despedida, ese beso que guarda en su corazón desde hace ocho años, un beso que le encantaría volver a sentir y que, por miedo, e inseguridad, rehúye con todas sus fuerzas. Lannie sufrió mucho, muchísimo. Le costó una barbaridad salir adelante y se tuvo que apoyar en las dos personas que más la quieren en este mundo, su hermano Cole y su primo Michael. Si no

hubiera sido por ellos, Lannie me dijo que hoy en día no estaría aquí, que no hubiera seguido estudiando y que hoy por hoy, no sería quién es. Y por ese motivo, ayer tuve que llamar a su hermano, porque después de que salieras por la puerta diciéndole que la odiabas, y tú —me señala— la trataras como a una mierda después de todo lo que pasó por ti y todo lo que te ha ayudado con la puta auditoría —niega con cara de decepción y me mira como si me quisiera atravesar y darme un par de hostias bien dadas— Lannie se fue y desde ayer no he vuelto a saber nada de ella, nada. Tuve que llamar a su hermano para que viniera hacia aquí desde Chicago, porque una mujer sola alojándose a saber dónde... no es que me tranquilice mucho. Y todo por mi culpa, joder.

—¿Tu culpa? No, Frank, no es culpa tuya —afirmo levantándome de la silla—. Es culpa mía por haber estado ciego, por no haber sido un hombre con ella, y sobre todo, por haberme negado a mí mismo que Lannie es una mujer especial, una mujer con un gran corazón que ayuda y se desvive por los que quiere. Una mujer que a muchos les hubiera gustado tener, y que yo deseché cuando tuve la oportunidad de que fuera mía. —Afirmo con toda la convicción que poseo y los miro a los dos. Alex está con cara de pasmo mirándome y Frank me mira como si fuera un imbécil de primera y así me siento.

—¿Lannie y tú? ¿Desde cuándo? —Me pregunta Alex con cara de no entender nada.

Suspiro y miro a través de la ventana las vistas de la ciudad. Maldita sea, no tengo ningunas ganas de hablar de eso, pero viendo cómo está el percal, me temo que no me queda más remedio que hacerlo. Así que me doy la vuelta, y me preparo para contestarle a Alex.

—Desde prácticamente toda la vida. Desde que ella tenía doce y yo catorce años. Cuando vivía en Chicago era el mejor amigo de Michael, su primo, y con el tiempo, él, su hermano Cole y yo nos hicimos como hermanos. Lannie también, claro, pero siempre la vi como a una hermana pequeña, no como a una mujer que estaba enamorada de mí, cosa que en aquella época se encargó bien de ocultarme. Hasta que me enteré por una «amiga» de ella que la traicionó. Esa chica me dijo que Lannie llevaba muchos años enamorada de mí, pero claro está, en ese momento no me lo creí. Nunca había visto por parte de ella ningún tipo de actitud hacia mí que me hiciera creer eso. Pero con el tiempo, me fui fijando en pequeños detalles y me percaté de que lo que me

dijo esa chica era cierto. Pero no podía hacer nada, porque en aquella época, en el último año que estuve en Chicago, empecé a salir con Sharon e iniciamos una relación. Hace ocho años dejamos los dos la ciudad para venir aquí a trabajar y a casarnos. El día que se enteró Lannie... bueno... —carraspeo— digamos que fue un puñetero drama y la dejé hecha polvo. Ella me dijo que me amaba, ¿y yo qué hice? la dejé en ese banco, en ese parque llorando desconsoladamente junto a Cole. Desde entonces no volví a saber nada de ella. Bueno, hasta que entró por la puerta de mi despacho y nos reencontramos ocho años después.

—Nunca me contó nada en estos cuatro años que hemos estado viviendo juntas.

—¿Y de qué te extrañas? Lo que le pasó ese día la marcó profundamente, Alex, —le recalca Frank— y lo hizo de tal manera que, cuando vio a Henry de nuevo lo primero que sintió, aparte de alegría por volverlo a ver, también fue miedo. Miedo porque con el tiempo y a medida que iban pasando los meses, se estaba percatando de que no era totalmente inmune a él como creía. Y ese miedo, juntado a la escenita que le montó la hija de... bueno, tu mujer —aclara señalándome con la cabeza— hicieron que finalmente abandonara el trabajo hace dos días... ¿y todo para qué? Para llegar yo al día siguiente, decirle todo lo que sentía por ella y finalmente terminar de hacerle daño. Y no solo yo, sino los tres. Su mejor amiga, el hombre que siempre ha amado y yo, un tipo que en vez de comportarse como un amigo se ha comportado egoístamente con ella, haciéndole saber todo lo que llevo dentro y que ha terminado originando todo esto.

Suspira y se levanta.

—Pero bueno, ahora solo quiero haceros una pregunta. ¿Realmente se merecía Lannie lo que ha pasado? ¿Lo que le dijisteis? ¿Se merecía todo eso? Porque yo, desde luego, estoy completamente seguro de que no. Así que, os pido que dejéis de lado vuestros sentimientos, por favor y que me ayudéis a encontrarla. Porque el no saber dónde ni como está en este momento, me está carcomiendo por dentro.

—Y a mí también —les digo confirmando que también tengo miedo—. La juzgué precipitadamente y me equivoqué, por lo que quiero encontrarla y

pedirle perdón. —Y ojalá lo haga, por Dios. Ya me siento lo bastante mal conmigo mismo al saber que no hago más que decepcionarla cada dos por tres.

—Me apunto. También quiero encontrarla y disculparme. Me siento fatal, y, aparte de pedirle perdón a ella, también quiero pedírtelo a ti, Frank. Quiero pedirte perdón por ser una cobarde, por no haber hablado contigo previamente como me dijo cientos de veces Lannie que hiciera, porque tengo la certeza de que, si lo hubiera hecho, nada de esto hubiera pasado. Solo deseo que esté bien.

Nos quedamos en silencio y mirándonos los tres, porque, sabemos, que haremos todo lo que esté en nuestras manos para encontrarla.

—Bien, me voy a comisaría. Henry, necesitaría que me facilitaras el número de cuenta corriente de Lannie. Si ha hecho algún movimiento con la tarjeta podré localizarla. De lo contrario...

Abro el cajón de mi escritorio y saco la carpeta con los datos personales de Lannie. Le apunto en un papel lo que me ha pedido y se lo doy.

—Bien, os diré cosas, y, por favor, si supierais algo de ella hacédmelo saber enseguida, ¿de acuerdo? Estaré localizable en todo momento en el teléfono.

—¡Oiga! ¡No puede pasar! ¡Deténgase o llamo a seguridad!

Escucho gritar a mi secretaria y la puerta se abre de golpe estrellándose contra la pared sorprendiéndonos a los tres.

—¿Se puede saber dónde coño está mi hermana y qué le has hecho esta vez, Henry!?

Me grita Cole totalmente fuera de sí señalándome con el dedo.

Capítulo 16

Henry

—Vaya, me alegro de volver a verte, Cole. Han pasado ocho años, ¿verdad? —Me levanto, rodeo la mesa y me acerco para estrecharle la mano, pero él ni se inmuta. Me mira como si fuera un mosquito que quisiera aplastar e ignora la mano que le ofrezco.

—No me jodas, Henry y dime qué coño le has hecho a Lannie esta vez. ¡¿Es que no puedes dejarla tranquila?! ¡He tenido que dejarlo todo después de recibir la llamada de un tal Frank no sé qué! ¡Así que dime ahora mismo dónde está mi hermana o te hincho a hostias!

—Vaya... veo que no has cambiado en absoluto, Cole. Sigues siendo tan bravucón como siempre.

Avanza un paso hacia mí, pero no me muevo de mi sitio. Si cree que me va a intimidar va listo.

—¿Sabes? Cuando Lannie me dijo que trabajaba para ti en nuestra última llamada pensé... va a sufrir de nuevo, lo sé. Le advertí que tuviera cuidado, le dije que dejara el trabajo, que no se arriesgara de nuevo. ¿Tienes idea de lo que le costó salir adelante? ¿La de noches que, desde mi habitación la escuché llamarte en sueños? Las pesadillas que tuvo fueron constantes durante una larga temporada, Henry. Cada vez que la escuchaba llorar, entraba e intentaba calmarla. Solo cuando me tumbaba a su lado y la abrazaba fuertemente era cuando lograba que se tranquilizara y que finalmente se durmiera. Su última palabra antes de dormirse abrazada a mí, siempre era tu nombre. Siempre. Y ahora que parecía que todo le iba bien, ha tenido que cruzarse de nuevo en tú camino y desaparecer. Así que, más te vale que me digas que es lo que le has hecho para que desapareciera de esta manera. Nunca había actuado así hasta

ahora, nunca.

—La culpa es mía, señor Colton. El señor Davis no tiene culpa de nada. Fue un malentendido que hubo entre nosotras lo que lo causó.

—¿Y estos quiénes son? —Me pregunta señalando a Frank y a Alex con el pulgar.

Frank se levanta y le ofrece su mano.

—Yo soy quién lo llamó por teléfono, señor Colton. Y Alex... no te echas la culpa. Aquí tenemos algo de culpa todos, no solo tú.

—¿Alex? Tú eres la compañera de piso de Lannie, ¿no? Su mejor amiga, según me contó.

Alex afirma.

—Y por algún motivo que desconozco, el cual me vais a contar ahora mismo —ordena cruzándose de brazos y frunciendo el ceño— Lannie ya no vive contigo. Bien, pues ya podéis empezar a hablar y a contármelo todo. Quiero encontrar a mi hermana, y si vosotros decís que tenéis los tres la culpa, más os vale empezar a hablar ya, porque estoy perdiendo la poca paciencia que me queda.

Nos sentamos y le empezamos a contar a Cole todo lo que ha pasado desde que Lannie empezó a trabajar en la empresa, el motivo, las sospechas, la auditoría, el desfaldo... y todo lo que vino después hasta que desapareció.

Me fijo en él y está tenso, muy tenso. Tiene los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo y el músculo de su mandíbula palpita. Se ve que está apretando los dientes por la rabia que lleva dentro, lo conozco y sé que está cabreado, muy cabreado. Da un paso al frente y nos mira como si quisiera machacarnos.

—¡Sois unos jodidos cabrones! ¡Los tres! —Nos grita totalmente fuera de sí—. ¿Y tú eras su amiga? —Le grita a Alex señalándola con el dedo—. ¡Lo que eres es una maldita egoísta que ha actuado sin cerciorarse primero de nada!

¿Nunca te han dicho que antes de actuar hay que pensar!? Pero claro... viste algo que no te gustó y en vez de hablar con ella, nooo, tuviste que decirle que la odiabas y asunto arreglado, ¿verdad? La juzgaste y la consideraste culpable. Pues menuda amiga estás hecha. Antes de tener a alguien como tú a mi lado, desde luego preferiría quedarme solo, muñeca.

Ese «muñeca», se ve que ha ofendido a Alex, porque la manera en que se lo ha dicho, como si fuera una mierda, la verdad es que me ha sentado mal hasta a mí. La veo aguantar las lágrimas y bajar la cabeza.

—Y vosotros dos... Con vosotros ya hablaré aparte. Os lo aseguro.

Eso ha sonado como una amenaza, pero me da igual. Si me va a poner de vuelta y media sé que me lo mereceré. Siempre, como ha dicho Cole la estoy cagando con ella. Siempre acabo haciéndole daño, y la verdad es que no se lo merece, nunca lo ha hecho.

Frank

—Bueno, yo me voy a investigar los datos que me has dado, Henry. En cuanto tenga algo os avisaré

Hago un asentimiento y salgo por la puerta.

Joder, menudo carácter tiene ese hombre. Se nota que es hermano de Lannie porque se parecen bastante, pero lo que es en personalidad, no tienen nada que ver. Así como Lannie es dulce y tranquila, su hermano es una auténtica fiera.

Llego a los ascensores y me doy cuenta de que tengo que ir al cuarto de baño después de haber pulsado el botón. Me doy la vuelta, miro en ambas direcciones para ver si hay alguna indicación que me diga dónde están los servicios en esta planta, pero no veo nada.

El ascensor pita a mi espalda y una chica sale de él. Una chica preciosa, por cierto.

—Disculpa —le pregunto y me mira con curiosidad— ¿Podría si fuera tan amable, indicarme dónde están los servicios?

—Claro —responde brindándome una preciosa sonrisa—. Siga por ese pasillo y, sino voy mal, es la segunda puerta a la derecha una vez haya girado.

—Muchas gracias.

—De nada, guapo.

Me guiña un ojo y se va en dirección contraria a la mía. «Vaya, se ve que le he gustado al bombón», pienso mientras me dirijo en la dirección que ella me ha indicado.

Llego delante de la puerta, y así como voy a coger el pomo y entrar, unos gemidos hacen que me detenga. Joder, no estarán follando ahí dentro, ¿no?

—A la mierda —susurro por lo bajo y abro la puerta lentamente.

Me asomo por la pequeña rendija que he abierto, y la escena que me encuentro ahí dentro, hace que abra los ojos como platos. A parte de que eso no es el servicio, sino una oficina, lo que se está desarrollando encima de la mesa es bestial. Dos mujeres están tumbadas boca arriba, encima de la mesa y completamente desnudas, ambas con las piernas abiertas y un hombre, mientras está follando a una, le está comiendo el sexo a la otra.

Entrecierro los ojos y me fijo en la cara de los tres intentando no mirar más allá de lo imprescindible, y me fijo en que esas dos mujeres son la mujer de Henry, la cual se está follando ese hombre, la secretaria y... y el hombre me suena un montón, pero ahora no consigo recordar de qué me suena. Entrecierro los ojos para fijarme mejor en sus facciones, pero al estar de perfil me cuesta.

Cierro la puerta sigilosamente, me apoyo en la pared y suspiro.

Joder, joder... ¡La mujer de Henry le está poniendo los cuernos con otro!

Pero... ¿Qué pinta ahí su secretaria? Eso es lo que no me cuadra. ¿Y ese hombre? Lo que me ha quedado claro es que se lo estaban montando estupendamente esos tres y que, para hacer eso, se deben conocer desde hace tiempo. Ahora tengo que averiguar desde cuándo. Porque dudo que esa relación se haya fomentado en este edificio, ¿o sí?

Me encojo de hombros y me dirijo de nuevo al ascensor. La verdad es que después de lo que he visto, no sé por qué pero las ganas de ir al servicio se me han ido de golpe.

¿Tengo que decirle a Henry lo que he visto? Joder, tío, ¿se lo vas a decir? ¿Realmente vas a hacer que mande a la mierda su matrimonio?

Vuelvo a su oficina, entro sin llamar pero me la encuentro vacía. Vale, ¿a dónde pueden haber ido esos tres?

Doy media vuelta y me dirijo al ascensor. Cuando llega me meto en él y le empiezo a dar vueltas a todo. Lo que tengo clarísimo, es que ella tiene un amante y que la secretaria está metida en esa relación.

—A la mierda —me digo a mí mismo con convicción—. Lo voy a llamar y que sea lo que Dios quiera.

Saco el teléfono de mi bolsillo y marco. Tres tonos después, escucho su voz.

—¿Ya tienes algo?

—No. Es más, ahora mismo estoy saliendo de tu edificio. He pasado por tu oficina porque necesitaba comentarte algo, pero no estabas y tengo que hablar contigo de algo que he visto. Algo que... bueno, será mejor que te diga en persona si puede ser.

—Claro... ahora me estaba dirigiendo con Alex y Cole a casa de ella. ¿Puedes venir?

—Desde luego, aunque no creo que quieras que los demás escuchen lo que te tengo que decir. Verás... es que... es un tema un pelín delicado que tiene

que ver con tu mujer.

—¿Con Sharon? Entonces querrás decir mi exmujer. Me ha echado de casa, Frank. Estamos en proceso de divorcio y ya no estamos juntos. Así que, lo que me tengas que decir de esa bruja, me lo puedes decir delante de ellos dos. No pasa nada.

—De acuerdo. Pues nos vemos en casa de Alex en veinte minutos. Hasta luego.

Cuelgo la llamada e inspiro hondo.

¿Así que es su ex y estaba a pocas puertas del despacho de Henry tirándose a otro? Ahora sí que tengo que saber quién cojones era ese tío. Uno que me suena mucho, la verdad, pero que sigo sin poder recordar dónde he visto.

Capítulo 17

Frank

De cada vez es más difícil aparcar en este barrio. Creo que lo ideal sería comprar una plaza de aparcamiento en esta zona ya que vivo aquí, porque me pone de los nervios tener que estar dando vueltas para poder estacionar el coche.

Miro mi reloj y ya ha pasado media hora.

—Mierda, llego tarde.

Saco el teléfono del bolsillo y le mando un mensaje a Alex avisándola de mi retraso. Solo espero que los ánimos no estén tan caldeados cuando traspase la puerta de su casa. Ya me ha bastado lo que he tenido que aguantar en la oficina de Henry.

Aparco finalmente y salgo corriendo. Entro en la entrada y pulso el botón de llamada del ascensor.

Unas voces a mi espalda, hacen que mire en esa dirección y veo a un niño y una niña de unos siete u ocho años hablando bajito, pero con el suficiente volumen para que me entere de lo que hablan. Saco el teléfono para decirle a Alex que ya estoy abajo y que estoy esperando a que llegue el ascensor.

—Qué no, eso no es cierto

Escucho que dice ella.

—¡Oye! ¡Que mi madre no mentiría sobre eso! —Le replica él. Se ve que se está enfadando—. Te juro que es verdad lo que le escuché a mi hermana, en

serio. Oí perfectamente como le decía a Mark, su novio, que no quería que le tocara el clítoris porque mi mamá le dijo hace años, que, si un chico se lo tocaba se quedaría embarazada. Lo que no sé es lo que es un clítoris. Ya se lo preguntaré a mi madre cuando suba a casa.

—Espera, que yo conozco a ese señor. Es el vecino del piso de arriba.

Me tenso porque me imagino lo que se le está pasando a ese niño por la cabeza, y siento como mi corazón se acelera y un sudor frío me empieza a recorrer por entero.

«Por favor, no. Por favor, no. Que no haga eso, que no haga eso».

—¡Oiga, vecino! Disculpe, ¿podría hacerle una pregunta, por favor?

Me tenso, respiro hondo, fuerzo una sonrisa y me doy la vuelta.

—Claro, muchacho, dime.

—¿Qué es un clítoris? —Me pregunta la niña adelantándose a su amigo y poniéndose en pie, lo que hace que sienta como se me suben los colores a la cara.

—Pues... Pues... —carraspeo— un clítoris es...

—¡Sinvergüenza!

Un golpe en mi espalda hace que me dé la vuelta y veo como la señora Rogers, con el paraguas en la mano, con el brazo en alto y lista para golpearme con él otra vez, está detrás de mí. Así que, aprovecho y me meto corriendo en el ascensor ya que con esa preguntita de las narices, ni me había percatado de que ya había llegado. Pulso el piso siete y espero a que se cierren las puertas mientras sigo escuchando a esa mujer ponerme verde a gritos y decirme de todo menos guapo.

Me apoyo en la pared y suelto el aire con fuerza.

—Niños...

Salgo del ascensor y llamo a la puerta del piso de Alex. Segundos después se abre y la veo mirarme con ojos llorosos.

—¡Eys!, ¿estás bien? —Le pregunto mirándola de arriba abajo.

Se encoje de hombros y se aparta para que entre.

Lo hago y en el sofá están Henry y Cole hablando tranquilamente. Les saludo y me siento en el sillón que hay enfrente de ellos.

—Bien, ya estamos todos. —Dice Cole dándose un golpe en las rodillas. ¿Sabes algo de Lannie?

—Todavía no. Aún no he ido a comisaría. La verdad es que he venido antes aquí porque te quería comentar una cosa acerca de tu exmujer, Henry.

—Sí. Ya me ha quedado claro que algo ha pasado por la llamada de hace un rato. ¿De qué se trata?

Alex se sienta en el otro sillón que queda en diagonal al mío y espera a que hable al igual que los demás.

—Pues verás... —suspiro— antes de nada, ¿podrías decirme a quién pertenece el despacho que queda a cuatro puertas del tuyo saliendo a la izquierda?

Veo como Henry piensa y frunce el ceño.

—Pues... pertenece a Brandon, el jefe de contabilidad. ¿Por qué lo preguntas?

Me tenso al escuchar el cargo que ostenta y una idea empieza a formarse en mi mente.

—Y ese Brandon, es alto, moreno, y de piel blanquecina, ¿verdad?

—Si, lo es. Es mi jefe, Frank.

—Joder, joder —maldigo en alto y me pongo en pie tras escuchar lo que me

acaba de decir Alex.

—Henry... Lamento comunicarte, que tu exmujer está teniendo una relación, o lo que sea... con ese tipo.

—¿Qué!? —Grita poniéndose también en pie.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo, Frank? ¿Sharon con... con... ese? ¿Con Brandon? Pero... pero... ¡Si apenas lo conoce!

—Pues si para ti el que yo la haya visto con estos ojos, —le recalco señalándomelos— en el despacho de tu jefe contabilidad, follándosela junto a tu secretaria; significa que apenas lo conoce... Porque estoy seguro de lo que he visto, Henry. Eran Sharon y tu secretaria las que estaban en pelotas encima de su mesa, y era a tu mujer a quién se la estaba metiendo.

Por la cara de sorpresa de Henry y Alex, la verdad es que lo que acabo de contarles era lo último que esperaban escuchar.

—¡Será zorra! —exclama de nuevo y empieza a pasearse de un lado a otro. —¡Ahora entiendo sus constantes visitas al trabajo! ¡Sus ganas de que la metiera dentro para diseñar! ¡No era para ayudarme, joder! ¡Era para estar cerca de su amante! Pero... ¿Brigitte? ¿¡Mi secretaria! Ahí sí que me has descolocado. La verdad es que no sé qué pinta ella en ese... trio.

—Bueno, eso es algo que también tendré que investigar. La relación de esos tres y desde cuando se conocen. Joder, se me está acumulando el trabajo, chicos —aseguro pinzando con dos dedos el puente de mi nariz.

En ese momento, Alex se pone a reír a carcajadas y los tres la miramos boquiabiertos. Madre mía, ¿y ahora qué le pasa?

Nos mira y al ver nuestras caras de sorpresa, se pone a reír más fuerte. Lo hace de tal manera, que hasta las lágrimas le caen por las mejillas.

—Perdón, perdón.

Dice entre carcajada y carcajada. Toma aire por la nariz y se intenta calmar.

—Es que me imaginaba la estampa de esos tres y... y me ha venido a la cabeza Brandon con sus gafas de espejo puestas y en pelotas. —Exclama echándose a reír de nuevo.

Un momento, un momento... ¿gafas de espejo? En ese momento, me viene a la memoria la vez que salía del ascensor y cómo un tío que no conocía de nada me golpeaba en el hombro al pasar por mi lado, se metía dentro y después me hacía una peineta. Eso hace que me dé cuenta de que el jefe de contabilidad sabía perfectamente quién era yo.

—Joder, Henry. No me lo puedo creer. ¡Es que hay para darte de hostias, tío! ¿Dejaste a mi hermana hecha polvo por culpa de esa hija de puta? ¡Es que no lo entiendo! ¿Qué coño le viste para preferirla por encima de Lannie, hombre? ¡No me entra en la cabeza, joder! No... si al final tenía razón Michael cuando me decía constantemente que no le gustaba para ti. Que incluso habló contigo y te dijo mil veces que no lo hicieras, ¡que no te casaras con ella! ¡Y tú cómo siempre, ni puto caso! ¡Y mira en que situación nos encontramos ahora todos por haber pensado antes con la polla que con la cabeza, imbécil!

Henry se acerca a Cole, lo levanta por el cuello de la camisa y lo lleva hasta la pared, estampándolo contra ella. Lo escucho gruñir y me fijo en como Cole le sonrío maliciosamente.

—Qué pasa tío. Las verdades duelen, ¿verdad? Pues te jodes.

Le pega un puñetazo que lo aparta de él de golpe y Henry acaba tirado de espaldas en el suelo.

—Esto no es por mí. Es por mi hermana.

Henry se levanta como un resorte del suelo, corre hacia Cole y le mete un placaje en el estómago con el hombro, haciendo que Cole acabe tumbado encima de la mesa, y que, con la fuerza del impacto y unido al peso de ellos, la mesa se rompa, acaben los dos en el suelo uno encima del otro y con la mesa debajo hecha trizas.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Me vais a destrozar la casa, joder!

Al ver que los gritos de Alex no causan efecto y que esos dos se siguen peleándose a golpes, saco la pistola de la funda y pego un tiro al techo.

Se paran de golpe y me miran.

—¡Sentaos ahora mismo y dejad de pelear, sino queréis que os lleve detenidos a los dos por destrozar una propiedad privada, capullos! ¡Alex no se merece que le dejéis la casa hecha unos zorros, joder!

Se levantan lentamente del suelo quejándose por el daño que se han inflingido entre ellos y con esfuerzo, llegan al sofá y se dejan caer en él de golpe.

—Bien, y ahora escuchadme los dos porque esto me huele muy mal. Lo primero que tenéis que hacer —los señalo con el dedo—, es dejar de lado el tema de Lannie, ¿de acuerdo? Ya me encargaré yo de dar con ella. Ahora mismo tenemos un grave problema por delante y no es Lannie. Tenemos que descubrir qué tienen en común Sharon, Brandon y tu secretaria, Henry. Es demasiada coincidencia que el jefe de contabilidad esté liado con tu mujer y que esté desapareciendo dinero de tu empresa, ¿no te parece?

Henry asiente y cierra los ojos agotado dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sofá.

—Y tú —le digo a Cole señalándolo después— llama a tu primo Michael y dile que arrastre el culo hacia aquí lo antes posible. Necesito hablar con él.

—¿Y no puedes hacerlo por teléfono como hace todo el mundo?

—Claro... ¿Y qué quieres que le diga, Cole? Oye, no me conoces de nada, pero verás, hay una investigación en marcha en la que están implicados Lannie, Henry, su exmujer Sharon, el jefe de contabilidad el cual no conoces, la secretaria y a saber quién más. Así que, necesito que dejes lo que estás haciendo, sea lo que sea y que vengas a Nueva York.

Lo miro en plan «¿me pillas la idea?» Y Cole resopla.

—Vale, lo llamaré mañana por la mañana y le contaré el tema por encima. Aunque no te garantizo que venga. Pero haré todo lo posible para que lo haga.

Asiento y miro a Henry.

—¿Quién contrato a Brandon? ¿Tú?

Asiente y se incorpora poniendo una mano en sus costillas. Se ve que Cole lo ha dejado bien magullado.

—Sharon me lo recomendó nada más abrir la empresa. Me dijo que conocía a un amigo que cumplía todos los requisitos para cubrir el puesto. Así que, le hice la entrevista y finalmente lo contraté.

—Entiendo...

—Pues yo no.

Dice Alex mientras la veo salir del baño con un botiquín. Se sienta al lado de Henry y le empieza a limpiar la sangre de la cara con agua oxigenada.

—Seréis brutos. Parecéis críos y no adultos. Lo que tenéis que hacer es dejar el pasado atrás y mirar hacia adelante, ¿no creéis? Maldita sea, chicos; sois humanos y los humanos se equivocan. Henry se equivocó y está arrepentido de haber tomado la decisión que tomó, ¿me equivoco?

Henry afirma y retira lentamente la mano de Alex de su cara.

Mira a Cole, el cual está limpiándose él mismo las heridas y le ofrece su mano. Cole la mira, lo mira a él y finalmente se la estrecha.

—Lo siento, amigo. Lo siento de verdad. Si hubiera sabido... yo no quise...

—Ya está, tío, ya está. Hagamos caso a lo que ha dicho Alex y dejemos el pasado atrás. Lo hecho, hecho está y ya no se puede hacer nada. Ahora centrémonos en lo importante, que es encontrar a Lannie y salvar tu empresa, ¿de acuerdo?

Henry asiente y Alex y yo sonreímos. Nos miramos y veo como pierde la sonrisa poco a poco y baja la cabeza. Maldita sea, me duele verla así. Ojalá pudiera sentir algo por ella, pero no puedo, ya que solo veo en ella a una buena amiga.

Escucho sonar mi teléfono y al mirar el identificador de llamadas, veo que es una llamada de la comisaría. Descuelgo y al escuchar a mi compañero sonrío.

—Dime, Steven.

—Frank, tío. Te llamo porque tenemos en comisaría a una mujer que está histérica y no hace más que preguntar por ti. ¿Conoces a una tal Lannie Colton?

Me pongo en pie de golpe y miro a Cole y a Henry.

—¡Que no se vaya! ¡Retenla ahí pase lo que pase! ¿Me escuchas? ¡Dile que voy para allá enseguida!

Cuelgo y recojo la chaqueta.

—Lannie ha aparecido. Está en comisaría. ¡Vamos!

Los tres se levantan de golpe y salen por la puerta detrás de mí.

Capítulo 18

«No, no, no. Otra vez no».

Mi teléfono suena y al ver «número oculto» en la pantalla, sé que se trata de nuevamente de él. No quiero coger la llamada, cada vez que lo he hecho siempre me ha dicho lo mismo... «Abandona la ciudad o morirás».

En otras, solo se escuchaban gemidos y suspiros, dándome a entender que el que me llamaba, estaba manteniendo relaciones sexuales en ese momento. Pero, ¿por qué yo? ¿Qué quiere ese hombre? Esa voz distorsionada que no hace más que amenazarme e intimidarme para que me vaya de Nueva York.

Llaman al timbre de la habitación y pego un brinco. Miro hacia la puerta y un sobre se desliza por debajo. Me levanto de la cama con las piernas temblándome, recorro el camino sintiendo cómo el corazón me cabalga a toda velocidad en mi pecho. La verdad es que estoy aterrorizada y con los nervios al máximo.

Recojo el sobre, lo abro con manos temblorosas y, al leer lo que pone, no lo soporto más y una lágrima se desliza por mi mejilla.

Te vigilo, vete de la ciudad ya. Es el último aviso.

No te pongas en contacto con nadie, o esa persona pagará las consecuencias.

No habrá más llamadas. Vete.

La quinta nota ya. ¿Qué hago? No puedo llamar a nadie para que me ayude. Ni a Frank, ni a Henry, de Alex mejor me olvido después de lo que me dijo. Me quedo quieta en el mismo lugar pensando qué hacer. ¿Me voy? La verdad

es que tendría que hacerlo, ya no tengo nada que me ate a esta ciudad.

«Sí, Lannie, lárgate de aquí y empieza de cero en cualquier otro lugar. Cambia de vida, de todas maneras, desde hace meses lo único que has conseguido ha sido llevarte un disgusto tras otro».

Abro el armario y empiezo a colocar la ropa encima de la cama. Cojo la maleta y al abrirla, una enorme cucaracha sale de ella. Pego un grito y al verla caer al suelo, empiezo a pisarla y a pisarla y a pisarla, al mismo tiempo que no paro de gritar. Amargas lágrimas se deslizan por mis mejillas al ver la difícil situación en la que me encuentro. ¡Lo he perdido todo y no sé por qué! Solo sé que hay alguien que me quiere fuera de aquí y no logro entender el motivo. Así que, me desquito con el bicho que yace en el suelo aplastado, ya que no puedo hacerlo con el maldito cabrón que me tiene atemorizada.

Me limpio las lágrimas, respiro hondo y meto en la maleta la ropa y el neceser que tengo en el cuarto de baño. Mi estómago ruge y me doy cuenta que desde la hora del desayuno no he comido nada. Maldita sea, las ocho de la tarde y a estas horas ya debe estar todo cerrado. Entonces, me viene a la cabeza una pequeña tienda que está abierta por las noches y que está a unos diez minutos de aquí andando. Cierro la maleta, cojo el teléfono, la llave de la habitación y salgo por la puerta.

Una vez en la calle, miro en todas direcciones por si veo algo sospechoso. Una persona, un coche... algo que haga que tenga que dar media vuelta y entrar de nuevo en el motel, pero, al no ver nada fuera de lugar, empiezo a caminar a un buen ritmo y en diez minutos llego a la tienda. Entro y compro una bolsa de patatas fritas y helado de vainilla; la verdad es que no me apetece nada más.

Pago al dependiente, salgo y empiezo a recorrer el camino de vuelta. Cuando estoy a dos calles de llegar, veo a una figura encapuchada dirigiéndose en mi dirección lentamente. Me detengo, miro hacia atrás y lo miro de nuevo a él. Me fijo en su postura. Lleva las manos en los bolsillos de la sudadera y no aparta la mirada de donde estoy yo. Siento como me estoy empezando a poner nerviosa y como el miedo empieza a apoderarse de mí, así que, doy media vuelta y empiezo a caminar a un buen ritmo. Cada paso que doy hace que mi respiración se acelere y mi pánico aumente. Me giro y ahí está él, acelerando el paso también.

—¡Joder! —grito y empiezo a correr.

Tiro la compra al suelo porque no quiero que nada me entorpezca y, cuando estoy a punto de llegar a la tienda, me fijo en un pequeño callejón a mi izquierda. Me meto en él y cuando veo que es un callejón sin salida me detengo de golpe, pero, así como lo hago, un brazo me rodea de repente el cuello, otro la cintura y me aprieta contra él. Empiezo a forcejear, le sujeto el brazo con mis manos intentando que me suelte, ya que, la presión que ejerce en mi garganta hace que me cueste respirar. Le clavo las uñas con todas mis fuerzas, lo escucho gruñir, y segundos después me estampa de un golpe contra la pared, cosa que hace que retire el brazo de mi cuello y lo coloque en mi nuca, haciendo que mi mejilla izquierda quede pegada a la rugosa pared y note una ligera quemazón a causa del golpe.

—Te avisé y no te has ido, puta. Te dije que te fueras de la ciudad y sigues aquí. Ha llegado tu hora.

No sé qué se apodera de mí en ese momento, pero una mezcla de rabia, cabreo, frustración, miedo... puede que sea la adrenalina del momento, no lo sé, pero cuando noto como afloja un poco la presión en mi nuca, aprovecho y le doy un fuerte pisotón, lo que origina que él me suelte y se incline hacia abajo. Me doy la vuelta y ese pequeño lapsus me viene genial para levantar mi pie y meterle una fuerte patada en las pelotas, haciendo que grite, se arrodille con las manos en la zona golpeada, y yo pueda salir corriendo.

Una vez fuera del callejón, corro como no he corrido en mi vida durante lo que me parece a mí una eternidad.

Corro y corro, lo hago durante no sé cuánto tiempo y, tiempo después, no sé cuánto, a lo lejos veo la comisaría de policía y me dirijo hacia allí, notando un dolor punzante en mi costado derecho. Subo las escaleras y abro la única puerta que me queda para poder sentirme a salvo con todas mis fuerzas, lo que causa que la estampe contra la pared.

—¡Frank! —Grito con todas mis fuerzas entrando en la sala— ¡Frank!
—Vuelvo a gritar y veo como todo el mundo deja lo que está haciendo y se queda mirándome—. ¡Por favor, por favor ayúdenme! ¡Busco a Frank Hughes!
¡El detective Frank Hughes!

Apoyo mi espalda en la pared por culpa del temblor que siento en las piernas. Estoy cansada, agotada y noto como las pocas fuerzas que me quedan me están abandonando. Me deslizo por la pared hasta acabar sentada en el suelo, con las piernas pegadas a mi pecho y sin poder soportarlo más, empiezo a llorar desconsoladamente. Apoyo la frente en mis rodillas, y dejo salir todo lo que llevo dentro. La rabia, la frustración, el dolor, el miedo... todo.

Una mano me toca en el hombro y pego un respingo.

—Tranquila —me dice un hombre de unos treinta y pocos años. Es alto, rubio y delgado—. Soy el detective Morgan, el compañero de Frank. En este momento no se encuentra en la comisaría, pero si quiere, puedo ponerme en contacto con él. ¿Quiere que lo haga?

Asiento y me ofrece la mano, la cual acepto y me ayuda a levantarme del suelo.

—¿Se encuentra bien?

Me pregunta señalando mi mejilla izquierda. Me la toco y me escuece. Miro mi mano, pero al no ver sangre simplemente asiento.

—Bien, señorita...

—Colton. Lannie Colton.

—Señorita Colton, sígame a mi mesa si es tan amable y haré esa llamada.

Lo sigo pero al dar un paso me tambaleo. Él me sujeta el brazo ayudándome a mantener el equilibrio y frunce el ceño.

—¿Seguro que se encuentra bien?

—Sí. Es solo que he venido corriendo unas... cinco manzanas más o menos y me duele el costado. No estoy acostumbrada a hacer ejercicio.

Me sonrío y me hace señas con la cabeza para que lo acompañe. Una vez en su mesa me señala una silla y me siento. Me aprieto el costado al doblarme para sentarme ya que me duele bastante y cuando lo he hecho, suspiro.

«Maldito flato», pienso y me digo que tengo que ponerme a hacer ejercicio.

El detective Morgan levanta el auricular y hace la llamada. Segundos después escucho como pronuncia el nombre de Frank.

«¿Qué si me conoce? ¿Eso le pregunta? ¿Acaso no me ha creído? Será posible el tío este...»

—Bien, ya viene de camino. ¿Necesita algo?

Me pregunta después de colgar.

—La verdad es que me vendría genial un vaso de agua sino le importa.

—Desde luego. Ahora mismo se lo traigo.

Se levanta y apoyo la espalda en la silla. Joder, estoy hecha polvo. Siento una enorme debilidad en mis extremidades y veo como poco a poco se me empiezan a difuminar las cosas a mi alrededor. Aprieto mis párpados con fuerza y vuelvo a abrir los ojos, pero la cosa sigue igual. Es más... todo empieza a darme vueltas.

—Señorita Colton. Señorita Colton, ¿me escucha?

—¿Frank? —pregunto intentando enfocar la vista en esa lejana voz, pero mis ojos empiezan a cerrarse sin poder hacer nada para evitarlo. Hasta que, de repente, se vuelve todo negro.

Henry

Llegamos a comisaría y Frank deja el coche enfrente de la puerta. Nos bajamos los cuatro rápidamente y así como empezamos a subir las escaleras, una camilla sale por la puerta principal, con tres técnicos sanitarios atendiendo a alguien y dos policías siguiéndolos detrás.

—¡Frank!

Grita uno de ellos.

—¡La chica que ha pedido por ti va en esa camilla!

Me giro automáticamente y veo como la meten en una ambulancia que hay a pocos metros del coche de Frank.

—¡¿Pero de qué coño hablas, Steven?! ¡No me dijiste que estuviera herida cuando me llamaste!

Le grita Frank acercándose a él a grandes zancadas. Me acerco a ellos al mismo tiempo que Cole y Alex para enterarme de qué le ha pasado a Lannie.

—¡¿Qué le ha pasado a mi hermana?! —Pregunta Cole a punto de perder los nervios.

—¡No lo sé! ¿De acuerdo? ¡Parecía que estaba bien! Simplemente me levanté para darle un vaso de agua y cuando llegué para entregárselo se desmayó delante de mis narices. Cuando me fijé en como su mano derecha caía flácida a su lado, vi que la tenía manchada de sangre. Algo le ha pasado, pero no tengo ni idea de qué ha podido ser. Lo primero que he hecho ha sido llamar a una ambulancia y la he atendido lo mejor que he podido mientras esperaba a que llegara. Tiene un corte en la zona abdominal derecha, no es un corte muy profundo, pero al haber venido corriendo hasta aquí según me ha contado... ¡He hecho lo que he podido, maldita sea!

—De acuerdo, tranquilo, Steven. Gracias, ¿de acuerdo? Te agradezco que hayas llamado a la ambulancia y que hayas cuidado de ella.

—¿A qué hospital se la llevan? —Pregunto adelantándome un paso.

—Al County. Solo sé eso.

—Bien. Me voy —les hago saber dando media vuelta y así como paro un taxi y entro, Cole y Alex se meten conmigo en él.

—Al County —dice Cole y me fijo en como cierra con fuerza sus puños

sobre sus rodillas.

Ha de estar bien, ha de estar bien. No puede pasarle nada, Dios mío. Tengo tanto que hablar con ella, tanto que decirle. Por favor, no permitas que le pase nada. Por lo menos dame la oportunidad de poder hablar con ella, Dios... Por favor.

Capítulo 19

Henry

Llevamos más de una hora esperando a que alguien salga y nos diga algo. Cole no para de dar vueltas delante de mí, y Alex está sentada a dos sillas de la mía llorando. No ha dejado de hacerlo desde que en el control de enfermería nos han dicho que, en ese momento, la estaban atendiendo pero que aún no sabían nada de su estado.

Hace media hora más o menos, Cole ha recibido una llamada de Frank comunicándole que estaba de camino pero aún no ha aparecido. La verdad es que no sé porque tarda tanto en llegar. Tengo que hablar con él porque esto ya se está saliendo de madre. Algo dentro de mí me dice que, lo que le ha pasado a Lannie no ha sido casualidad y pienso averiguar quién ha sido el culpable para hacérselo pagar, y lo hará, vaya si lo hará, aunque me lleve una eternidad.

Una voz que reconozco hace que mire en esa dirección y Frank aparece girando la esquina. Está hablando por teléfono y tiene el ceño fruncido.

—Bien. Déjalo todo encima de mi mesa. Sí, sí, acabo de llegar. Te mantendré informado, Steven. Gracias.

Me levanto y me dirijo a él junto a Cole.

—¿Se sabe algo?

Pregunta y Cole y yo negamos.

—Estaba hablando con Steven. Han traído a comisaría hace un rato una bolsa con helado derretido, comida, la llave de un motel y una cartera. Cuando han visto por el contenido de la cartera, a quién pertenecía todo, se lo han

dado a Steven y él enseguida me ha llamado. Eran de Lannie. Por lo visto se estaba alojando en el Rock Ledge desde hace tres días. He tardado en venir porque quería pasar antes por ahí para ver si averiguaba algo. Pero, cuando he entrado en la habitación que ocupaba, a parte de una maleta cerrada, no he encontrado nada más.

—¿Estaba en el Ledge? ¡Pero si ese es un motel de mala muerte! ¿Por qué ha ido ahí?

—Ni idea. Pero en cuanto tenga la oportunidad de hablar con ella se lo preguntaré, aparte de otras cosas que necesito saber.

—¿Familiares de Lannie Colton?

Pregunta un hombre vestido de blanco.

—Yo soy su hermano.

Escucho decir a Cole. Nos dirigimos los tres hacia el médico pero Alex no. La miro y la veo con la cabeza agachada y con las manos unidas en su regazo.

—¿Cómo está Lannie, ¿doctor?

Tras la pregunta de Cole miro al médico, pero, al verlo negar imperceptiblemente, el miedo empieza a apoderarse de mí.

—La señorita Colton está estable ahora mismo. La verdad es que la herida ha sido poca cosa, así que no se preocupen, porque no ha corrido peligro en ningún momento, señores. Solo era un simple corte sin importancia. Lo que nos preocupaba, sin embargo, es su estado nervioso. No ha hecho más que llamar a un tal Frank desde que ha abierto los ojos. ¿Es alguno de ustedes?

—Sí, doctor. Soy yo.

—Bien, pues acompañeme, por favor. He tenido que inyectarle un calmante suave para que se tranquilizara, ya que tenía las pulsaciones demasiado aceleradas y la tensión alta.

—¿Cuándo podremos entrar a verla? —Pregunto, porque las ganas de ir a abrazarla pueden conmigo.

—Si se encuentra más tranquila, en cuanto haya salido el caballero los demás podrán pasar a verla, ¿de acuerdo?

Asentimos y vemos a Frank desaparecer por la puerta junto al médico.

—En cuanto Lannie salga del hospital me la llevaré de vuelta a Chicago. Ya estoy cansado de que sufra. No sé cómo estaba antes de empezar a trabajar para ti, Henry, pero desde que empezó a hacerlo, solo sé que su vida ha sido una auténtica pesadilla y no lo voy a consentir.

Se la va a llevar, y lo entiendo. No sé el motivo que trajo a Lannie a venir a vivir a Nueva York. A decir verdad, tampoco sé ni el tiempo que lleva viviendo aquí. Sé tan poco de ella desde de que me marché de Chicago años atrás...

Solo que se dedicó a estudiar y a labrarse un futuro; y que, la casualidad, o el destino, no sé, acabaron trayéndola de nuevo a mí.

Tal vez Lannie sea realmente la mujer que realmente tendría que tener a mi lado, o tal vez no. Porque si fuera ella... maldita sea me lo están poniendo realmente difícil. Además, tampoco sé qué siente realmente por mí. ¿Aún siente algo? ¿O los años se dedicaron a sacarme definitivamente de su corazón?

Pero antes de tomar una decisión tienes que ser completamente sincero contigo mismo. ¿Qué sientes por ella, Henry? Porque tienes que admitirte a ti mismo, que, desde que apareció por la puerta de tu despacho te impactó. Algo se removió en tu interior desde que la viste y no por ver precisamente a una jovencita, sino a una preciosa mujer.

Frank aparece de nuevo, y Cole y yo nos dirigimos hacia él. Parece que está enfadado por la cara que trae. ¿Qué habrá pasado ahí dentro?

—¿Cómo está? —Le pregunto sabiendo que lo que me diga será primordial para tomar una decisión.

—Bien. Dentro de lo que cabe, la he visto bien, pero tenemos que hablar. Me ha explicado lo que le pasó y, aunque me ha pedido que por favor no diga nada, tenéis que saberlo.

Asiento y Cole se adelanta un paso.

—¿Le has dicho que estoy aquí?

Le pregunta a Frank y él niega.

—No. Y me ha dicho que no quiere ver a nadie. Solo le he dicho que había venido con Henry y con Alex, pero, en cuanto he dicho sus nombres, simplemente ha negado con la cabeza y me ha dicho «llévatelos». No ha querido decirme el motivo, aunque me lo imagino. Solo le he dicho que cuando saliera del hospital me la llevaría a mi apartamento y ha aceptado. Y me ha costado muchísimo convencerla para que lo hiciera, chicos, mucho. Porque su única idea era la de marcharse de aquí. Pero, después de darle a conocer mi punto de vista y de darle varios argumentos, finalmente ha decidido aceptar mi oferta.

No quiere verme. Maldita sea, no quiere saber nada de mí. Aún debe estar dolida por todo lo que pasó y lo que le dije la última vez que la vi, y lo entiendo, pero... «Maldita sea, tío, no haces más que cagarla con ella».

—¿Por qué no le has dicho a mi hermana que estaba aquí, Frank?! Me la quiero llevar a Chicago. Ya puedes olvidarte de la idea de llevártela a tu casa, tío. ¡Olvídate! Ella se irá conmigo en el primer vuelo que pueda coger de vuelta a casa.

—Pues precisamente por ese mismo motivo. No se puede ir después de lo que me ha contado, Cole. Está metida en un lío, necesita ayuda y protección y pienso dársela. Soy policía, y sé que mejor protección que la mía no la tendrá con nadie. Y que se vaya a Chicago no resolverá el problema, maldita sea. Si realmente quieren hacerla desaparecer, la distancia no será un impedimento, te lo aseguro.

¿Desaparecer? ¿Pero, de qué cojones está hablando este hombre?

—Explica eso de que quieren que desaparezca, Frank. Porque me da la impresión de que la cosa es peor de lo que me imaginaba, ¿me equivoco?

Niega y nos señala las sillas para que nos sentemos. Lo hago al lado de Alex, la miro, cojo su mano, pero ella no reacciona, es más, sigue cabizbaja y en la misma postura que antes de que llegara el médico. ¿Pero, qué le pasa? Vale que lo hizo mal con Lannie al igual que yo, pero, esa falta de reacción por su parte a todo lo que está sucediendo, realmente no la entiendo. ¿Qué se le estará pasando por la cabeza para estar así? Actúa como si no le importara nada, como si todo este lío le resultara totalmente indiferente; pero conociéndola como la conozco, creo que realmente es todo lo contrario. Hablaré con ella en cuanto tenga ocasión de hacerlo. Esto ya no puede continuar así.

—Disculpadme un momento.

Aparta su mano de la mía, se levanta y se aleja por el pasillo.

—¿Y a esta qué le pasa? —Pregunta Cole con el ceño fruncido, mirando cómo gira la esquina y desaparece.

Me encojo de hombros y, cuando miro a Frank, él simplemente niega.

—Ya hablaremos con ella, chicos, ahora centrémonos en Lannie y en cómo podemos ayudarla.

Nos pide Frank y Cole y yo asentimos.

—Solo os diré, que Lannie ha estado recibiendo llamadas y notas amenazadoras, en la que le instaban a que abandonara la ciudad. Siempre, por lo que me ha explicado le decían lo mismo. «Vete de Nueva York, abandona la ciudad o morirás».

—Pero qué cojones... ¡Me la llevo, maldita sea! ¡Vaya si me la llevo!

—Cálmate, Cole, y déjame terminar.

—¡He dicho que se irá conmigo!

—¡Y yo te digo que no! ¡Es la testigo principal de la investigación, maldita sea! ¡No se puede ir porque nos hará falta para el caso!

—¡A la mierda el caso y a la mierda todo, Frank! ¡Es mi hermana, la única que tengo, y, si quieren que se vaya para que la dejen en paz lo haré! ¡Y ya puede venir la puñetera guardia nacional a detenerme que me dará completamente igual ¡Me la llevaré de vuelta a Chicago y se acabó!

—Cole... —susurro y él me mira con los rasgos muy tensos.

—Tú cállate y no te metas, Henry. No quiero hacerte daño.

—¿Tú a mí? —me levanto y me sitúo frente a él—. ¿Vas a empezar de nuevo a echarme la culpa de todo? Qué pasa, Cole, ¿acaso también tengo yo la culpa de las notas? ¿De las llamadas? ¡Échame también la culpa, ya que estás, de todas las desgracias que ocurren en el mundo, vamos! ¡Porque por lo visto y según veo la culpa de todo lo que le sucede a tu hermana es mía y solo mía, joder!

—¡Calmaos, maldita sea! ¡Henry siéntate! ¡Y tú, Cole, o te calmas o te dejas fuera de esto! ¿Entendido? En este momento necesitamos tener la mente fría; ¡no necesitamos estar recriminándonos nada! ¡Así que, más te vale que te calmes o te largas de vuelta a Chicago a la de ya! ¡¿Te ha quedado claro?! Lo que menos necesito ahora mismo es a un *Neanderthal* que me ponga histérico y que no sepa controlarse. ¡Así que ya lo sabes, o te calmas, o te cierra!

—No serás capaz...

—Ponme a prueba y te demostraré de lo que soy o no soy capaz, Cole. Y no bromeo.

Cole resopla, asiente y mira las puertas que nos separan de donde está Lannie.

—Bien. Punto número uno. Todo el jaleo empezó poco tiempo después de que Lannie empezara la auditoria. Punto número dos. Tengo la sospecha de que tu ex está metida en el ajo, Henry, y si todo va bien, podremos demostrarlo. Punto número tres. Tu jefe de contabilidad, has de echarlo inmediatamente de

la empresa y tendrás que poner a Alex en su lugar y punto número cuatro. Tu secretaria, también fuera. A ver, no te estoy diciendo cómo dirigir la empresa, ni lo que tienes que hacer con ella; simplemente estoy eliminando de la ecuación a los principales sospechosos y esos tres, como puedes deducir por la relación que tienen, me da la impresión de que tienen que estar cubiertos de mierda hasta el cuello.

—Pues no es mala idea —me dice Cole y afirmo. La verdad es que si me paro a pensarlo detenidamente, en el tema del desfaldo podrían estar implicados esos tres. Además, Brigittey tiene acceso a toda mi documentación, Brandon, como jefe de contabilidad, puede hacer y deshacer lo que le venga en gana con la facturación de la compañía, y... Sharon... esa arpía podría tener un buen pellizco de las ganancias guardadas en algún sitio y pienso averiguar dónde. A mí nadie me roba y se queda tan ancho.

—Hijos de mala madre... —susurro sintiendo como ardo de rabia por dentro—. Me han tomado el pelo como han querido y más. Hay que averiguar dónde coño tienen ese dinero, Frank. La relación que tienen... desde cuando se conocen... todo. No podemos dejar ningún cabo suelto. Tengo que recuperar todo ese dinero que me han robado, ¡todo! Cuando acabe con esos tres, quiero estar seguro de que no les quede ni para comprarse ropa interior. ¡Quiero dejarlos hundidos en la mierda y sin nada!

—Y para eso, chicos, Lannie tiene que quedarse aquí. Ella es la que ha estado haciendo la auditoría, ella es la que está al tanto de todo lo que se ha desfaldado. Junto a Alex como jefa de contabilidad, tendrán acceso a los archivos de Brandon, y, de esa manera, puede que tengamos alguna oportunidad de sacar algo en claro. Pero sin ella, ya os digo que será muy difícil.

—No sé...

—Cole. Te entiendo, pero es necesario. La necesitamos. Y no te preocupes que cuidaré de ella.

—Cuidaremos. Todos lo haremos —enfatiso para que no quede ninguna duda de ello—. Nos pegaremos a ella y no la dejaremos sola en ningún momento, Cole. Ninguno de nosotros. Pero es cierto todo lo que ha dicho

Frank, tío. La necesitamos. La necesito.

Niega, inspira profundamente, cierra los ojos y apoya la cabeza en la pared.

—De acuerdo.

La resignación con que ha dicho esas dos palabras, hacen que me dé cuenta de que le ha costado muchísimo. Pero la verdad, es que le estoy inmensamente agradecido por ellas.

—Pero os lo advierto. Como le pase algo a Lannie, ya podéis correr, porque os juro que no habrá lugar en el planeta donde os podáis esconder de mí. Y si, es una amenaza. Quiero que tengáis bien presente que, antes que nada, incluso antes que tu jodida empresa, tío, está ella, ¿ha quedado claro?

—Ha quedado claro —le digo para que sepa que ella también es y siempre será mi prioridad.

Capítulo 20

Después de veinticuatro horas en el hospital, finalmente el médico me ha dado el alta.

Cuando Frank entró ayer en la habitación y me dijo que me quedara en su casa después de contarle todo lo que me hacía sucedido, sinceramente, estuve a punto de decirle que no, pero, pensé que realmente y en mi situación, no había nadie mejor que él, un policía, para cuidar de mí.

En cuanto me pidió que fuera con él, la primera persona que me vino a la cabeza fue Alex. ¿Sabrá realmente lo que me ha pedido Frank? ¿Se habrá sentido mal al saber que no quería verla? ¿Y Henry?

—Henry... —Suspiro y cierro los ojos porque no sé qué hacer con lo que siento en mi interior y todo el lío que llevo en mi cabeza.

Me ha hecho daño, sí. Con la manera que me trató hace unos días, me demostró que, o bien le importaba poco, o que le había dolido lo que había visto y, su manera de protegerse, fue demostrando indiferencia hacia mí y ese fue el motivo de que acabara tratándome de una manera tan fría e impersonal.

Lo que tengo claro, es que después de todo lo vivido con él, lo mejor es que cierre definitivamente mi corazón. Que lo amuralle, que cree una pared fuerte e inexpugnable y que no lo deje entrar pase lo que pase. Sé que me costará muchísimo, porque en estos meses no todo han sido problemas con él. Ha habido veces que lo he visto mirarme con deseo, otros de una manera indescriptible, como... como si no supiera cómo actuar en mi presencia. No sé... pero tanta inseguridad por mi parte y las diferentes maneras en que se ha comportado en mi presencia, con sus cambios de actitud, han hecho que tome esta decisión por mucho que me cueste, y es la de decirle adiós definitivamente a lo que siento, y a él.

—¿Se puede?

Frank asoma la cabeza por la puerta y le sonrío.

—Claro que sí, hombre. Sabes que eso no tienes ni que pedírmelo.

Me devuelve la sonrisa y entra.

—Te he traído una visita, Lannie.

—No, Frank, ya te dije que ellos...

—Tranquila, Lannie, no son ni Alex ni Henry. Que por cierto, ya hablaremos de esos dos en cuanto te hayas instalado en mi casa, ¿de acuerdo? No puedes seguir así y, hay un par de cosas que necesitas saber.

—¿Quién es la visita? —Le pregunto cambiando de tema y frunzo el ceño. La verdad es que no tengo ningunas ganas de hablar ahora mismo de esos dos.

—Vale, vale —levanta las manos al ver mi cara— Ahora mismo lo hago entrar —aclara saliendo por la puerta.

¿Lo? ¿Un hombre?

Segundos después se abre la puerta, y, al ver quién la atraviesa, mi corazón pega un brinco, y me pongo a llorar.

—¡Cole! —exclamo abriendo mis brazos. Las lágrimas corren libremente por mis mejillas y una increíble sonrisa aparece en mi rostro. ¡No puede ser. No puede ser que esté aquí!

Se acerca a grandes zancadas a mi cama, se sienta y me abraza con todas sus fuerzas. Al sentir después de cuatro años su abrazo, su gran cuerpo engullendo al mío, una gran alegría me invade, al mismo tiempo que una inmensa calma.

«Cole está aquí, está a mi lado. A su lado ya no podrá pasarme nada, lo sé. Él me cuidará, cuidará de mí como siempre ha hecho».

—Shhh, tranquila, hermanita, tranquila. No pasa nada, cariño, ya estoy aquí, ya estoy aquí —me susurra al oído al mismo tiempo que me mece como

hacía años atrás cuando estaba mal. Como ha hecho siempre que lo he necesitado.

—Cole, no te imaginas cuánto te he echado de menos, cuanta falta me has hecho.

Lo miro y veo que en estos cuatro años ha cambiado un poco. Su pelo azabache está más corto de lo que normalmente suele llevarlo. Una barba de tres días cubre sus mejillas y, ¿está más grande? No sé, pero hay algo en él...

Coloco las manos en su pecho y aprieto. Está más hinchado y más duro, al igual que sus brazos, ahora que me fijo bien.

—Lannie, ¿se puede saber qué haces?

—Vaya, hermanito —sonrío y niego— te has puesto fuerte, ¿eh, pillín? Porque si no ya me dirás de dónde han salido estos músculos —le digo al mismo tiempo que toco su pecho con una mano y la tableta de chocolate que se intuye debajo de la camiseta con la otra. —¿No tienes nada que contarme? ¿Algún motivo habrá para que estés... mmm... cómo lo diría yo?

—Cuadrado —dice Frank.

—¡Eso, cuadrado! —me pongo a reír y me fijo en como enrojece.

—Lannie, «bicho bola», déjalo estar, puñetera, que aún estoy a tiempo de meterte una colleja.

Me pongo a reír después de escuchar de nuevo ese apelativo que hacía tanto que no escuchaba, apelativo que antes odiaba y que, ahora, hasta me ha sonado cariñoso.

—¿A mí? ¿A una mujer que está convaleciente? Venga yaaa... —le reclamo haciendo un puchero con los labios— te conozco y sé que no serías capaz, hermanito. Ya no. —Le guiño un ojo y me abraza de nuevo.

—Joder, Lannie —gime— menudo susto me has dado, hermanita.

Suspiro al encontrarme de nuevo entre sus brazos, ya que siempre me he

sentido a salvo entre ellos. Miro a Frank y delecto un «gracias» con los labios, a lo que él sonríe y asiente.

—Tengo entendido que te dan el alta.

—Sí. Estoy esperando a que el médico traiga el informe y seré libre para salir de aquí. ¿Me llevarás contigo, verdad? Ahora que te tengo aquí, quiero volver a casa, Cole. Quiero regresar a Chicago contigo.

Mira a Frank, cierra los ojos y, después de soltar el aire entre dientes, finalmente los abre y me mira a mí. No me gusta esa mirada... es cómo si...

—No es posible, cariño. Lo lamento pero, estando como están las cosas en este momento, lo mejor es que permanezcas aquí.

—¿¿Qué?! ¿Pero de qué hablas? ¡Precisamente por cómo están las cosas es mejor que me vaya y desaparezca de aquí, Cole! ¡Quieren acabar conmigo y me quiero largar de aquí! ¿Es que no lo entiendes? ¡Tengo que irme, Cole!

—Te entiendo, de verdad que te entiendo. Y, te aseguro, Lannie, te juro, que es lo que yo quería hacer también en cuanto me enteré de toda la situación. Pero... ahora mismo te necesitamos para atrapar a esos tres cabrones.

¿Qué? ¿Pero de qué me está hablando? ¿A qué tres cabrones se refiere?

Pongo cara de no entender nada y le pide a Frank que se acerque y me lo explique. Cole se levanta de la cama, se dirige a la ventana y se pone a mirar el exterior.

—Verás, Lannie —me dice Frank sentándose en el lugar de Cole y me sujeta la mano entre las suyas—. Creemos, después de varias cosas que hemos visto, que, la exmujer de Henry, Brandon, y Brigitte, la secretaria de Henry, están compinchados y son los culpables del desfalco.

—¿La exmujer de Henry? ¿Te refieres a Sharon?

Afirma y me quedo de piedra. ¿Henry se ha divorciado de esa arpía estirada? Madre mía de mi vida. ¿Ocho años de matrimonio y se divorcia? Pero... ¿por qué? ¿Cuándo?

—Por lo poco que sabemos y, por lo que nos ha contado él, su matrimonio hacía mucho que no iba bien, Lannie. Además, encontré a su mujer en el despacho de Brandon junto a Brigitte manteniendo relaciones sexuales.

—Joder... —susurro al darme cuenta ahora de algunas cosas—. ¿Ellos son los que desfalcaban, ¿verdad? ¡Lo tenían a huevo, Frank! Brandon variando las facturas, Brigitte pasándole a él información confidencial y Sharon... al tener pleno acceso a las cuentas de Henry y de la empresa... ¡Maldita sea, menuda bruja! —grito llena de rabia.

Le doy vueltas a todo el tema y me empiezan a cuadrar algunas cosas.

—Por eso Sharon quería el despacho en el que yo estaba, ahora lo entiendo. Estaba en ese momento metida en plena auditoría. Si me hubiera ido como ella quería, hubiera tenido acceso a toda la documentación. Además, tenía a Brigitte a pocos metros y el despacho de Henry justo enfrente. Hubiera visto quién entraba, quién salía, ¡todo! Por eso quería que me largara del edificio. No te extrañe que hayan sido ellos los que también hayan querido echarme de la ciudad. ¡Les molesto, Frank, por eso me querían quitar de en medio!

—Es cierto, hermanita. Muy buena teoría. Pero ese no es el problema, cariño. El problema está en demostrar que esos tres están metidos en el ajo y no sabemos cómo hacerlo.

—Las cuentas bancarias. ¿Las has investigado?

—Si, y no hay nada. No puedo mirar las de Sharon ya que, para hacer eso necesitaría una orden judicial y, sin pruebas... Además, para conseguir eso por parte de un juez no sería nada fácil. Esas cosas suelen tardar, a no ser... a no ser que fueran unas pruebas incriminatorias increíbles que no hicieran dudar al juez y firmara la orden enseguida. Pero no tenemos nada.

Sonríó interiormente y miro a mi hermano. Creo que sé qué podríamos hacer. Pero conociéndolo...

—Cole, ¿por casualidad Michael está en la ciudad?

Me mira con cara de sorpresa y mira a Frank. Frunzo el ceño porque me da que me he perdido algo y me cruzo de brazos.

—¿Cole? Solo tienes que decir sí o no. No te he hecho una pregunta tan difícil, hermanito.

—¿Y para qué quieres saberlo? ¿Qué se te está pasando por la cabecita, Lannie?

—Lámalo y dile que coja el primer vuelo, Cole. Solo dile que es muy urgente y que lo necesito.

—No vendrá, Lannie. Lo llamé hace dos días y...

—Dame tu teléfono —le ordeno alargando la mano, pero al ver que no hace ningún movimiento para obedecerme, resoplo—. Cole, dame el maldito teléfono si queréis que os ayude. De lo contrario, te juro que seré yo la que coja el primer vuelo que salga hacia Chicago en cuanto salga de aquí. Os dejaré tirados, chicos y no bromeo.

Me lo da después de escucharme y busco en la agenda el número de teléfono de mi primo, le doy a llamar y espero.

—¡Joder, Cole! —grita Michael— ¡Te dije que no iré y no lo haré, maldita sea! ¡Me va fatal, tío! ¡Así que no insistas y deja de dar por culo!

—¿Ni siquiera si te lo pidiera tu prima favorita?

—¿Lannie? ¿Eres tú cariño? —Pregunta después de varios segundos. Se ve que no esperaba escuchar mi voz y se ha llevado una sorpresa.

—¿Acaso tienes más primas, Michael?

Lo escucho reírse y carraspear.

—¿Cómo estás, preciosa? ¿Todo bien?

—Precisamente por eso te llamo, Michael. Porque no va nada bien. Estoy metida en un lío enorme y necesitamos... más bien, necesito que vengas a

Nueva York lo antes posible. Por favor, Michael. Sé que no puedes, lo he escuchado, pero mi vida corre peligro, primo. Por favor, sabes que si no fuera totalmente necesario no te lo pediría.

—Un momento, un momento. ¿Me puedes explicar qué significa eso de que tu vida corre peligro, Lannie?

—Ven y te lo contaré.

—Joder, Lannie. Tú sí que sabes cómo ponerlo a uno en un aprieto.

Lo escucho hablar con alguien por lo bajo, susurros que impiden que me entere de la conversación y finalmente un «adiós, gilipollas», por parte de una mujer.

—¿Michael? ¿Michael estás bien?

—Sí, Lannie, sí, estoy bien —suspira—. Mira, mándame tu dirección y ahora mismo reservo un vuelo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Michael. Muchas gracias, y lamento si...

—Mira, déjalo ¿vale? Pásame a Cole que quiero hablar con él.

—Enseguida, pero... antes una cosa más. ¿Sigues siendo amigo de «El Rápido»?

—Pero qué cojo...

—¿Sí o no, Michael?

—¿Para qué necesitas saber eso?

—Porque necesitaría que viniera contigo en el mismo vuelo, primo. Lo vamos a necesitar.

—¡No jodas, Lannie! ¡¿A ese?! ¡¿Pero en qué lío estás metida!?

—Ya te dije que en uno muy gordo. Y no te preocupes por el billete de tu

amigo, Michael. Cole lo pagará.

Al ver la cara de estupefacción con la que me mira mi hermano, sonrío y pongo un dedo sobre mis labios haciéndole entender que no diga nada y le guiño un ojo.

—Bien. Pues nos vemos. Y muchas gracias, Michael. Te deberé una y muy gorda, primo.

—Vaya si me la deberás. Ahora pásame al capullo de tu hermano.

Le paso el teléfono a Cole, y se retira a una esquina. No dice nada excepto algunos «síes» y «noes». Cuelga, me mira y se acerca mirándome muy serio.

—Que te quede claro, hermanita, que ese dinero que me gastaré en el amigo de Michael tarde temprano lo querré de vuelta, ¿entendido?

Asiento y miro a Frank.

—Me da que ese tal «El Rápido» no debe ser alguien que haga cosas muy legales, ¿no? —me pregunta y asiento.

—Digamos que lo vamos a necesitar para lo que tengo planeado.

—¿Que es...?

—Pues muy fácil, chicos —les miro y sonrío ampliamente—. Me disfrazaré y me colaré en casa de Sharon cuando no esté. Y para eso, necesitaré la ayuda del amigo de Michael. Es un maestro con las ganzúas y con las puertas cerradas —afirmo totalmente convencida de que mi idea es una gran idea y de que saldrá todo bien.

—Joder, Lannie. ¡Eso es ilegal! —me grita Frank y le cubro la boca de golpe con la mano.

—¿Y? ¿Y lo que están haciendo ese trío acaso no lo es? —resoplo y enarco una ceja—. ¿Queréis que os ayude? Pues dejadme hacer esto a mi manera, Frank. Además, estate tranquilo que nunca se enterará de que he estado ahí. Ya me ocuparé yo de eso.

Capítulo 21

Dos días después

Entro por la puerta del piso de Frank, en el cual me alojo desde que salí del hospital hace dos días cargada como una mula. He tenido que ir a hacer una compra considerable a la tienda de la esquina y al final he venido cargada con seis bolsas llenas hasta los topes. Este hombre tenía la nevera prácticamente vacía. Cierro la puerta con la cadera, camino hasta la cocina y lo dejo todo encima de la encimera. Me dejo caer en la banqueta que tiene y suspiro. ¡Maldita, sea estoy agotada! A parte, el calor que hace hoy no me ha ayudado en nada. Tengo la ropa totalmente pegada a la piel, los vaqueros parece que los tuviera pegados a las piernas, las cuales noto húmedas y la camiseta, mejor ni la miro. Debe tener la espalda totalmente empapada y seguro que debe tener unas preciosas ronchas oscuras. Lo sé porque en la zona del pecho ya las tengo.

Me acerco al lavaplatos, abro el grifo y me refresco la cara y la nuca. Recojo mi pelo y me hago un moño bien alto porque me molesta. Odio llevar el pelo suelto cuando hace tanto calor. La verdad es que tendría que haberlo habérmelo recogido antes de salir.

Me apoyo en la encimera con las dos manos y suspiro.

«Una ducha fría, necesito una ducha fría pero ya».

En ese momento escucho la cerradura de la puerta y sé que es Frank el que acaba de llegar.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

—¡En la cocina! —grito para que sepa que estoy aquí.

—Hola, preciosa.

Me da un beso en la mejilla y le sonrío.

—Veo que has estado atareada —señala las bolsas y resoplo.

—Frank. ¿Cómo es posible que estés como estás con la nevera vacía, hombre?

Al ver la confusión en su rostro, decido explicarme mejor.

—Mírate, chaval. Estás fuerte, tienes un cuerpazo increíble y en tu nevera no había nada para comer. ¿Me lo explicas?

Veo como enrojece y la verdad es que lo encuentro muy tierno. ¿Acaso no lo ve? ¿No sabe que está de muy buen ver?

—Maldita sea, Lannie, no me digas estas cosas, chica —dice bajando la mirada y se acaricia la nuca— menudas cosas tienes...

—Pues no he dicho nada que no sea cierto, ¿sabes? Además, hay confianza y pensaba que no te sentaría mal que te lo dijera.

—Y no me sienta mal, pero... pero digamos que no estoy acostumbrado.

—Vale, vale, mejor cambio de tema que te noto un pelín incómodo. Y bueno, cuéntame ¿de dónde vienes? ¿De comisaría? ¿Has ido a ver a Michael al hotel? ¿Está bien alojándose con Henry?

Me mira cómo sino entendiera de que le hablo y se acerca a mí.

—Pero... ¿No te has enterado, Lannie?

—¿De qué me tengo que enterar? Son las ocho de la tarde, he estado casi todo el día fuera de casa haciendo la compra, llevando ropa a la lavandería de enfrente, y he hecho unos recados. He comido fuera, como comprenderás, porque aquí no había nada y por ese motivo no, no me he enterado de lo que sea que me tendría que haber enterado. ¿Me lo explicas?

—¡Uys, perdón!

Nos giramos y nos encontramos a una mujer de más o menos mi edad en ropa interior.

—Disculpad, si hubiera sabido que no estábamos solos, no hubiera salido de la habitación así.

Miro a Frank y se encoge de hombros, como si el que esa mujer estuviera de esa guisa en su casa no fuera cosa suya.

Abre la nevera, frunce el ceño y la cierra de malos modos.

—Pues nada, me tendré que conformar con un vaso de agua —dice y me aparto de su camino.

Nos mira mientras bebe a ambos y al acabar, deja el vaso dentro del fregadero.

—Por cierto, ¿vivís aquí? Porque mi amorcito no me ha dicho nada.

«¿Su amorcito?» Abro la primera bolsa y saco la caja de huevos que he comprado.

—Esta es mi casa...

—Stella.

—Pues... Stella, esta es mi casa. Y Lannie —me señala— es mi invitada junto a...

—¡Pues encantada! —nos dice con una amplia sonrisa mientras yo sigo con los huevos en las manos—. Bueno, yo mejor voy a vestirme y me largo. Y perdona, no me había dicho que vivía acompañado. Creía que esta era su casa. Discúlpame por haberme paseado así por aquí, guapetón, no volverá a suceder.

¿Pero de quién hablaba esta mujer? ¿Su amorcito? ¡Tendrá cara! Aunque... con el cuerpazo que tiene, entiendo que no le dé ninguna vergüenza el pasearse en ropa interior. La verdad es que, si no es modelo, serviría para serlo.

—¿Frank? —le pregunto al escuchar cómo se cierra la puerta de una de las habitaciones.

—¡A mí no me mires! ¡No sabía que habían traído a alguien!

—¿Habían? ¿Quiénes?

—Pues... verás, Lannie, es que...

—¡Ostras!, ¡no os esperaba hasta más tarde!

Esa voz...

Me giro de golpe y abro los ojos como platos al ver a Henry delante de mí con tan solo una toalla rodeando sus caderas, causando que la huevera me caiga de las manos y que los huevos se rompan y acaben desparramados por el suelo.

¿Estaba con... con...? ¡Mierda!, ¿estaba en la cama con esa rubia?

—Joder tío, podrías haber avisado ¿no? ¡Sabes que en mi casa no aguanto según qué! ¡Esto no es un picadero, joder!

Al ver cómo lo mira en plan «¿de qué puñetas me hablas?» lo aparto de malos modos y me dirijo al pasillo. Paso las dos primeras habitaciones y abro la tercera, pero está vacía y con la cama hecha. Cierro la puerta y al abrir la cuarta, veo a la mujer de antes ya vestida besando a Michael apasionadamente, como si se lo quisiera comer enterito y no le hubiera bastado lo que han hecho antes.

Carraspeo, me apoyo en el marco de la puerta y cruzo los brazos.

Michael levanta la mirada y, al verme, abre muchísimo los ojos, corre hacia la cama, —lo que origina que le vea el trasero, uno muy bien puesto, por cierto— coja la sábana, se cubra sus partes y finalmente se dé la vuelta y me mire totalmente enfurecido.

—¡¿Es que no sabes llamar, Lannie?!

—Perdona, pero necesitaba comprobar algo, Michael. Ya puedes seguir con lo que hacías, os dejo.

Cierro la puerta, me apoyo en ella, cierro los ojos y suelto el aire despacio.

«Menos mal que...»

Pero... ¿Y a ti qué más te da, Lannie? Se supone que te tiene que importar un pimiento lo que haga o no haga él con su vida. ¿Entonces...? ¿Por qué al creer que Henry era el que se había acostado con esa, te has sentido como si te hubieran apuñalado en el corazón? Maldita sea, mujer, ¡no hay quién te entienda! ¡Olvídate de él de una maldita vez y sigue con tu vida! ¡Hazlo!

—¿Lannie?

Me incorporo de golpe al escucharlo y lo encaro.

—¿Estás bien? Me tenías preocupado, has salido corriendo de la cocina totalmente blanca, era... parecía que hubieras visto un fantasma.

¿Preocupado? ¿Él? ¡Ja! Y yo soy Juana de Arco y me lo creo. Preocupado dice... ¡Será farsante! ¡Embustero!

Al ver que no digo nada, se acerca a mí pero yo retrocedo y me vuelvo a apoyar en la puerta. Se detiene al ver mi movimiento y me fijo en su mirada. Me mira como si le hubiera hecho daño al dar ese paso atrás apartándome de él. ¿Yo daño? Sí, claro, ahora me dirá que le importo y bla, bla, bla...

—Lannie, tenemos que hablar... yo...

—¿Te importaría ponerte algo de ropa antes? La verdad es que me incomoda verte así —le digo totalmente seria y en tono cortante.

Se pone recto, frunce el ceño, asiente y se mete en su habitación. Joder, la verdad es que no estoy para charlas ahora mismo. Ahora lo que quiero saber es qué puñetas hacen estos dos aquí. Espero que Frank tenga una buena excusa o le caerá una buena bronca.

Me dirijo hacia la cocina en plan toro de Miura, dispuesta a echarle un buen rapapolvo y me fijo en que las bolsas ya están vacías y que ha colocado toda la compra en su sitio. Voy al comedor y lo veo en el sofá esperándome. Palmea el lado vacío que hay a su lado en el sofá y me siento.

—Han venido esta mañana, Lannie. Ha habido un escape de agua bastante importante en el hotel y estaban reubicando a los clientes. Pero como no había suficientes habitaciones libres en el ala que no estaba dañada por las tuberías rotas... Lo siento, sé que tendría que haberte avisado, pero no tenían otro sitio a donde ir.

—Ya, y no hay más hoteles en Nueva York, ¿verdad?. ¿Y Cole? ¿No tenía sitio?

—Lannie. Cole tiene un simple estudio con una habitación y un sofá. No podría haberlos alojado, cielo.

—¡Pues que se busque la vida! ¡No lo quiero aquí, joder!

—No te preocupes, Lannie. Ya me voy —escucho a Henry a mi espalda y me envaró, pero no me doy la vuelta. Poco después oigo como se cierra la puerta de su habitación y me relajo.

—No estás siendo justa con él, Lannie, nada justa.

—Ya, ya. ¿Y todo el daño que me ha hecho? ¿La forma en la que me trató la última vez que hablamos?

—Ya te lo expliqué, se equivocó, tanto él como Alex se equivocaron.

—¡Y aún estoy esperando sus disculpas! ¡Unas disculpas que no han llegado, Frank! Si cree que voy a seguir como si no hubiera pasado nada, es que no me conoce en absoluto.

—Dime una cosa, Lannie. ¿Acaso le has dado la oportunidad de que se disculpe contigo? ¿Cuándo ha tenido tiempo de hacerlo? ¿En el hospital? ¿Dónde no permitiste que entrara a verte? ¿O desde que saliste de él hace dos días? Dime, Lannie, ¿cuándo querías que se disculpara?

Me callo y no le replico. Tengo que admitir que me ha dejado sin palabras porque tiene toda la razón del mundo. La verdad es que no ha tenido la oportunidad de disculparse en ningún momento y encima, hace un rato cuando ha intentado hablar conmigo, lo he cortado de mala manera. Joder, Lannie, te estás luciendo, chica.

—Lannie. Esto que te voy a contar por favor, que no salga de aquí, ¿vale? Solo lo sé yo y no quiero que él sepa que tú lo sabes ¿de acuerdo?

—Claro, dime —madre mía, a saber qué pasa ahora.

—Henry no ha podido irse a ningún otro hotel, porque sus cuentas bancarias están congeladas. Creemos que su ex ha hecho algo, porque el banco no le permite sacar efectivo ni usar sus tarjetas. La verdad es que esa mujer está moviendo muy bien los hilos y poco a poco está consiguiendo lo que quería. Hundir a Henry y seguimos sin poder demostrar nada.

—¿Qué? Pero, cómo... ¿cómo ha podido hacer eso?

—Pues porque él no se acordó de quitar a su ex de sus cuentas. Me dijo que ni cayó, que entre el tema de la empresa, el de su divorcio y luego lo que te pasó a ti... bueno, que no estaba centrado y que cuando se quiso dar cuenta, se encontró que no podía tocar un solo dólar de su dinero.

—No, si encima ahora será culpa mía —susurro entre dientes, pero se ve que Frank me ha escuchado, porque me sujeta de la barbilla con demasiada fuerza para mi gusto y me obliga a que lo mire.

—Estás siendo injusta. No tienes ningún derecho a decir eso, cuando ese hombre que está a punto de marcharse de mi casa y al que vas a dejar en la puta calle —me recrimina señalando por donde se ha ido Henry— y sin ningún lugar al que poder ir, ese hombre, Lannie, estuvo las veinticuatro horas del día en la puerta de tu habitación haciendo guardia, vigilando que no se acercara o aparecieran alguno de esos tres cabrones para rematar lo que empezaron. ¡Ese hombre se ha preocupado por ti más que incluso yo, joder! Nos pidió a tu hermano y a mí que no te dijéramos nada porque no quería que lo echaras, ya que, de esa manera, y aunque hubiera una puerta entre vosotros, por lo menos podía estar cerca de ti. Solo se iba para cambiarse de ropa, dormir un par de

horas, y comer; y, todo eso lo hacía mientras Cole o yo estábamos contigo. Luego, volvía a sentarse en el mismo lugar por horas. Joder, Lannie, tú dirás lo que quieras, pero tengo la impresión de que Henry te quiere, chica. Y mucho.

Capítulo 22

Llevo cerca de cinco minutos delante de la puerta de la habitación de Henry, esperando para hablar con él. En este tiempo he visto al «lío» de Michael salir del piso, y a Michael mirarme con cara de querer matarme. Que por cierto, ya lo pillaré aparte para hablar con él sobre su amigo y de paso para organizar el plan.

—¿Quieres hacer el favor de llamar a la puerta? ¿A qué esperas? —Me susurra Frank desde la esquina del pasillo—. ¡Venga! —hace gestos para que lo haga de una vez y yo le susurro un «lárgate».

Al ver que no lo hace y que sonrío, es más, que se apoya en la pared esperando a que haga algo, le digo sin bajar la voz, «capullo», con tan mala suerte de que, en ese mismo momento, se abre la puerta y Henry aparece con una maleta en la mano y una bolsa de deporte colgada en el hombro. Me mira con el ceño fruncido y yo enrojezco.

—Sé que no tienes un buen concepto de mí, Lannie, eso lo tengo muy claro. Pero creo que el insulto sobraba, ¿no crees?

Me quedo atónita mirándolo, sin poder reaccionar y con la boca abierta. Joder, Lannie, ya la has vuelto a liar.

Pasa por mi lado y, al ver que se me escapa la oportunidad de hablar con él, que es lo que realmente iba a hacer, lo sujeto del brazo y lo detengo.

Mira mi mano en su brazo, me mira a mí y la fría mirada que me dirige, hace que retire mi brazo de golpe. Admítelo, Lannie, eres una cobarde y esa mirada ha hecho que la poca valentía que te quedaba para hablar con él, haya salido volando.

Suspiro y lo sigo a cierta distancia. Lo veo dirigirse a Frank y después de un abrazo y un cuídate por parte de Frank, veo cómo sale por la puerta y la

cierra a su espalda.

Se ha ido. Finalmente se ha ido.

—Solo te diré una cosa, Lannie. Te quedas aquí porque estás en una situación bastante comprometida, pero, después de lo que acabo de vivir, de ver la tristeza y la resignación en los ojos de Henry, y aún así, mirarte y darme cuenta de que finalmente no has tenido los cojones de hacer nada de lo que te he pedido, de que lo has dejado irse sabiendo que no tiene a donde ir. Me has decepcionado, Lannie, y mucho. No sabía que fueras tan cobarde. Ahora mismo quién realmente se merece irse por esa puerta para no volver eres tú y no él.

Se da la vuelta negando y sale a la terraza.

Me pongo a llorar porque, aunque duras, esas palabras que me ha dicho son ciertas. Soy una cobarde, una auténtica niñata que no ha tenido valor para enfrentar sus miedos y hablar con un hombre que, lo único que me ha pedido, ha sido que lo dejase explicarse.

Se ha ido, se ha...

—¡Y un cuerno! —expreso en alto y salgo corriendo por la puerta.

Veo que el ascensor está bajando y la pantalla marca el piso cuatro. —Las escaleras, ¡corre, baja por las escaleras!

—¿Alex? —pregunto al verla en la entrada de su casa.

—¡Ahora no, Lannie! ¡Corre que se te escapa, maldita sea! ¡Corre!

No me lo pienso dos veces y salgo en estampida por las escaleras. Empiezo a bajarlas lo más rápido que me permiten mis piernas con mucho cuidado a no tropezar y caerme, ya que, solo me faltaría eso.

Llego a la planta baja casi sin aire en mis pulmones y, al girar la esquina, Henry está a punto de abrir la puerta principal.

—¡Espera, Henry! —grito jadeando por la falta de oxígeno y con la mano en

el abdomen—. Espera, por favor.

Se da la vuelta, me mira, pero se gira de nuevo y agarra el pomo para salir.

—Henry... por favor... Lo siento, lo siento mucho.

Me fijo en como su mano aprieta con fuerza el pomo de la puerta sin saber qué hacer. Por favor que no salga, que no se vaya.

—Lo siento, de verdad. He sido una cobarde, lo admito, pero por favor... no te vayas, no lo hagas. No... no me dejes de nuevo —susurro esto último de forma imperceptible, pero se ve que lo ha escuchado, porque finalmente se gira y me mira.

Menuda pinta debo tener. Totalmente sudada por la carrerita, la coleta que me he hecho medio colgando en lo alto de mi cabeza, encorvada por el dolor y apoyada en la pared. Se acerca hasta situarse a pocos pasos de mí y suspira.

—¿Qué quieres, Lannie? Porque la verdad, es que ya no sé qué hacer ni cómo actuar contigo. Así que, dime qué quieres de mí, porque ya me tienes totalmente perdido.

—Yo... yo...

—Maldita sea, Lannie ¡Háblame! ¡Dime qué quieres de mí de una maldita vez! ¡Me vas a volver loco! ¡Estoy cansado! ¿Me escuchas? ¡Cansado! —Me grita al mismo tiempo que me zarandea. ¡Habla!

—Yo...

Bajo la cabeza y niego.

—Cobarde —susurra entre dientes y se aparta de mí.

Se dirige de nuevo a la puerta, recoge su maleta y al ver cómo abre la puerta, algo reacciona dentro de mi cabeza, no sé cómo explicarlo, pero es como si la muralla que había alzado para protegerme al ver que iba a perderlo de nuevo, se derrumbara y la luz del sol me rodeara por completo y, finalmente, fuera libre.

—¡Te amo! —grito antes de que la puerta se termine de cerrar y lo veo detenerse. —Te... te amo, Henry. Lo hago y... sinceramente y aunque me lo haya negado y me haya impuesto a mí misma que no lo hiciera, que te sacara de mi corazón de una maldita vez... la verdad es que nunca... nunca he dejado de hacerlo, no he podido.

Niego y suelto un suspiro tembloroso. Me abrazo a mí misma, como si ese abrazo fuera una especie de protección y espero.

Finalmente y después de lo que me ha parecido una eternidad, da la vuelta y me mira; empuja la puerta y entra de nuevo. Siento cómo el corazón me cabalga a tal velocidad, que parece que se me fuera a salir del pecho en cualquier momento. Estoy nerviosa, mucho, finalmente le he abierto de nuevo mi corazón y, ahora, en su mano está el cuidarlo o terminar de destrozarlo definitivamente.

—Me amas —afirma sin mostrarme ninguna expresión, sin ningún tipo de inflexión en su tono, así que, simplemente afirmo.

—¿Desde cuándo?

Lo miro y me encojo de hombros.

—Ya sabes desde cuándo, Henry. Porque... porque lo sabes, ¿verdad?

—Tengo una idea —contesta levantando ligeramente la comisura derecha de sus labios— Pero, mi pregunta es... ¿Qué crees que siento yo por ti, Lannie?

Me tenso al escucharlo y lo miro con los ojos abiertos como platos. Noto como el labio inferior empieza a temblarme y cómo mis ojos empiezan a aguarse por las lágrimas contenidas.

—Joder, nena, no —susurra cogiéndome las mejillas—. No, Lannie, eso no, cariño.

Y me besa. Finalmente y después de ocho años, él, me besa.

Suelto un suspiro de alivio al saber que, después de abrirme a él y de entregarle de nuevo mi corazón después de tantos años, no lo ha machacado,

sino que lo ha acogido entre sus brazos. Sus suaves y tiernos labios acarician los míos, gimo por el placer que me recorre de arriba abajo y rodeo su cuello con los míos. Las manos de Henry se posan en mi trasero y me pega completamente a él, haciendo que note en mi bajo vientre una dureza que me indica que está tan excitado como yo.

Subo mi pierna derecha y rodeo su cadera con ella, necesito sentirlo lo máximo posible, sentir su cuerpo completamente pegado al mío. Sus labios empiezan a bajar por mi cuello, y delinea la línea de mi mandíbula con la lengua. Se me eriza la piel de todo el cuerpo mientras él sigue bajando, al mismo tiempo que deja pequeños mordisquitos y besos por cada recoveco que su boca y lengua recorren.

—Subamos a casa, por favor —susurro entre pequeños jadeos ya que, él no para de recorrer mi rostro y cuello con sus labios, y... y sus manos... joder, en vez de dos parece que tuviera cuatro, porque me acaricia por todos los lugares que puede alcanzar y lo siento por todas partes.

Me arrastra hacia el ascensor y pulsa el botón. En cuanto las puertas se abren, me arrastra hasta la pared y me pega a ella.

—No te muevas —me besa de nuevo y se aparta para pulsar el piso siete.

Nos miramos, respiramos los dos agitadamente y sabemos que, si no fuera porque estamos aquí metidos, ya nos habríamos lanzado al ataque de nuevo. No sé qué fuerza es la que me posee, pero la verdad es que solo tengo ganas de comérmelo enterito, de saborearlo de la cabeza a los pies. He estado tanto tiempo, tanto deseándolo, que ahora mismo ni una bomba nuclear me distraería de mi objetivo, él.

El ascensor pita y así como las puertas se abren y salimos, nos volvemos a besar apasionadamente. Henry llama al timbre, ya que tanto él como yo nos hemos ido sin llaves y al abrirse la puerta, un «joder» hace que paremos, miremos a Frank, el cual nos está mirando con los ojos abiertos como platos y con la boca abierta mientras sujeta un botellín de cerveza entre sus manos.

Le guiño un ojo, sujeto a Henry de la mano y lo arrastro hacia mi habitación.

—Perdona tío —le dice antes de entrar por la puerta—, ¿podrías bajar a por mis cosas? Me las he dejado abajo en la entrada y como podrás comprobar, ahora mismo no puedo volver a por ellas.

Frank afirma con una cara de alelamiento brutal y sale por la puerta.

—¿Por dónde íbamos? —Me pregunta Henry al mismo tiempo que se quita la camiseta.

—Joder, qué cuerpazo tiene...

—Gracias —contesta y yo lo miro.

Su sonrisa socarrona me demuestra que lo que he pensado ha salido por mi boca y enrojezco.

—Vale, lo has escuchado.

—Lannie.

—¿Sí?

—Cállate.

Afirmo y se acerca a mí. Sujeta el bajo de mi camiseta y empieza a subirlo lentamente hacia arriba. Alzo mis brazos para ayudarlo y una vez fuera, veo como me repasa de arriba abajo. Me cubro por la vergüenza que estoy empezando a sentir, pero él niega.

—No, Lannie, no te cubras, no te escondas de mí. Eres preciosa.

Bajo mis brazos e inspiro hondo. Se acerca, me sujeta por la cintura y me eleva de manera que sus ojos quedan a la misma altura que los míos. Apoyo mis manos en sus hombros y me quedo mirando sus preciosos ojos azules. Ojos que me tienen totalmente hechizada y enamorada.

—Preciosa —susurra y besa mi frente. Nunca lo dudes, Lannie. Nunca.

Afirmo y me besa de nuevo. Me tumba en la cama sin separar su cuerpo

del mío y noto como me desabrocha el pantalón. Levanto mis caderas para que me lo termine de quitar y yo hago lo mismo con él. Una vez en ropa interior, Henry baja la cabeza a mi pecho, y siento como su ardiente lengua rodea un pezón a través del encaje blanco de mi sujetador. Gimo al sentirla y bajo mis manos a sus *boxers*. Se los empiezo a bajar hasta donde llegan mis manos y, finalmente, con los pies termino de hacerlo.

—Madre del amor hermoso —susurro al sentir su erección encima de mi sexo— Henry... Henry, déjate de juegos previos y lléname. Te necesito, cielo, te necesito.

Lo escucho gemir tras mis palabras, me incorpora y me abre el cierre trasero del sujetador con una facilidad pasmosa. Me arranca las bragas, rasgando los laterales con sus fuertes manos como si fueran papel y se vuelve a colocar encima.

Ya totalmente desnudos, Henry coloca su miembro en mi entrada, acaricia mi clítoris con su glande y, poco después, me empieza a penetrar lentamente. Cojo aire entrecortadamente y rodeo sus cintura con mis piernas. Henry da una última y pequeña embestida y, cuando finalmente lo siento totalmente en mi interior, lo escucho blasfemar y gemir.

—Joder, Lannie, estás ardiendo —me dice entre dientes. Se ve que le está costando la vida contenerse, porque está muy tenso.

Lo abrazo fuertemente y mientras se empieza a mover poco a poco en mi interior, voy dejando pequeños besos en su cuello, en su barbilla, en su mejilla, allí donde mi boca alcanza le dejo un beso. Nunca en toda mi vida había sentido tanto placer como el que siento ahora mismo. Nunca. La verdad es que está siendo maravilloso.

Un fuerte movimiento por su parte hace que gima fuertemente y que lo mire. Me mira también y así como repite ese mismo movimiento y cierro los ojos por el placer que siento, él lo repite de nuevo un poco más fuerte.

—No cierres los ojos, Lannie. Mírame, nena, mírame. Quiero... necesito ver como se oscurecen tus preciosos ojos por mí, por la pasión que te hago sentir. Mírame, cielo. No dejes nunca de mirarme como lo haces ahora.

Y lo hago. No aparto mi mirada de la suya en ningún momento, y, así como baja su mano y pellizca mi zona más erógena, exploto de golpe en un intensísimo orgasmo que causa que grite con todas mis fuerzas y, seguidamente, un fuerte gruñido por su parte me hace saber que él también ha alcanzado la cúspide del placer.

Cae encima de mí, lo abrazo con todas mis fuerzas, lo acaricio, y le susurro un «te quiero» antes de caer dormida, con el cuerpo del hombre al que amo con toda mi alma aprisionando el mío.

Capítulo 23

Henry

Lannie está totalmente dormida a mi lado y no puedo apartar mis ojos de ella. Está tan tranquila, sus facciones siempre tensas y en guardia, ahora están relajadas. Podría decir que, incluso sus preciosos labios están sonriendo imperceptiblemente.

Miro el techo y empiezo a pensar en lo que acaba de suceder entre nosotros. La verdad es que cuando salí por esa puerta hace un rato, lo último que hubiera pensado era que Lannie y yo acabaríamos en su cama haciendo el amor. Porque... sí, hemos hecho el amor, yo lo he hecho y sé por la manera de abrazarme, y de acariciarme, que ella ha hecho lo mismo conmigo. No hemos echado un simple polvo, no, porque lo que he sentido al estar en su interior, al estar entre sus brazos, sinceramente no lo he sentido nunca con nadie, ni siquiera con Sharon.

Esa conexión, el placer, el sentir cómo se me erizaba la piel con cada una de sus caricias... ha sido tan inmenso, tan perfecto... ha sido como... como si nuestras dos almas hubieran conectado y se hubieran fusionado en una sola.

Lo que tengo totalmente seguro y me ha quedado clarísimo, es que, a partir de ahora pienso estar junto a ella a su lado, para amarla con todo mi corazón, para protegerla, para darle mi apoyo y todo lo que necesite de mí, porque soy suyo. Sí, soy y seré por siempre suyo.

Suspiro y pienso en todo el tiempo perdido. Todos los años que he estado sin ella por mi culpa, por no haber abierto los ojos cuando fue el momento de haberlo hecho y por haber estado tan ciego. Joder, cómo me arrepiento de haberme dejado embaucar por Sharon. Porque sí, era un niño imberbe que se dejó deslumbrar por una preciosa mujer, una mujer con cara de ángel y

corazón de serpiente. Un corazón que por desgracia logré vislumbrar tarde, demasiado tarde.

Pero ahora es el momento perfecto para remediar el daño que le hice, para curar su corazón, para que se sienta segura y amada a mi lado, porque realmente es lo que quiero y deseo más que nada. Amarla y sentirme amado por igual.

—Henry —escucho como susurra en sueños. Se da la vuelta y me abraza. Coloca su cabeza encima de mi pecho, me rodea la cintura con el brazo y beso su frente. Adoro tenerla así, entre mis brazos, sintiendo el calor de su cuerpo junto al mío, su tibia respiración en mi piel. Aspiro hondo y un ligero olor a vainilla inunda mis fosas nasales.

Sigue usando esa misma fragancia después de tantos años. Recuerdo cuando se la regalé el día de su catorce cumpleaños. La ilusión que le hizo, la cara de felicidad que puso al tener el delicado frasco de cristal entre sus manos.

Cuando me comentó que le encantaba y que siempre la usaría nunca hubiera imaginado que finalmente lo hiciera y que lo siguiera haciendo después de tantos años. Recuerdo que me dio un beso en la mejilla, subió corriendo las escaleras con un ligero rubor en su rostro y desapareció durante casi toda la tarde.

Una vibración me saca de mis pensamientos y miro hacia la mesita de noche. Al ver que es mi teléfono lo cojo y el nombre de Cole parpadea en la pantalla.

—Dime —contesto con un susurro.

—¿Henry?

—Sí, tío, soy yo.

—¿Por qué susurras?

—Porque... mmm... digamos que ahora mismo no puedo levantar la voz,

amigo. Tengo a un ángel durmiendo a mi lado y no quiero despertarlo.

—¿Ángel? ¿De qué hablas? Henry... ¿Estás bien?

—Perfectamente, Cole, estoy perfectamente. Al fin Lannie me ha dado una oportunidad y... bueno, la tengo aquí, durmiendo entre mis brazos y...

—¿Te has tirado a mi hermana?!

—Cole... —le advierto en tono amenazador ya que no estoy dispuesto a tener que aguantar ninguna recriminación por su parte. Ya no.

—Vale, vale. Pero tío, ya sabes que ella...

—Tranquilo, ¿vale? Sé que Lannie ha pasado por mucho. Puedes estar tranquilo, amigo. Cuidaré de ella y estaré a su lado mientras ella me lo permita. Solo quiero... Solo quiero que sea feliz, Cole, te lo juro.

—Bien, bien. Pues nada, llamaba para decirte que voy junto a Michael y su amigo hacia allí. Ya va siendo hora que nos pongamos manos a la obra con el tema de tu ex. Tenemos que desenmascarar a esa zorra, tío. Así que espabila y levanta el culo de la cama que en menos de media hora estaremos allí.

—De acuerdo. Hasta luego.

Cuelgo y suspiro. Apoyo de nuevo la cabeza en la almohada y miro a la mujer que duerme plácidamente entre mis brazos. La rodeo fuertemente con ellos y la beso. Necesito que se despierte y... ¿qué mejor manera de hacerlo que con un beso?

La escucho gemir y me detengo, pero al ver que no abre esos preciosos ojos azules, la vuelvo a besar.

Me sitúo encima de ella, voy dejando pequeños besos en sus párpados, sus mejillas, su nariz, sus labios... retiro lentamente la sábana que cubre su precioso cuerpo desnudo y sigo mi camino. Dejo un beso y algún que otro mordisquito en diferentes zonas y escucho como sus gemidos se intensifican y su respiración se acelera.

Sonrío interiormente al darme cuenta de que ya está despierta y que se está dejando hacer. A mi dulce niña le gustan mis caricias y eso hace que mi pecho se hinche de orgullo.

Dejo atrás mis pensamientos y me centro en ella. Quiero darle placer, quiero que se deshaga una vez más entre mis brazos, así que, cuando mis labios han bajado hasta su cadera y vislumbro los negros rizos de su pubis, abro sus labios íntimos con dos dedos y la acaricio con ellos.

Levanto la mirada y un ligero rubor cubre su rostro, sus pezones se han convertido en dos duros guijarros y sus manos están aprisionando las sábanas fuertemente. Bajo mi cabeza y decido centrarme en mi principal objetivo, darle placer.

Me sumerjo entre sus piernas, juego con su sexo, lamo, pellizco, absorbo, introduzco dos dedos en su interior y noto como me los aprisiona con sus paredes. Me encanta que sea tan sensible y receptiva a mis caricias y a todo lo que le hago.

—Henry... Henry.

Escuchar mi nombre de sus labios entre gemidos y suspiros hace que me enardezca, que quiera dejar lo que le hago y que, en lugar de hacerle el amor dulcemente como tenía pensado, hacerle todo lo contrario. Poseerla con una pasión salvaje y desmedida, la pasión que siento por ella en este preciso momento y que me está consumiendo por entero.

Contrólate tío, hazlo. Lannie se merece que seas dulce y tierno con ella... tienes que...

Un ronco gemido por su parte me saca de repente de mis pensamientos. Levanto la mirada de entre sus piernas y, al mirarla a los ojos y fijarme en los suyos; en el ardor que transmiten, la pasión, la... la lujuria contenida, hace que cualquier resquicio de contención desaparezca de mi interior y que me abalance sobre ella.

La beso intensamente con todo lo que llevo dentro, con todo lo que soy, con todo lo que siento y ella me responde de igual manera, es más, su beso se

vuelve cada vez más y más intenso, más posesivo. Sus caricias y arañazos en mi espalda, mi cuello, mis hombros, sus piernas rodeando con fuerza mi cintura, todo ello hace que no pueda más y la incorpore.

Me levanto de la cama llevándola conmigo y la apoyo contra la pared. Sus piernas no han soltado en ningún momento mi cintura y sus brazos han aumentado su abrazo.

—Sujétate fuertemente a mí, cariño. Ya no puedo más, Lannie, lo he intentado, te juro que lo he intentado, pero necesito esto más de lo que te imaginas. Dime que tú también lo necesitas, nena, dímelo.

—Sí, lo necesito, Henry, lo necesito. Necesito tu fuerza, tu pasión, lo necesito todo de ti. No te reprimas conmigo, cariño, conmigo no.

Me mira y me acaricia la mejilla al mismo tiempo que me sonrío.

—Fóllame.

Escuchar esa única palabra de sus labios, hace que toda contención desaparezca y que de una sola estocada me meta en su interior.

La aprisiono con todo mi cuerpo contra la pared, sujeto con más fuerza sus caderas y empiezo a martillar con fuerza en su interior, haciendo que, con cada mandoble de mis caderas, sus gemidos aumenten de intensidad.

—Mierda —exclamo entre dientes al darme cuenta de que como siga con ese ritmo no duraré mucho más.

—No pares, no te detengas, Henry. Sí, así —me pide entre suspiros y gemidos.

A la mierda, pienso y aumento la velocidad y el empuje. Que sea lo que tenga que ser.

La beso, introduzco mi lengua y empiezo a jugar con la suya. Recorro su caliente cavidad, al mismo tiempo que no paro de pistonear en su interior. Me trago sus gemidos, bebo de su aliento y cuando empiezo a sentir la palpitación de sus paredes, como me aprietan, bajo mi mano a su sexo y pellizco su

clítoris, logrando con ello que suerte un fuerte grito derivándola a un intenso orgasmo, el cual origina que me precipite también al mío. Un orgasmo que me deja con las piernas temblorosas y como si fueran gelatina.

Me giro, me apoyo en la pared y resbalo poco a poco por ella hasta quedar sentado en el suelo, con las piernas de Lannie aún rodeándome y con mi miembro en su interior.

—Joder —susurra.

La tengo abrazada a mí. Sus brazos me rodean el cuello, su mejilla derecha está apoyada en mi hombro y nuestros pechos están totalmente pegados, al igual que el resto de nuestro cuerpo.

—Menudo... Ha sido... esto... uff, estoy...

—Lo sé, cielo, porque estoy igual que tú. Como si me hubiera pasado una apisonadora por encima. Por cierto... ¿Por casualidad me has mordido? Porque me escuece el hombro.

Se ríe, se encoge de hombros y me mira. Una preciosa sonrisa adorna su hermoso rostro y esos ojos azules que tanto adoro brillan. Sí, brillan de felicidad, una felicidad que siento también en mi interior, porque al fin me he liberado de mi ceguera y a Lannie de los miedos que hicieron que cerrara su corazón y que lo amurallara por completo.

Unos golpes en la puerta hacen que ambos giremos la cabeza en esa dirección.

—¿Lannie?

Nos miramos y suspiramos al mismo tiempo, porque sabemos que se ha terminado nuestro tiempo de intimidad.

—¿Sí, Frank? —responde con resignación.

—Cole acaba de llegar con Michael y con un tío que no conozco de nada. Supongo que debe ser ese amigo suyo tan hábil con las puertas.

La veo sonreír y carraspea.

—Dame un minuto, me ducho y salgo.

—Salimos —susurro y ella se ríe y asiente.

—Salimos —me contesta también en un susurro y me besa.

—¿Crees que te podrás levantar del suelo, *viejete*? —Me pregunta con cara de pilla.

¿Viejete? ¿Pero qué...? ¿Si solo le llevo...! Carraspeo, bajo las manos a su cintura y en venganza empiezo a hacerle cosquillas.

—¡Henry! ¡Henry basta! —grita entre carcajadas. Se está moviendo de tal manera, culebreando con sus caderas, que siento como me voy endureciendo de nuevo en su interior y me detengo de golpe. Se ve que ella ha sentido lo mismo, porque se queda quieta, con la espalda apoyada en mis piernas y la cabeza en mis tobillos, con su larga melena extendida y la respiración acelerada. Joder, es preciosa.

Se ve que la mirada que le echo se lo dice todo porque suelta una pequeña risita y niega.

—Ahora no podemos, Henry... tenemos que...

—Sí que podemos, cariño. Vaya si podemos. Sujétate a mí —le pido después de enderezarla.

Me pongo en pie con ella entre mis brazos y rodeándome por completo como si fuera un pequeño koala nos dirigimos al baño.

—Esto no ha terminado, cielo. Esto está a punto de empezar de nuevo.

Enciendo la ducha, y cuando la temperatura del agua está a la temperatura que me gusta, nos metemos dentro.

—Esto va a ser muy rápido, vida mía. Prepárate.

—Siempre estoy preparada para ti, Henry. Siempre.

Capítulo 24

Lo admito, estoy sintiendo una enorme felicidad ahora mismo, es más, me siento pletórica completamente. El saber que, al fin he podido estar y tener a Henry como siempre he querido, es increíble. Sinceramente, creí que este momento nunca llegaría, que para mí sería un sueño maravilloso pero imposible que se hiciera realidad, algo totalmente inalcanzable. Pero aquí me hallo ahora mismo, vistiéndome junto al hombre que amo con todo mi corazón, el cual, cada vez que miro me sonrío dulcemente.

—¿Lista? —me pregunta mientras termino de atarme el cordón de los zapatos.

Afirmo, me coge de la mano, deja un beso en la palma y salimos de la habitación.

—¿Sabéis si le falta mucho a esos dos? —la voz de Cole hace que me detenga—. Entiendo que quieren aprovechar el tiempo perdido, pero joder, es mi hermana la que está ahí dentro y, conociendo a Henry como lo conozco y sino ha cambiado, va a dejar a la pobre chica hecha polvo.

Escucho a Henry carcajearse por lo bajo y le pego un codazo en el estómago.

—¡Auch! —gime y lo escucho gruñir—. Nena, esta me la pienso cobrar. Y no te sonrojes por haber escuchado a tu hermano decir eso porque no ha dicho nada que no fuera cierto. Soy muy fogoso, lo admito y la verdad es que si pudiera, ahora mismo daría la vuelta y seguiría contigo donde lo hemos dejado —me dice con los ojos entrecerrados al mismo tiempo que me acaricia las nalgas.

—Henry...

—Shhh. —Coloca un dedo en mis labios y se acerca a mí.

—Sabes que es cierto, cariño. Y sabes que tú también deseas lo mismo. Pero ya llegará el momento. Ahora será mejor que aparezcamos antes de que Cole piense que te he exprimido de tal manera que no puedas ni levantarte de la cama.

—Capullo —le digo con el ceño fruncido y se ríe.

—¡Ays, mi niña! Te conozco, y sé que esa pose tuya es fingida. Esos morritos no aparecen cuando estás enfadada de verdad, Lannie.

Lo miro con la sorpresa reflejada en mi rostro porque no me esperaba que supiera eso de mí y suspira. Me abraza y besa mi mejilla.

—Te conozco mejor de lo que crees, vida mía. Ya lo descubrirás con el tiempo.

Me guiña un ojo, rodea mi cintura con un brazo y salimos del pasillo en dirección al comedor. Al girar la esquina, cinco pares de ojos nos miran, pero son unos ojos en particular los que hacen que me quede plantada en mi sitio.

—Alex —susurro al verla, porque lo que menos esperaba era encontrármela aquí.

Se levanta, se acerca a mí lentamente y, una vez delante, se rodea la cintura con los brazos.

—Lannie —me dice con los ojos llenos de lágrimas sin derramar— ¿Po... podrás perdonarme algún día? ¿Podrías olvidar lo que te dije, por favor? Hablaron mis celos, no yo. Sé... sé que fui totalmente injusta con lo que te dije, que no te merecías esas palabras. Yo... ¡Fui una completa idiota, lo sé! Pero es que... te echo de menos —me dice ya con las lágrimas bañando sus mejillas— Yo... yo...

—Anda, ven aquí —abro mis brazos y ella corre a abrazarme y rompe a llorar—. Ya, ya, Alex. No pasa nada, ya está —susurro al mismo tiempo que le acaricio la cabeza—. Yo también te he echado de menos, cielo. Mucho.

—Lannie —hipa y se limpia las lágrimas con el dorso de la mano— Me

siento fatal, de verdad. No te imaginas... no sabes lo mal que me sentía al saber que estabas en esa cama de hospital sin saber si volvería a verte o no, teniendo la incertidumbre y la culpa por cómo te traté y lo que te dije. No podía con mi alma, con mis remordimientos de conciencia, yo...

—Alex —la aparto de mí y la miro a los ojos—. Ya está ¿de acuerdo? Ahora te necesito para que me ayudes, ¿sí? Os necesito a todos —proclamo mirando a los que hay en la habitación— tenemos que ayudar al hombre que amo a que se libre del yugo de esa tirana, de esa serpiente, de esa...

—Ya nos ha quedado claro a quién te refieres, Lannie —dice Alex entre risas.

Me coge de la mano, me arrastra detrás de ella y miro a Henry. Me guiña un ojo y me insta con la cabeza a que la siga. Sabe que Alex me necesita a su lado, así que la sigo y me siento junto a ella. Henry se sienta a mi izquierda y miro al amigo de Michael, el cual me devuelve la mirada y me sonrío imperceptiblemente.

—Bien —carraspea Henry y mira a mi primo—. ¿Tenéis algo pensado? ¿Ya sabéis qué tenéis que hacer?

—Solo necesito saber si tu casa tiene alarma o algún otro dispositivo de seguridad que deba conocer —dice el amigo de Michael.

Henry niega y suspira. Coloca los codos en sus rodillas, entrelaza sus dedos y los apoya en su barbilla.

—A no ser que ella la haya puesto, no. No hay alarma ni nada de ese estilo, solo la puerta principal sería nuestro objetivo.

—Bien. ¿Alguna caja fuerte? ¿Algún lugar que creas que deba conocer? ¿Dónde puede tener esa mujer documentación importante guardada? Piensa en todo, tío, no voy a dejar que mi hermana entre allí a ciegas.

Noto como Henry se tensa a mi lado. Lo miro y la mirada que me echa en plan «¿de qué coño está hablando tu hermano?», hace que carraspee y me encoja de hombros.

—Sí, voy a entrar en casa de tu ex cuando ella no esté y voy a mirar si encuentro algo que la incrimine en el desfalco; tanto a ella, como a tu jefe de contabilidad y a quien esté metido en esta cabronada que te han hecho. Y puedes decir misa —replico levantando mi mano para detenerlo, ya que me iba a replicar—. Lo he hablado con Cole y con Frank y, aunque estaban reticentes al principio, al final han claudicado. Así que lo haré, cielo, eso quiero que lo tengas más que claro.

Sé que acabo de ser cortante y tajante, pero no pienso echarme atrás.

—Ya... y mi opinión no cuenta para nada, ¿verdad?

—En esto no, Henry. En esto lo siento, pero no.

—Bien.

Se levanta, se dirige a la puerta principal y cierra tras su espalda con un fuerte portazo. Me levanto para ir detrás de él, pero Cole me sujeta de la mano y niega.

—Déjalo, Lannie. Es mejor que ahora no vayas detrás de él. Lo conozco y, cuando está así es mejor dejarlo tranquilo, en serio.

Pego un tirón deshaciéndome de su agarre y salgo corriendo por la puerta. Madre mía, ya van dos veces en el mismo día que hago lo mismo, correr detrás de él para que no se vaya.

Vuelvo a repetir la operación de horas atrás y bajo corriendo las escaleras, pero, al llegar abajo veo que ya ha salido por la puerta.

—¡Henry!, —grito al verlo en la esquina de la calle a punto de cruzarla—
¡Por favor, espera, espérame!

Corro sin detenerme hasta llegar a su lado, lo cojo del brazo y se suelta de malos modos, cosa que hace que me dé un vuelco el corazón. Se ve que está realmente cabreado, porque está mirando al frente y no se ha movido un milímetro.

—Por favor —susurro— no te vayas y escúchame, déjame explicarme.

Finalmente me mira y la estoicidad en su mirada y la seriedad, hace que un escalofrío me recorra de arriba abajo.

—Dime algo, por favor —le ruego con la mirada.

—¿Ahora quieres que hable? ¿Ahora me quieres escuchar? —Me dice con frialdad y de malas formas —pues ahora mismo necesito mi espacio, Lannie. Necesito pensar, necesito apartarme, porque el saber que vas a hacer lo que vas a hacer, algo muy peligroso por cierto, y darme cuenta de que te ha dado igual mi punto de vista, mi opinión... sinceramente, me ha sentado fatal.

—Pero... Henry.

—Déjame que me tome unas horas para mí, Lannie, lo necesito. Necesito darle vueltas a un par de cosas. No tienen que ver contigo, al contrario, tienen que ver conmigo, con lo que siento, con lo que llevo aquí —me dice señalándose la sien—. Estoy bien, ¿de acuerdo? Tranquila.

Afirmo y empieza a cruzar el paso de peatones, lo veo alejarse de mí, y cuando está a mitad de camino, lo llamo.

—¡Henry!

Se gira, le sonrío y deletreo un «te quiero» con mis labios. Afirma sin sonreírme y, así como doy media vuelta para irme, el chirrido de unos neumáticos y el de un potente motor acelerando, hacen que me gire y que vea como tras el brutal impacto contra el capó de un coche y el cristal delantero... el cuerpo del hombre al que amo, acabe en el suelo inerte y totalmente desmadejado.

Miro el coche, el cual se da a la fuga después de haber impactado contra Henry y vuelvo a mirarlo a él.

No sé qué se apodera de mí, de mi cuerpo, pero empiezo a temblar de forma incontrolada, a negar fervientemente y, al ver cómo la gente empieza a rodear el cuerpo de Henry imposibilitando que lo pueda ver, en ese justo momento, suelto un grito desgarrador, un grito lleno de dolor, de pena y de

rabia, por haber perdido al hombre que amo más que a la vida misma.

Corro hacia él apartando a empujones a la gente que hay por delante de mí y, cuando llego a donde está tendido su cuerpo me arrodillo y con la mano temblorosa acaricio su cabeza.

—¿Henry? —pregunto con voz el terror inundándome por dentro al ver que no se mueve y que la sangre sale de distintas partes de su cuerpo—. Henry, no... no te vayas ¿de acuerdo? Quédate a mi lado, amor mío, no puedes... no puedes irte, no puedes marcharte de mi lado de nuevo.

Lloro desconsoladamente y recorro todo su cuerpo con mis ojos, un cuerpo lleno de cortes, magulladuras y heridas sangrantes. Mis manos son totalmente incapaces de acariciarlo por temor a hacerle daño, así que cojo la suya del suelo y empiezo a acariciársela y a besársela.

—Te amo, te amo con todo mi corazón, vida mía y... y ahora que te tengo, ahora que finalmente he logrado tenerte entre mis brazos, no... no puedes dejarme sola, no puedes —susurro, entre hipidos desconsolados al mismo tiempo que me acerco a su mejilla y le beso—. Te amo, amor mío, te amo y tienes que luchar por estar a mi lado, tienes que luchar por nosotros, vida mía. Lo nuestro acaba de empezar y me niego a que termine así, ¿me escuchas? Me niego a perderte, me niego. Lucha por favor, lucha.

Unos brazos me rodean para apartarme de él y me pongo a gritar, no quiero irme de su lado, ¡no quiero!

—¡Dejadme en paz! ¡Soltadme! ¡No me separéis de él, joder! ¡Dejadme!
—grito entre patadas e intento soltar los brazos que me rodean fuertemente.

—¡Lannie, tranquilízate! ¡Soy Cole! ¡Para! ¡Vas a hacerte daño! —Me grita entre zarandeos para que me detenga.

Me quedo laxa entre sus brazos y una ambulancia aparece por la esquina a toda velocidad con las sirenas encendidas. Se detiene y después de los paramédicos apartar a la gente y pedirles espacio, se arrodillan alrededor de Henry y se empiezan a ocupar de él.

—No puedo perderlo, no puedo —niego entre susurros— no de nuevo, Cole, no lo soportaré. Si se va... si me deja... no sé qué será de mí, no sé...

—Tranquila, cielo, tranquila. No le va a pasar nada, ya verás. Se recuperará, Lannie, ya verás como todo va a salir bien. Ten fe, hermanita, ten fe.

Me abraza fuertemente, pero al ver como suben a Henry a la camilla para meterlo en la ambulancia, me suelto de golpe y corro detrás de ella.

—¿Dónde se lo llevan? Por favor, dígame... dígame donde se llevan a mi novio.

—Señorita, ¿es su novio? —Pregunta una voz masculina a mi espalda.

Me giro y veo a un hombre vestido con un traje un poco arrugado. Lleva una libreta en sus manos y no me quita la vista de encima.

Asiento y se acerca unos pasos.

—¿Ha visto qué ha pasado? Soy el agente Craig, y necesitaría que me contara qué es lo que ha ocurrido aquí.

—No... yo no... —niego y sorbo por la nariz. Las lágrimas inundan de nuevo mis mejillas al recordar la escena y Cole se coloca de nuevo a mi lado.

—Por favor, necesito que me cuente que ha pasado, señorita...

—Colton —responde mi hermano por mí— Se llama Lannie Colton y soy su hermano —rodea mis hombros con su brazo y me pega a él.

—Bien, señorita Colton. Cuénteme, por favor, qué ha sucedido.

—Pues... pues, Henry... Henry cruzaba el paso cebra, cuando... cuando —empiezo de nuevo a temblar cuando me doy cuenta de que me cuesta hasta hablar. Carraspeo y cojo aire, necesito tranquilizarme un poco para poder hablar con este hombre— cuando de la nada apareció un coche negro y... y lo atropelló. Se dio a la fuga y lo dejó ahí... ahí tirado —señalo el lugar donde estaba Henry con mano temblorosa y cojo aire por la boca.

—¿Y por casualidad no se habrá fijado en algo del coche? ¿Matrícula? ¿Tamaño del coche? ¿Color?

Cierro los ojos y me pongo a temblar de nuevo al revivir la escena en mi mente. Cole aprieta más su abrazo y finalmente abro los ojos.

—Era... era negro. Tenía los cristales tintados de detrás y... y un águila dibujada en una de sus puertas. No... no recuerdo más, lo siento. No puedo... no...

—Tranquila, cariño, ya está —susurra Cole en mi oído y frota mi espalda—. Agente, sino le importa llevaré a mi hermana al hospital. Entenderá que ahora mismo, para ella es primordial el saber el estado de su novio y mi mejor amigo. Así que, si nos disculpa, nos vamos.

—Claro, tenga —le entrega a Cole una tarjeta y él la coge—. Llámeme si su hermana recuerda algo más, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Nos dirigimos al coche de Cole y, una vez dentro, pone rumbo al hospital.

—Voy a llamar a los demás. No saben nada de lo que ha ocurrido aquí. Salí detrás de ti minutos después de que salieras corriendo por la puerta porque Alex me dijo que no te dejara sola.

Afirmo sin mirar a Cole y pone el coche en marcha.

«Dios mío, ayúdame. No te lo lleves de mi lado, Señor, no lo hagas, no lo hagas, por favor».

Apoyo mi cabeza en el respaldo del sillón y cierro los ojos. Las lágrimas vuelven a caer por mis mejillas y pienso en qué haría sin Henry a mi lado y, sinceramente, me doy cuenta de que sería un futuro muy muy negro, demasiado. Un futuro desolador que en este momento prefiero no plantearme.

Sharon

—Ya está hecho, nena. Tenías toda la razón, estaba en el edificio de esa muerta de hambre tal y como te confirmó tu contacto. Solo he tenido que esperar el momento adecuado y... ¡Plas! No te imaginas lo bien que me ha sentado, cariño. Sentir la adrenalina recorriéndome mientras el potente motor del coche rugía, el ver cómo mi objetivo se acercaba cada vez más a mí a medida que aceleraba. ¡Ha sido un subidón, nena! Sentir el golpe de su cuerpo... ¡Uau! Aunque, habría que ir pensando en cambiar la luna delantera, ha quedado hecha añicos después del golpe del cuerpo de ese gilipollas.

Bien, pues uno menos —sonrió interiormente al saber que me he quitado de encima a ese maldito mosquito—. Al fin todo lo que era suyo pasará a mis manos. Tantos años aguantándolo... uf, ¡qué ganas tenía de que el tema finalizara de una vez por todas!

—¿Estás completamente seguro de que está muerto? No me la quiero jugar, Brandon. Hay demasiado dinero implicado como para que me vengan ahora noticias de que ha sobrevivido. Lo tengo todo completamente planeado en mi cabeza y no quiero que todo se vaya a la mierda por no haber sabido hacer tu trabajo. Me conoces, *amore* —le digo al mismo tiempo que paso una de mis largas uñas rojas por su mejilla— y sabes que soy muy peligrosa cuando me enfado.

—Tranquila. Es imposible que alguien sobreviva a un atropello de esa magnitud. Tendría que producirse un milagro y sabes que no creo en ellos. Ese hombre ahora mismo estará más muerto que vivo, Sharon. Eso te lo puedo asegurar.

—Bien. Pues ahora nos queda otro mosquito del que deshacernos. Ahora te toca acabar con la muerta de hambre. Haz lo que sea necesario, Brandon, lo que sea. Sabes que confío en ti, en tu intelecto y en la mente tan perversa que tienes. Mátala, cariñito. Sea como sea, me da igual lo que hagas o cómo lo hagas, pero mata a Lannie Colton.

Capítulo 25

Frank

Ocho horas, ocho malditas horas llevamos aquí sin saber nada de Henry. Solo nos dijeron al llegar, que lo habían metido a quirófano para operarlo y que teníamos que esperar a que saliera el cirujano cuando terminara todo y que él nos informaría llegado el momento.

Lannie sin embargo, lleva sentada en la misma silla desde el principio, con la mirada fija en el mismo punto y sin mover un músculo. Ya hace unas horas que dejó de llorar, se ve que las lágrimas se le han acabado. Tanto Alex como Cole, Michael, incluso yo, cuando nos hemos acercado para hablar con ella o para darle nuestro apoyo, al final hemos dimitido, no ha habido manera de hacerla hablar, de que reaccionara. Todos creemos que está en shock y, sinceramente, no me gustaría estar en su pellejo. Saber que el amor de tu vida se debate entre la vida y la muerte en algún lugar de este hospital debe ser horrible.

Alex está sentada a su lado sujetándole la mano y en completo silencio, intentando darle todo su apoyo con ese simple y sencillo gesto. Me alegré mucho al ver que volvían a ser amigas de nuevo, que Lannie, con su enorme corazón había hecho como si no hubiera pasado nada y la había perdonado.

Me giro para dirigirme a la máquina de café, pero se abren las puertas abatibles, dando paso a un hombre vestido completamente de verde. Al darme cuenta de que es el cirujano, me acerco hacia él, al igual que los demás. Lannie, se levanta de golpe de la silla y se sitúa a mi lado.

—¿Cómo está? —Pregunta con temor y retorciéndose las manos.

—Voy a ser muy claro con todos ustedes. ¿Alguno es familia?

—Yo... yo soy su novia, doctor. Por favor, por favor dígame que está bien y que se va a recuperar.

El médico nos mira a todos, suspira y baja la cabeza. Ese simple gesto, hace que me tense y que un fuerte estremecimiento me recorra de arriba abajo.

—Está muy mal, señores, realmente mal. La operación ha ido bien, pero le hemos tenido que extirpar el bazo. Tenía una hemorragia interna bastante importante que hemos conseguido detener y un brazo y pierna rotos a parte de algunas costillas. Pero ese no es el problema, ya que, de todo eso se recuperará con mucho reposo. Lo malo, es que tiene un coágulo de un tamaño considerable en el cerebro. Nos ha sido imposible intervenir por la zona en que está alojado ya que es una zona demasiado peligrosa para hacerlo. Así que, no nos ha quedado más remedio que inducirlo en un coma profundo para ver si ese coágulo con suerte y con el tiempo, desaparece por sí mismo. Tengo esperanzas de que el cerebro lo reabsorba poco a poco. Y la verdad, es que las próximas veinticuatro horas van a ser cruciales, señores. Si las supera, podremos respirar tranquilos, de lo contrario...

—¿Está en coma? Pero... ¿por cuánto tiempo doctor? ¿Se recuperará completamente si se despierta? ¿Quedarán secuelas? Por favor, doctor, necesito saberlo, necesito... Deme una esperanza, se lo ruego, aunque sea una muy pequeña.

—Señorita. Ya le he dicho que ya no depende de nosotros, sino de él, de su fuerza y del coágulo. Nosotros, por nuestra parte lo tendremos sedado, con medicación para que esté tranquilo y no sienta ningún tipo de dolor. De todas las heridas se recuperará, pero mientras el coágulo siga ahí, no nos quedará más remedio que mantenerlo dormido, de lo contrario sería muy peligroso para él. Solo queda esperar y dejar que pase el tiempo.

—Gracias doctor.

Se retira pero Lannie lo detiene de nuevo.

—¿Podría entrar a verlo? ¿Sería posible...? No... no molestaré, simplemente me sentaré a su lado y no diré nada, doctor, pero necesito verlo, necesito estar a su lado aunque solo sean unos minutos. Por favor.

El ruego en la mirada de Lannie se ve que ha ablandado al médico, porque de mostrar dudas, ha pasado a afirmar una sola vez.

—Cinco minutos. Ahora mismo está en la UCI y la entrada y las visitas no están permitidas en esa área, pero la dejaré unos minutos para que por lo menos lo vea. Eso sí, en cuanto la enfermera le pida que se retire tendrá que hacerlo, señorita.

Lannie afirma y se va detrás de él.

Miro a los demás, los cuales se han quedado estáticos, viendo como Lannie desaparecía detrás de las puertas con el médico y me dirijo hacia ellos.

—Esto ya ha pasado de castaño oscuro, chicos. Tenemos que hacer algo y ya. No podemos permitir que esa bruja quede impune. Todos sabemos que esto ha sido cosa suya. Primero Lannie, ahora Henry... se ve a la legua que los quieren fuera de la ecuación. Lannie los ha puesto nerviosos con el tema de la auditoria y tenemos que detener a esa panda de asesinos.

—Será mejor que vayamos a la cafetería. Allí podemos hablar e idear un plan o algo. Estoy totalmente de acuerdo contigo, Frank. Esto se acaba aquí y ahora —nos dice cole con la mirada llena de rabia contenida.

Nos vamos y al llegar, ocupamos una mesa.

—Bien, la idea de Lannie sigue en pie, ¿verdad? Hay que entrar en casa de esa zorra y buscar algo que la incrimine. Pero ahora hay que pensar quién va a hacerlo en su lugar.

Nos miramos y Alex levanta la mano. La miro y se encoge de hombros.

—Si es documentación de la empresa, solo la reconoceré yo.

—Bien, pero yo iré contigo. No pienses que voy a dejarte sola ante el peligro —le digo y le guiño un ojo.

Sonríe imperceptiblemente y niega.

—Ojalá encontremos algo para incriminar también a Brandon y a Brigitte, la secretaria de Henry. No podemos dejar títere con cabeza, hemos de acabar con ellos, con los tres.

—Un momento —me detiene Michael— ¿Has dicho Brandon? ¿Por casualidad no será un tío moreno, alto, delgado, con ojos azules y una piel tirando más bien a blanca?

—Sí, afirma Alex. Ese es mi jefe. ¿Lo conoces?

—Joder, joder, joder —maldice Michael y se peina el pelo hacia atrás—. Es él, ese maldito hijo de puta... Nunca hubiera imaginado... si hubiera sabido... ¡Maldita sea! —da un puñetazo en la mesa y se levanta. Nos mira y se sienta de nuevo.

—¿Podrías ponernos al corriente a todos? Parece que te ha afectado el saber que ese tío estaba metido en la empresa de tu primo.

—Brandon... mierda, chicos, ese tío es el amante de Sharon desde la época de la universidad. Antes de que ella empezara con Henry, ella estaba con él desde hacía ya varios años. Cuando de repente la vi con Henry y me la presentó como su novia, la verdad es que me quedé a cuadros. No entendía como una relación de tantos años podía irse al garete, una relación en la que se veía a la legua que se querían y que se llevaban genial. Y sí, no me fie de ella en ningún momento, así que la vigile. La seguía cuando podía, miraba donde iba y con quién quedaba, pero, después de casi un mes viendo que solo veía a Henry y seguía con sus estudios, cuando estuve a punto de dimitir, una noche a la salida del cine la encontré cenando con su ex en un restaurante. Me oculté, claro, no quería que me vieran. Sabía que pasaba algo cuando ella le entregó a su ex un sobre cerrado y él después de mirar en su interior asentía y la besaba. Después de ver eso los seguí y se metieron en un domicilio que no conocía de nada. Era una planta baja de color azul celeste, estaba a cinco minutos del domicilio de Henry y al ver en el buzón el nombre de esos dos juntos, me di cuenta de que, realmente, nunca habían cortado, que seguían con su relación y que estaban utilizando a Henry para algo«.

Hablé con él, le comenté mis sospechas, pero, aparte de no hacerme caso y de decirme que veía fantasmas donde no los había, dejó de hablarme. Me dijo

que no me perdonaría el haber intentado separarlo de la mujer que amaba, que tenía una mentalidad retorcida para decir eso de ella, y... bueno, ya sabéis qué pasó, yo seguí con mi vida, él se casó, se vino a vivir aquí y...»

—Y ya tenemos el móvil. Ahora solo faltan las pruebas incriminatorias. Pero lo que no sé, es que pinta la secretaria en la ecuación.

—De eso me ocuparé yo —afirmo y me pongo en pie—. Cole, te agradecería que permanecieras aquí junto a tu hermana y que nos mantuvieras informados de las novedades. Nosotros nos iremos a casa de esa loca a vigilarla. Son las cinco de la madrugada, ahora mismo debe estar durmiendo, así que, es el mejor momento para hacer guardia delante de su puerta para de esa manera, poder entrar en cuanto se vaya.

Nos levantamos y quedamos en mantenernos en constante contacto para contarnos las novedades. Salgo del hospital junto a Alex, Michael y su amigo “El Rápido”, me sitúo frente al volante, y nos ponemos en marcha.

Una vez aparcados en un lugar donde no se nos pueda ver fácilmente, saco el teléfono móvil de mi bolsillo y miro si tengo alguna llamada perdida o algún mensaje, pero no hay nada. Lo voy a meter de nuevo en el bolsillo de mi chaqueta, cuando empieza vibrar en mi mano y el identificador de llamadas me muestra un número que no conozco de nada. Frunzo el ceño y contesto.

—¿Sí? —pregunto con desconfianza.

—¿Es usted el agente Hughes? ¿Frank Hughes?

—¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Kurt Michaelson, soy amigo del señor Davis y necesito hablar urgentemente con usted. En persona, a ser posible.

—Disculpe, pero a no ser que me adelante algo por teléfono, me temo que no podré quedar con usted, señor Michaelson. Ahora mismo tengo un asunto muy importante entre manos y me es completamente imposible.

Lo escucho suspirar y carraspear. Espero a que vuelva a hablar y,

finalmente y después de un «de acuerdo», lo hace.

—Como le he dicho, soy amigo del señor Davis, lo conozco desde hace siete años, desde que abrió su empresa. Supongo que sabe que la empresa está en problemas y que se estaba haciendo una auditoría, ¿verdad?

—Sí, tenía constancia de ello.

—Pues bien, solo le diré una cosa. Sé que la ex mujer de mi amigo está metida en el ajo junto al jefe de contabilidad de la empresa y su secretaria.

—No me está diciendo nada que ya no sepa, señor Michaelson.

—Ya veo... y... ¿también estaba enterado, de que la secretaria de Henry, es realmente la hermanastra de Sharon Davis, su ex mujer?

Me quedo totalmente parado tras esa confesión porque no tenía ni idea, y miro a Michael, el cual al ver mi mirada, me la devuelve de forma interrogante.

—Bien, usted gana. Nos vemos en media hora en el Starbucks que hay delante del edificio donde trabaja usted. Y ya le aviso de que no vendré solo. Una vez allí, necesitaré que me ponga al día de todo lo que sabe sobre esa mujer.

—Perfecto, nos vemos allí en media hora. Hasta luego.

Cuelgo y miro a mis acompañantes.

—¿Alguien sabía que Brigitte es la hermanastra de Sharon?

Por la cara de sorpresa y de pasmo que se les queda a todos, me doy cuenta de que ninguno de ellos lo sabía.

—Veo que no. Pues bien, acabo de quedar con Kurt, el amigo y socio de Henry. Ha sido él quien ha llamado y me ha contado esto. Así que, será mejor que nos pongamos en camino y descubramos qué cojones está pasando aquí, porque tras este descubrimiento, y poco a poco, se está cerrando el círculo, chicos. Vamos a coger a esas tres comadrejas y a darles su merecido.

—Mierda —susurra Michael desde el asiento trasero—. Creo que esto es más intrincado y jodido de lo que creíamos, Frank. Mucho más.

Afirmo, enciendo el motor y nos ponemos en marcha. Ya falta poco, de cada vez queda menos para descubrir a esos tres capullos. Tengo un pálpito y mis pálpitos nunca fallan. Ya queda menos, amigo, ya queda menos.

Capítulo 26

Seis meses después

Frank

En cuanto Lannie me ha llamado y me ha dicho que tenía noticias importantes que contarme sobre el estado de Henry, he dejado el informe que estaba escribiendo aparte, he salido de comisaría y he puesto rumbo al hospital. Henry lleva medio año en coma. Hace un mes en la última revisión, el neurólogo le comentó a Lannie que al fin el cerebro empezaba a reabsorber el coágulo, que había encogido un poco y que esa era una muy buena noticia, ya que, al ver que durante cuatro meses y con la medicación el coágulo seguía igual, los médicos habían empezado a perder la esperanza de una completa recuperación.

Me detengo en un semáforo y suena mi teléfono, activo el manos libres al ver que es Kurt y respondo la llamada.

—Dime tío.

—Hola, capullo. ¿Estás currando?

Me río por su calificativo y chasqueo la lengua. Este hombre siempre igual, su saludo para todos los que conoce y les tiene confianza es «hola, capullo».

—Estaba. Ahora mismo me dirijo al hospital. Me ha llamado Lannie para decirme que tiene noticias del estado de Henry.

—Ojalá sean buenas. Dime cosas en cuanto puedas, ¿de acuerdo? ¡Ah! Que ya iba a colgar y te llamaba para comentarte una cosa. Verás... sé que Alex

estuvo colada por ti y bueno... como sabes, y desde que ella ocupa el puesto de jefa de contabilidad y yo el de Henry en su ausencia, hemos tenido mucho roce, hemos hablado mucho y la verdad es que... bueno, me gusta tío y mucho. Solo quería saber si por tu parte hay algo que quieras decirme, no sé, pero...

—Kurt, tío. Si lo que quieres saber es si siento algo por ella, mi respuesta es no. Solo es una gran amiga para mí como ha sido siempre. Así que, por mi parte, puedes lanzarte a la piscina, es más, me alegraría mucho que lo hicieras. La verdad es que lo ha pasado muy mal este medio año con el tema de Henry, el constante apoyo hacia Lannie, sus noches sin pegar ojo... Y sinceramente, me encantaría saber que tiene un buen hombre en el que apoyarse y que cuide de ella. Porque supongo que, en caso de que te lances irías en serio ¿no?

—Por supuesto que iría en serio. ¿Qué crees, Frank, que solo la quiero para follármela y nada más? No tío, puede que hace tiempo fuera así, pero con ella, con Alex... Sé que no es de esa clase de mujeres de una noche, ella es especial, así que, si finalmente hablo con ella y le cuento lo que siento, sería para empezar una relación como Dios manda y con todo lo que eso implica. En serio, me gusta mucho, pero lo que no entiendo es cómo en estos años que ha estado con nosotros ni siquiera me había fijado en ella, porque la verdad es un cielo de mujer y de persona.

—Suele pasar más de lo que crees. Pero bueno, si esa es tu intención, lázate y ve a por todas.

—De acuerdo, lo haré. Deséame suerte, tío. Le pediré una cita para mañana sábado por la noche.

—Pues suerte.

—Gracias, amigo. Y recuerda contarme qué te ha dicho Lannie, por favor.

—Hecho.

Cuelgo y me viene a la cabeza el primer día de que lo conocí. Fue el día que quedamos en el Starbucks de enfrente del edificio donde Henry y él tienen su despacho. Cuando entré y lo miré a los ojos, vi que era una persona de la que te podías fiar y ya cuando hablé con él y os explicó a mí y a los demás

todo el asunto, me quedó totalmente claro de que Henry tenía suerte de tener a un amigo como él. Un amigo que hizo lo que tal vez yo no hubiera podido hacer. Utilizar a una mujer para sacarle información, toda la información necesaria para culpa a Sharon y a Brandon.

Si, se acostó con ella una noche en la que Brigitte había bebido mucho, y al descubrir por comentarios que ella decía en su estado de embriaguez que estaba metida en el tema del desfalco de la empresa, Kurt se acabó convirtiendo en su amante, en su aliado contra Sharon para, de esta manera, hacerla creer que estaba de su lado y conseguir mediante engaños todo lo que necesitaba para llevar a esas tres comadreas ante la justicia. Y lo logró, vaya si lo logró. Tardó cerca de un mes pero, una tarde, se presentó en mi casa con un dossier lleno de papeles, de documentos en los que se demostraba que tanto ella, como Sharon y Bruce empezaron hace nueve años un plan para conseguir ser ricos, y ese plan era engatusar a Henry, casarse con él, hacerlo abrir una empresa y poco a poco desviar dinero a una sola cuenta abierta en un paraíso fiscal. Pero Brigitte no se conformó con eso, no. Entre toda esa documentación también constaba una cuenta aparte en la que la propia Brigitte también desviaba dinero de la cuenta de su hermana a una propia. Al final de la investigación el monto total del desfalco era de cerca de tres millones y medio de dólares.

Sharon mientras tanto y en cuanto firmó los papeles del divorcio, se casó en secreto con Brandon para finalmente disfrutar del dinero juntos mientras ella a ojos de los demás, quedaba como una triste y desconsolada viuda. Se casó con el dueño del coche que atropelló a Henry. El águila que llevaba plasmada en la puerta, fue crucial en la investigación que se hizo para finalmente poder inculparlo.

Cuando Kurt nos comentó que Brigitte no era hija de la madre de Sharon, sino de un anterior matrimonio del último hombre con el que se casó, me cuadró todo. Según Kurt, Brigitte siempre había tenido celos de su hermana pequeña. Ella fue la favorita desde que nació. En aquella época, Brigitte tenía siete años y todo lo mejor era para la pequeña de la casa, todo. Pero lo que no soportaba, era que además de más guapa y más joven, siempre conseguía lo que quería, todo, hasta los chicos que a ella le gustaron en su momento y no puedo conseguir. Hasta ellos pasaron por la cama de su hermana. Y cuando

con los años, Sharon y Brandon le contaron el plan que tenían para ser ricos, ella no se lo pensó y se unió. Y no para ayudarla, sino todo lo contrario, quería darle a su hermanastra la estocada final y quitarle todo lo que había conseguido robarle a Henry y desaparecer para siempre. Pero con lo que no contó, fue con Kurt y con su lealtad hacia su amigo, otro hombre de tantos que la engañó y que, por culpa de su odio hacia su hermana pequeña y de una noche de alcohol, acabó desmantelando todo el plan para hundir a su amigo.

Y ahora mismo, ese trío lleva en prisión desde hace dos meses. Y no prisión provisional, no, les cayó cadena perpetua. Se les acusó de apropiación de bienes indebida, robo, extorsión, asesinato en grado de tentativa, y muchas cosas más. Pero lo bueno, fue que junto a ese trío, cayó también el contacto de Sharon, el que vigilaba los pasos de Henry y la informó de dónde estaba Henry el día del atropello. Ese hombre era Samuel Anderson, el jefe de seguridad de la empresa, el cuál Sharon utilizaba para que la dejara acceder de noche cuando no había nadie ya trabajando y así, robar la documentación que necesitaba para sus planes. Y cómo no, con ese hombre también se acostaba a espaldas de su marido para lograr lo que quería, y aparte le pagaba una buena suma de dinero para que vigilara también a Henry y a Lannie y así tenerlos controlados.

Cuando le conté a Lannie todo lo que ocurrió ese mes, aparte de darle un fuerte abrazo a Kurt en cuanto fue a visitar a Henry, lloró. Lloró por la rabia que sintió al saber que habían utilizado al hombre que ama con toda su alma, para lucrarse a costa de su esfuerzo y su trabajo y que, por culpa de eso, por la avaricia desmedida de esa loca, su amado estaba debatiéndose entre la vida y la muerte.

Finalmente llego al hospital, aparco el coche y accedo a través de las puertas correderas. Una vez en el ascensor, pulso el segundo piso y al llegar a la planta donde tienen a Henry desde hace cinco meses, después de haber estado ingresado un mes entero en la UCI, salgo y me dirijo a su habitación. Llamo antes de entrar, accedo, y cuando veo a Cole mirando a un dormido Henry fijamente y a Lannie llorando en una esquina, no me lo pienso y me adelanto para que me cuenten qué está pasando.

—¿Lannie? —pregunto al verla de pie en una esquina—. ¿Qué ocurre, preciosa?

Cole viene enseguida hacia mí y me aparta de la cama. Echo un rápido vistazo a Henry y lo veo igual, sin ningún cambio significativo que me dé una pista de lo que puede estar pasando.

—Se despertó hace veinte minutos, Frank. Se despertó, pero no reconoció a nadie, a nadie, tío. Y Lannie está destrozada.

—Joder. ¿Pero, recuperará la memoria, verdad? ¿Ha dicho algo el médico? ¿Cómo lo sabes? ¿Acaso Henry ha dicho algo?

—Sí, Henry simplemente ha dicho «¿quiénes sois?» segundos después de haber abierto los ojos. Hemos llamado al médico enseguida y, después de revisarlo, nos ha dicho que en largos períodos de coma, la amnesia solá ser normal. Pero también nos ha asegurado que no podía darnos ninguna garantía de que la recuperara y que todo dependía de él —señala a Henry con la cabeza y al volver a mirarlo sigue profundamente dormido.

—O sea, que puede que no recupere la memoria, ¿no?

—Exacto. Solo tenemos que dejar que pase el tiempo y ver qué pasa.

—Maldita sea, tío. Pobre Lannie. Otra piedra más en su camino y esta, precisamente no es pequeña. Pero tiene que pensar que ha sobrevivido, Cole, por lo menos eso tiene que aliviarla; el saber que el hombre que ama vivirá. ¿Sabes por casualidad qué va a hacer? ¿Te ha dicho algo?

—Me voy.

Me giro al escuchar a Lannie y la miro.

—¿Te vas a descansar? La verdad es que te iría bien, cielo. Tienes mala cara.

Niega y sorbe por la nariz.

—No, Frank, me voy de la ciudad, vuelvo a Chicago. Voy a regresar a mis

orígenes, a casa de mis padres, necesito hacerlo sino quiero acabar volviéndome completamente loca.

—Pero... ¿De qué coño estás hablando, Lannie? ¡No puedes irte y dejar a Henry! ¡No puedes! —le recrimina Cole levantando la voz.

—¡Sí que puedo, Cole! ¡Maldita sea, puedo y lo haré! ¡Ya no aguanto más! ¿Me escuchas? ¡No puedo más! —exclama con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero, Lannie...

Niega, se rodea con los brazos como si quisiera protegerse y se acerca a Henry. Le sujeta una mano y con la otra le acaricia la cabeza tiernamente.

—Tú me entiendes, ¿verdad, cielo? Sé que lo haces —le dice entre hipidos y con las lágrimas surcando sus mejillas—. Sabes que he estado a tu lado desde el principio, desde el primer día. No te he dejado en ningún momento cariño, no lo he hecho, pero... pero esto... —gime y niega— esto ya no puedo soportarlo, mi corazón ya no puede más, mi amor. Cuando... cuando has abierto los ojos y me has mirado, cuando he visto esa mirada vacía, una mirada que, en cuanto se ha posado sobre mí ha pasado de largo... Me he dado cuenta enseguida de que no sabías quien era yo, Henry, lo he visto. Y yo... yo ya no puedo más. Te quiero mucho, lo hago y siempre lo hare, cariño, hasta el final de mis días, hasta que mi corazón deje de latir, pero... pero me conozco y sé que cuando vuelvas a abrir esos preciosos ojos que tanto amo, no me reconocerás de nuevo cuando me mires y no lo soportaré. Eso no. Por eso te pido que me perdones por lo que voy a hacer, por irme de tu lado. Solo espero que si algún día recuperas la memoria y me recuerdas... te ruego que no me odies, Henry. Solo quiero que seas feliz, nada más.

Besa sus labios, le acaricia la mejilla y con un suave «adiós, amor mío», Lannie sale por la puerta sin mirarnos a Cole ni a mí en ningún momento y desaparece dejando al hombre que sé que ama más que a su propia vida en esa cama, sabiendo que, tal vez, nunca más vuelva a saber de él.

—Maldita egoísta —susurra Cole entre dientes— ¡Es una egoísta, joder! ¿Y dice que lo ama? ¡Y una mierda! ¡Eso no es amor, Frank, eso es egoísmo! ¡Pero qué coño se cree que está haciendo al dejar a Henry tirado!? Lo que

acaba de hacer mi hermana no tiene nombre, tío. ¡Eso no se lo voy a perdonar nunca!, ¿me oyes? ¡Nunca!

Niego, porque, sinceramente, yo tampoco me esperaba ese movimiento por parte de Lannie. Huir con el rabo entre las piernas no es típico de ella.

—Ha huido por miedo, Cole. Está saturada, ha pasado por mucho en seis meses tío, y al ver lo que ha pasado hace poco, ha reventado y por eso ha hecho lo que ha hecho.

—Pues lo dicho... una cobarde.

—Si, en eso no te quito la razón, amigo. Ha sido una cobarde, pero también entiendo por qué lo ha hecho. Que conste que no la defiendo, pero la entiendo.

—Pues yo no.

—Cole. Te conozco y sé que eres de blanco o negro, en ti no existe el gris. En tu caso es o todo o nada amigo, pero tienes que entender, que en según qué situaciones, el gris es también necesario. Y en este caso, lo es.

—Da igual, tío. Ya me da igual. ¿Se quiere ir? Pues que se vaya. Pero luego que no me venga con lloros y con arrepentimientos, Frank, porque de mí no va a conseguir nada nunca más. Esta vez ha cruzado la línea y sé que, tarde o temprano, tendrá que atenerse a las consecuencias.

Capítulo 27

Un año después

Admito que me encanta ver la puesta de sol. Cada tarde a la misma hora y durante un año entero, me he sentado en este mismo banco a ver cómo se oculta el sol frente a mis ojos. El mismo banco en el que nueve años atrás Henry y yo hablamos por última vez, el día que se marchó de mi vida para empezar una nueva en Nueva York.

Cierro los ojos alzo la cabeza y suspiro. La tranquilidad que se respira me da paz, una paz que necesito para mi mente y mi destrozado corazón. Sí, destrozado porque, aún habiendo pasado un año entero, no he conseguido sacar a Henry de mi cabeza y menos de mi corazón. Un corazón que sigue suspirando por él y al que echa terriblemente de menos.

En todo este año no he vuelto a tener noticias de mi hermano, ni de Frank ni de Alex. El día que me marché, me dirigí a mi casa, hice el poco equipaje que tenía, salí por la puerta, me dirigí a la parada de autobuses y, una vez estuve de camino, les mandé un mensaje a todos. Un mensaje en el que les pedía perdón por mi decisión y en el que les rogaba que no me contaran nada de Henry, ya que necesitaba estar ciega al respecto, no quería saber ni conocer nada sobre su pronta o tardía recuperación, no quería detalles, no quería nada. Porque si me llegaba a enterar de que su memoria no volvía, sé que me hubiera terminado de hundir por completo y no quería llegar a eso.

—Henry —susurro y gimo— no te imaginas cuanto te echo de menos, cariño, cuanto te extraño y cuanto... cuanto te quiero. Espero que, estés donde estés seas feliz. Solo deseo eso.

—¿En serio?

Me tenso al escuchar esa voz, pero no abro los ojos. No puedo, no

quiero... no puede ser, ¡es imposible! No puede ser él. Henry está en Nueva York, Lannie no aquí.

—Estás soñando Lannie, ha sido tu imaginación, tonta, solo tu imaginación.

—No estás soñando, Lannie, no lo estás.

Una suave caricia en mi mejilla hace que abra los ojos de golpe y que mire en esa dirección. No puede ser... no puede...

Niego fervientemente varias veces pero finalmente abro los ojos. Es un fantasma, estoy viendo a un fantasma, tiene que serlo. Cubro mi boca con ambas manos porque no puede ser verdad que lo tenga sentado junto a mí.

—No eres tú, no eres tú —susurro entre lágrimas, lágrimas que empiezan a descender por mis mejillas y que él, seca con sus manos.

Es sentir su contacto contra mi piel, cuando me doy cuenta de que realmente es Henry, es Henry el que está sentado a mi lado en el banco, mirándome con sus maravillosos ojos azules, ojos que he estado viendo cada noche en mis sueños y que extrañaba cuando amanecía, ya que tenía que dejarlos atrás.

—Sí, soy yo, Lannie, soy yo.

—Pero qué... Cómo... ¿Por qué...? Yo... yo...

Se ríe y niega.

—Una cosa detrás de otra ¿no crees? Tenemos mucho que hablar, Lannie. Pero, antes de nada, quiero que sepas que no te guardo rencor por lo que hiciste, realmente no lo hago. Es más, entiendo que tomaras esa decisión. Cuando me desperté del coma, es cierto que no te conocí, es más no conocía a nadie de los que estaban a mi alrededor. Solo pensaba en quiénes eran esas personas que estaban conmigo cada día acompañándome, hablándome, personas que se volcaban en mí y en hacerme sentir mejor. Ellos me dijeron quiénes eran, sus nombres, desde cuando nos conocíamos, la relación que nos unía, pero, aún así, para mí no eran más que desconocidos. El tiempo fue

pasando y esas personas, Cole, Frank, Alex y su novio Kurt, venían cada día a verme, me preguntaban cómo me encontraba, si necesitaba algo... y yo siempre les decía lo mismo; que estaba bien, que no necesitaba nada y en cuanto me preguntaban si recordaba algo y les decía que no, veía la pena en sus caras y en el fondo, eso hacía que me sintiera fatal conmigo mismo.

—Cuando... ¿cuándo recuperaste tus recuerdos? Espera, ¿has dicho que Alex es la novia de Kurt? ¿Tu socio? —le pregunto porque me parece haber escuchado mal.

—Hace dos meses, Lannie, la recuperé hace dos meses. Y lo de Kurt y Alex te lo contaré más adelante.

Afirmo y lo miro. Está un poco más delgado que antes de tener el accidente, pero su aspecto general es bueno. La verdad es que se le ve bien, sano, y eso hace que mi corazón se hinche de orgullo por él, por haber superado un trauma tan grande y por haber logrado salir adelante. Aunque fuera sin tenerme a su lado —pienso recriminándomelo.

—¿Y cómo?... quiero decir, ¿Cuándo te diste cuenta de que habías recuperado la memoria?

Sonríe y me mira con pillería.

—Soñé contigo.

—¿Conmigo? Pero cómo... ¿cómo pudiste...? Tú no...

—No te recordaba, lo sé y es cierto. No sé cuándo empezó todo, Lannie, pero recuerdo que una noche, soñé con tu rostro, soñé que sonreías, que llorabas, que te enfadabas, y sabía que era conmigo, estaba completamente seguro de que era yo el que estaba a tu lado en esos sueños. Soñé incluso que te amaba, Lannie. Tenía unas imágenes muy nítidas en mi mente de tu cuerpo desnudo bajo el mío.

Me sonrojo al escuchar eso y Henry coge mi mano y deja un beso en mi palma.

—Estuve cerca de una semana con tu imagen en mi mente, cielo, te aparecías en mis sueños cada noche, así que, sabía que tenía que conocerte de algo, pero al no ser capaz de recordar ni tu nombre, en una de las visitas, Cole entró por la puerta y aproveché para contárselo todo. En cuanto le di tu descripción y le conté lo que me pasaba, aparte de sorprenderse, me contó quién eras, desde cuando te conocía y lo que pasó en cuanto te enteraste de mi amnesia. Y, no sé... fue escuchar toda la explicación de Cole, cuando cerré los ojos, y un montón de imágenes empezaron a pasar por mi mente. Muchas cosas diferentes, situaciones, personas, momentos vividos y, de repente, algo hizo *click* y cuando los abrí de nuevo y miré a tu hermano, enseguida lo reconocí. Y así terminó todo. Días después me hicieron unas cuantas pruebas para confirmar que todo estaba bien y finalmente me dieron el alta.

—¿Y el coágulo?

—Ese desapareció por sí solo, Lannie. Ya no está.

Me pongo a llorar desconsoladamente al saber que finalmente todo ha acabado bien, y Henry, al verme, me rodea con sus brazos, me abraza y me pega a su pecho.

—Mi niña, mi Lannie. Lo lamento tanto, siento tanto todo lo que has tenido que pasar. Ojalá pudiera volver el tiempo atrás. Ojalá pudiera volver al momento en que estábamos amándonos en tu cama, porque te juro que si hubiera sabido todo lo que estaba por venir, ni el fin del mundo hubiera logrado sacarme de ella—. ¿Estás bien? —Me pregunta sujetando mis mejillas con mis manos. Sorbo por la nariz y afirmo.

—Me... me da miedo preguntarlo, pero... ¿Para qué has venido? ¿Por qué estás aquí?

Frunce el ceño y resopla.

—¿Tú que crees, Lannie? ¿Por qué crees que he venido?

Me encojo de hombros porque no quiero hacerme ilusiones.

—Supongo que has venido para que vea con mis propios ojos que estás

bien y totalmente recuperado. Has venido para que me quede tranquila.

Niega, me separa de él y sujeta mis manos con las suyas.

—Lannie, Lannie... en situaciones como esta, te juro que me dan ganas de meterte una colleja, cariño. Estás muy equivocada, nena, mucho. A ver, es cierto que en parte he venido para que veas que ya estoy bien, pero, ante todo, he venido a buscar a la mujer que amo más que a mi propia vida. He venido para decirle que la he echado de menos, que la quiero con toda mi alma y que, si me acepta de nuevo, he venido a estar con ella el resto que me queda de vida y para vivirla junto a ella.

Tras decir esas palabras, Henry se pone en pie sin soltar mis manos, posa una rodilla en el suelo, saca algo del bolsillo de la chaqueta y me lo pone en el regazo.

—Lannie Colton. ¿Me harías el inmenso honor de casarte conmigo y convertirte en mi esposa? ¿Querrías dejar de ser la señorita Colton y pasar a ser la señora Davis, amor mío?

No puede ser... no puede... ¡Ays, Dios, mío!

Recojo la cajita de terciopelo negro que tengo encima de mis piernas, la abro con manos temblorosas y cuando veo lo que hay en su interior, mi corazón da un vuelco. Una preciosa agua marina en forma de lágrima se muestra ante mis ojos, una maravillosa agua marina que está engarzada en un precioso anillo de oro blanco.

—Es... es...

—¿Te gusta? Si no te gusta puedo cambiarlo, cariño, sabes que...

—Me encanta, Henry, es precioso, es... es el anillo más hermoso que he visto en mi vida —le respondo entre lágrimas y sin apartar la vista de él.

—Pues me alegro mucho, cielo, pero... con respecto a mi pregunta...

Lo miro y al ver la intensidad con la que me mira, el amor... el mismo amor que siento yo por él no me lo pienso y afirmo.

—Claro que sí, Henry Davis, lo haré, me casaré contigo. Cuando quieras y donde quieras. Te amo, vida mía, te amo con todo mi corazón.

—Y yo a ti, Lannie. Y yo a ti.

Me coloca el anillo en el dedo anular de mi mano izquierda, besa mis nudillos, mis labios, se sienta a mi lado y pasa un brazo por mi espalda rodeando mis hombros. Apoyo mi cabeza en el suyo y así, juntos y en silencio, nos quedamos mirando la puesta de sol, una puesta de sol que no olvidaré en toda mi vida, ya que, aquí, en este mismo banco, fue donde mi vida terminó hace nueve años y donde ahora, acaba de nuevo de empezar.

EPÍLOGO

La chimenea encendida, el tacto de la suave alfombra bajo mis pies desnudos, Henry abrazado a mí. Todo es perfecto.

Estamos a veinticuatro de diciembre, son las cinco de la tarde y ahora mismo estoy bailando con él. Está sonando la canción «Quererte a ti» de Ángela Carrasco, canción que mi amado Henry me comentó que escuchaba en la cama del hospital mientras estuvo amnésico. Me explicó que en mi huida me dejé mi reproductor MP4 y que al escuchar esas canciones, sentimientos encontrados se apoderaban de él. Que esa canción en particular lograba removerlo por dentro, que le llegaba al corazón y que finalmente se acabó convirtiendo en su favorita. Me comentó que hubieron dos canciones en especial que también le gustaron muchísimo, y que escuchaba constantemente, «Esta ausencia», de David Bisbal, y «Solo» de Christian Castro, porque esa letra explicaba a la perfección cómo se sentía, lo que experimentaba cada vez que las escuchaba. La soledad por estar sin mí y mi ausencia. Esas canciones, junto a otras tantas las hemos escuchado constantemente estos días que hemos estado solos en su casa. Mientras hacíamos el amor, mientras nos dábamos juntos un baño relajante, y sobretodo, mientras bailábamos como estamos ahora haciendo ahora mismo. Este momento del día, en el que enciende el reproductor y nos dejamos llevar por la música y las letras que suenan, son muy especiales para nosotros, porque sabemos que, a través de ellas y al mirarnos a los ojos, nos decimos sin palabras todo lo que sentimos el uno por el otro.

Recuerdo que cuando me devolvió el reproductor, me dijo que se alegraba de haber dado clases de castellano en la universidad, que creía que no le servirían para nada, pero que, al final, fue lo mejor que pudo haber hecho.

Cuando termina la canción y empiezan a sonar los acordes de la siguiente, Henry sujeta mis mejillas y levanta mi cabeza para que lo mire.

—Te amo, Lannie. Te amo con todo mi corazón.

Sonrío, acaricio su mejilla, me pongo de puntillas y lo beso.

—Yo también te amo, cariño, lo hago desde que era apenas una niña y siempre lo haré, siempre. Nunca lo dudes.

Nos besamos apasionadamente, poniendo en ese beso todo lo que llevamos dentro, todo lo que sentimos y el gran amor que nos tenemos, pero, de repente, el sonido del timbre interrumpe este momento tan especial.

Frunzo el ceño porque no esperamos a nadie y cuando Henry me pide que lo espere y que no me mueva de donde estoy, lo obedezco.

Escucho unas voces y, cuando se abre la puerta del salón y veo aparecer por ella a Cole, Alex, Frank, Kurt y Michael, me quedo completamente anonadada. Henry, al ver mi cara se coloca a mi lado, sujeta mi mano y me sonrío.

—Chicos... —susurro sin creer que los tengo delante de mí—. Qué... ¿Qué hacéis aquí?

—Pues venimos a pasar el día de nochebuena con una persona a la que queremos muchísimo y que es muy especial para todos nosotros. Una persona a la que hemos echado de menos estos doce meses, cariño —me dice Alex adelantándose a todos—. Te hemos extrañado, Lannie, mucho, y, después de hablarlo entre todos, hemos decidido venir hasta aquí y darte una sorpresa, así que... ¿sorpresa? —pregunta Alex con inseguridad, una inseguridad que no tendría que sentir y que por mi culpa siente.

—Alex... —susurro y corro a abrazarla. Lo hago y, cuando quiero darme cuenta, me encuentro rodeada por todos y abrazada entre las personas que quiero con toda mi alma. Levanto la mirada y veo a Cole en una esquina apartado junto a Henry. Me mira con el ceño fruncido y al darme cuenta de que él no está abrazándome como han hecho los demás, me aparto y me dirijo hacia él.

—Cole —susurro mirándolo con inseguridad porque tengo la impresión de que está dolido, muy dolido conmigo por la forma en que me mira.

—Lannie —me dice secamente.

—Creo que será mejor que os dejemos solos —dice Henry mirando a los demás. Salen por la puerta y nos dejan solos.

Le señalo el sofá para que se siente conmigo y después de mirarlo como si no supiera que hacer, finalmente me acompaña y se sienta.

—¿Cómo estás? —le pregunto y él se encoge de hombros.

—No vas a hablarme, ¿verdad?

—No es eso Lannie, es que yo... —resopla y se pone en pie. Empieza a pasearse delante de mí y finalmente se detiene y me mira—. ¿Sabes que durante una temporada te odié, hermanita? ¿Sabes lo que es el no querer ni escuchar tu nombre?

Me tenso al escuchar eso y mi corazón empieza a acelerarse. Odiarme. Cole llegó a eso, maldita sea. Pero... ¿de qué te sorprendes después de lo que hiciste, Lannie? ¿De qué?

—Lo siento mucho, hermano. De verdad que lo siento. Yo... yo no pude... fue demasiado para mí, —le digo sintiendo como las lágrimas acuden a mis ojos— entiéndelo, por favor. La situación me superó, sentí que si no me iba no sobreviviría a ese nuevo obstáculo. No podía ver a Henry sabiendo que no me reconocía, que no sabía quién era yo... no pude y sé que hice mal, que hice muy mal, pero...

—Cállate, Lannie. Cállate y abrázame de una maldita vez, «bicho bola».

Lo miro con sorpresa y al ver sus brazos abiertos esperando por mí, me levanto del sofá y corro a abrazarle y a encerrarme fuertemente entre ellos. Me abraza, me mece entre sus brazos como hizo años atrás, me susurra un «te quiero» en el oído y rompo a llorar porque lo he echado de menos, muchísimo.

En ese momento, la canción «tu ausencia» de David Bisbal empieza a sonar en el reproductor y Cole y yo empezamos a bailarla sin darnos cuenta. Nos mecemos lentamente al ritmo de la música, me da un beso en la mejilla,

acaricia mi espalda y me doy cuenta de la falta que me ha hecho mi hermano durante todo este año. De lo mucho que lo he echado de menos y del dolor que he sentido al saber que no estaba a mi lado como ha estado siempre cuando he necesitado consuelo, un consuelo que siempre encontraba entre sus brazos.

—Chicos, ¿todo bien?

Nos separamos, miramos hacia la puerta y ahí están todos los que considero mi familia. Todas las personas a las que amo con todo mi corazón.

Henry se acerca a mí, me separa de mi hermano, me abraza y escucho un susurrado «gracias» dirigido a Cole.

Y aquí, en casa del hombre al que amo como a la vida misma, abrazada a él y rodeada de las personas más importantes en mi vida, veo que se abre un nuevo y esperanzador futuro. Un futuro que sé que estará lleno de dicha y felicidad, porque, estoy segura, de que todos nosotros estaremos juntos el resto de nuestras vidas, y Henry... con él voy a empezar en poco tiempo una nueva vida a su lado, una vida repleta de felicidad, esperanzas, ilusión y amor... sobretodo mucho amor.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer de todo corazón todo el apoyo que he recibido por parte de muchas personas para que me «metiera caña» y terminara este libro.

Toñi, sabes que sin ti y tus consejos, el libro no estaría terminado. Miles de gracias por ser cómo eres, por haber estado a mi lado durante todo el camino y por tu inestimable apoyo.

También quiero agradecer a mis «Mosqueteras» el estar cada día a mi lado, Raquel, Jess, Virginia y Priscila. A las Crazy Readers, por ser unas personas maravillosas, a las «Bipolares» y a Noni y Mónica, mis «Mafiosillas» porque con el paso del tiempo, me habéis demostrado que sois unas personas increíblemente especiales para mí, unas personas que sé que estarán ahí, al igual que yo lo estaré para todas vosotras. De todo corazón, gracias.

Novelas y Redes Sociales

Estos son los títulos de las novelas de Arwen McLane, los cuales podrás encontrar en Amazon.

Indomable (Romance histórico-fantástico)

Preso de su mirada (Romance Paranormal)

Blake Wolf (Serie Wolf Enterprises 1) (Romance Contemporáneo)

Adam Carrington (Serie Wolf Enterprises 2) (Romance Contemporáneo)

Si deseas ponerte en contacto con ella, la encontrarás en Facebook como Arwen McLane, y en Instagram.

